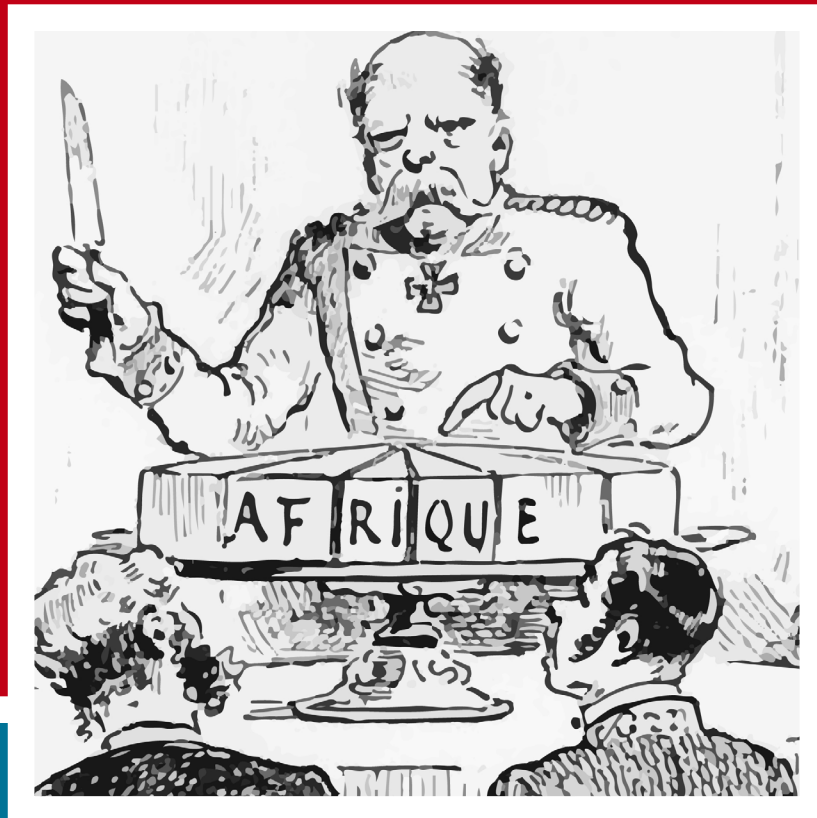


# TEORÍA MARXISTA DEL IMPERIALISMO

PAOLO SANTI, JACQUES VALLER,  
RODOLFO BANFI, HAMZA ALAVI



# **TEORÍA MARXISTA DEL IMPERIALISMO**

---

**PAOLO SANTI, JACQUES VALIER,  
RODOLFO BANFI, HAMZA ALAVI**

**EDICIONES UNO EN DOS**



Este libro no se hizo para languidecer en una estantería o en una carpeta de ordenador. Por ello te animamos a que lo compartas o hagas tu propia versión, y te lo lleves de viaje allá donde desees.

Segunda Edición, Madrid, 2023. Traductores: José Aricó y Miguel Camperchioli.

[info@unoendos.net](mailto:info@unoendos.net)

<https://unoendos.net>

# ÍNDICE

ADVERTENCIA	6
NOTA DEL EDITOR	9
<b>PAOLO SANTI</b>	<b>10</b>
EL DEBATE SOBRE EL IMPERIALISMO EN LOS CLÁSICOS DEL MARXISMO	11
<b>JACQUES VALIER</b>	<b>47</b>
LA TEORÍA DEL IMPERIALISMO DE ROSA LUXEMBURG	48
I. EXAMEN DE LA RESPUESTA DE LOS ECONOMISTAS	50
II. EL ANÁLISIS DE LA NECESIDAD PARA EL CAPITALISMO DE CONTAR CON MERCADOS EXTERIORES	54
<b>RODOLFO BANFI</b>	<b>65</b>
A PROPÓSITO DE «EL IMPERIALISMO» DE LENIN	66
LA NATURALEZA HISTÓRICA DE LA DEFINICIÓN DE IMPERIALISMO	66
ESTADO Y LIBRE INICIATIVA	71
CONCENTRACIÓN, SOCIALIZACIÓN Y PODER DE LOS «GRUPOS»	73
ANARQUÍA DE LA PRODUCCIÓN Y CONTROL DEL MERCADO	79
LA INSTITUCIONALIZACIÓN DEL DERROCHE	81
LA SOCIALIZACIÓN DE CONJUNTO	83
<b>HAMZA ALAVI</b>	<b>86</b>
VIEJO Y NUEVO IMPERIALISMO	87
<b>NOTAS</b>	<b>111</b>



# ADVERTENCIA

El tema del imperialismo es uno de los más controvertidos en la teoría marxista actual y sobre él se concentran los intentos de demolición de algunas de las proposiciones teóricas fundamentales de Marx y Lenin. Muchas y variadas son las razones para ello, y todas se vinculan a las dificultades que plantea la unidad del campo teórico referido a la sociedad capitalista moderna.

Algunos autores, pertenecientes en su mayoría a corrientes reformistas dentro del marxismo, consideran que el imperialismo caracteriza a una política «particular» de las grandes potencias capitalistas, en el período que va desde fines del siglo pasado hasta la Segunda Guerra Mundial. La desintegración del campo colonial y el proceso de independización de los territorios hasta ayer dependientes, la decadencia, en fin, de los imperios habría significado la desaparición del imperialismo. Precisamente así, *El fin del imperio*, se titula la obra en la que John Strachey pretende fundamentar esa tesis. Otros autores, vinculados a sectores más radicales del socialismo europeo, hicieron del imperialismo un fenómeno no particular sino «general» de todo sistema capitalista desarrollado. Si para Rosa Luxemburg —la teórica más brillante de la corriente mencionada— es imposible la existencia de un sistema capitalista «puro», dado que para subsistir necesita siempre de zonas precapitalistas a las que debe integrar, el imperialismo es como lógica consecuencia la política habitual del capitalismo. Finalmente, para aquellos teóricos adheridos a las tesis de Hilferding, primero, y de Lenin, después, el imperialismo es, en cambio, un fenómeno necesario, fatal e inevitable del sistema capitalista una vez alcanzada la etapa monopolista.

Las elaboraciones hechas por Lenin, en especial en su libro dedicado al imperialismo, influyeron de manera decisiva en el pensamiento marxista de nuestra época; pero ellas a la vez que contribuyeron a precisar el debate, lo obstaculizaron en su desarrollo posterior debido a la incomprensión de los continuadores de Lenin.

Las dificultades para la elaboración de una teoría general del imperialismo residían en parte en el hecho de que la gigantesca tarea emprendida por Marx en *El Capital* había quedado inconclusa. El conjunto de los manuscritos que debían formar los tomos II y III sufrieron manipulaciones (y al decir esto no queremos retacear de ningún modo la importancia de la labor realizada por Engels, sino obligar a reflexionar sobre sus limitaciones) que *a posteriori* contribuyeron a conformar un tipo de lectura acrítico y reverencial de textos que en manera alguna formaban parte de una obra concluida. No eran sino borradores de un libro que los socialistas del futuro debían contribuir a escribir. Lo que para Marx eran tendencias dentro de una totalidad compleja y cambiante de elementos interrelacionados, que solo podían ser separados a los efectos

del análisis, eran para sus discípulos «principios» que podían por si mismos explicar todo. Se fabricó un Marx «subconsumista», «desproporcionista», «teórico del capitalismo del librecambio», etc., etc. Indudablemente fue Lenin el teórico marxista que más supo apartarse de una concepción subalterna en la socialdemocracia, y luego en el comunismo mundial.

En este caso particular, el mérito de Lenin consiste en haber analizado las líneas más generales del desarrollo capitalista, tratando de individualizar la tendencia principal. Supo vincular estrechamente la etapa monopolista alcanzada por el capitalismo y los fenómenos que ella provocaba en la estructura económica y en la superestructura política de todo el sistema; supo comprender que capitalismo monopolista e imperialismo eran las dos caras de una misma moneda. Sin embargo, los límites que establecía a su «opúsculo» (así lo llama él), están señalados en el prefacio con que antecede su publicación, allí donde afirma que solo pretende dar «un cuadro de conjunto de la economía mundial capitalista en sus relaciones internacionales a comienzos del siglo XX, en vísperas de la Primera Guerra Mundial». Los rasgos principales de esa etapa no eran para él las invariables teóricas de *todo* sistema imperialista. En «ese» momento histórico la situación podía caracterizarse del modo en que él lo hacía y nunca se preguntó, ni era su propósito hacerlo allí, sobre la importancia «teórica» y la jerarquía de cada uno de esos rasgos. Sus discípulos, al convertir este libro, concebido para servir objetivos bastante concretos (la fundamentación de una política revolucionaria contra el sistema), en una obra de «teoría económica» equiparable por su validez a *El Capital* canonizaron el pensamiento de Lenin y causaron un daño enorme al movimiento revolucionario mundial.

Escudados en los «cinco rasgos fundamentales» distinguidos en *El imperialismo*, siguieron hablando de «exportación de capitales» aunque ese elemento había dejado de desempeñar el papel que Lenin le asignara, por ejemplo, en 1929 cuando la crisis general del sistema había prácticamente paralizado el mercado internacional de capitales; o de «fusión del capital industrial y del capital bancario» aunque la participación decisiva del Estado a partir de esa crisis y la capacidad de autofinanciación de las grandes empresas dieron características nuevas al «capital financiero». Siguieron hablando de «corrupción de las capas privilegiadas del proletariado valiéndose de las superganancias provenientes de las colonias» cuando lo que caracteriza al capitalismo moderno es la creación de nuevas capas sociales, «corrompidas» sí, por el capitalismo y utilizadas contra el proletariado. Basta leer un libro que circuló bastante en el período entre las dos guerras: «Nuevos datos sobre el imperialismo» y editado como apéndice de *El imperialismo* de Lenin, para comprender como una actitud teórica prejuiciosa lleva a un enfrentamiento total con la realidad. Su autor, Eugenio Varga, economista «oficial» de la URSS por esa época, sufrió luego en carne propia las consecuencias del dogmatismo, cuando fue duramente criticado por pronosticar que a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos atravesaría una etapa de expansión acelerada de su economía. Es claro que esa tesis contradecía el principio de «la crisis general del capitalismo»...

El fracaso de la revolución en los países capitalistas desarrollados, la necesidad de la construcción del socialismo en un país aislado, y la expansión de la revolución en Oriente influyeron decisivamente en el campo teórico marxista, provocando una obtusa despreocupación por los cambios producidos en el sistema capitalista mundial a partir de la crisis de 1929. Los nuevos problemas surgidos de esas realidades no encontraron un pensamiento marxista que pudiera reelaborarlos en el sentido en que lo hicieron los clásicos. La teoría del capitalismo monopolista, del desarrollo y del subdesarrollo, etc. se desarrollaron al margen de las corrientes marxistas y si puede observarse en estos tiempos una aproximación de la economía «burguesa» a la marxista ello no es debido tanto a la atracción que provoca esta última como a las contradicciones en que está encerrada la primera.

El momento político actual exige perentoriamente profundizar la elaboración teórica, en sentido marxista, del imperialismo. Se requiere un cuadro de conjunto de la economía mundial que permita comprender las tendencias que allí actúan y que hacen de los distintos países un todo único aún al margen de sus estructuras económico-sociales. Es necesario comenzar a enfocar el proceso histórico a partir de concebirlo como un hecho total, único, es decir, a partir del mercado mundial. Sin este análisis es imposible pensar en la superación de la crisis teórica y práctica que atraviesa el socialismo. El nuevo internacionalismo proletario a defender, exige una reconstrucción teórica que es su presupuesto.

Los materiales que publicamos tienen el propósito de ofrecer distintos aspectos de esa labor de reconstrucción, señalar las adquisiciones teóricas y los problemas que aún permanecen abiertos. El lector podrá introducirse así en una problemática de vital importancia teórica y política que seguiremos tratando en cuadernos sucesivos.

Pasado y Presente. |



# NOTA DEL EDITOR

Los trabajos incluidos en el presente volumen fueron tomados de las siguientes publicaciones:

1. Paolo Santi, «Il dibattito sull'imperialismo nei classici del marxismo», *Critica marxista*, anno 3, n. 3, (maggio-giugno 1965), pp. 84-134.

2. Jacques Valier, «La théorie de l'imperialisme de Rosa Luxemburg», *Les Temps Modernes*, 24 année, n. 226-267, août-septembre 1968, pp. 537-558.

3. Rodolfo Banfi, «A proposito di *Imperialismo* di Lenin», *Rivista Storica del Socialismo*, anno VII, fasc. 23 (settembre-dicembre 1964), pp. 421-442.

4. Hamza Alavi, «Vecchio e nuovo imperialismo», *Quaderni n. 2 de Critica marxista: Contributi allo studio della rivoluzione anticoloniale*, pp. 50-78.

El señor Rodolfo Banfi tuvo la deferencia de revisar en su oportunidad el original italiano y agregarle algunas observaciones a esta edición.

**PAOLO SANTI**

# EL DEBATE SOBRE EL IMPERIALISMO EN LOS CLÁSICOS DEL MARXISMO

## I

En los últimos años se observa un renovado interés por los problemas del imperialismo, sobre todo en los países anglosajones. Sin embargo, en primer lugar encontramos principalmente a los historiadores y no a los economistas, a los estudiosos burgueses y no a los marxistas. Estos últimos, salvo algunas excepciones muy importantes [1], durmieron durante muchos años el sueño de los justos, negándose, con formulaciones que podían ser usadas en las más distintas ocasiones o con igual facilidad guardadas en el cajón, a considerar los resultados de una época en la que el pensamiento marxista era verdaderamente creativo. Para los primeros, me refiero a los economistas, vale todavía lo que en 1947 escribía un economista británico, K. W. Rothschild:

Han pasado más de treinta años desde que Hobson y Lenin atrajeron la atención sobre el desarrollo necesario del imperialismo con el aumento de las fricciones entre los grandes oligopolios (o «monopolios rivales» como ellos los llamaron). Sin embargo, no obstante la mole imponente de documentación acumulada para dar un basamento empírico a esta tesis, nueve de cada diez estudiosos de la situación del mercado oligopolista se esfuerzan por omitir toda referencia al imperialismo [2].

Esta afirmación sigue siendo justa aún hoy, lo que es mucho más grave después del gran incremento de la literatura sobre el «subdesarrollo».

Solo muy recientemente el problema parece haber cobrado actualidad también entre los marxistas [3], aunque, como siempre hayan, sido muy débiles en Italia los ecos de las discusiones nacidas en torno a algunas obras. En estas notas nos proponemos reconstruir la actitud de algunos de los más conocidos estudiosos marxistas, en los años precedentes a la Revolución soviética, a propósito de un aspecto de la teoría del imperialismo, la de las relaciones económicas entre los países capitalistas desarrollados y los países que, aunque integrados al mercado mundial capitalista, son dominados por los

primeros. Son estos últimos los países que, con un lenguaje discutible, pero de uso común, se definen subdesarrollados o atrasados [4].

Por esta razón no examinaremos algunos autores no marxistas que contribuyeron, no obstante, y en algunos casos notablemente como Hobson, a la teoría del imperialismo. Por la misma razón, no consideraremos los problemas de los países «subdesarrollados» en su conjunto, pues estamos convencidos, aunque no pretendemos demostrarlo aquí, que para esos países se puede hablar de problemas de desarrollo solo en la medida, y en el momento, en que se hayan liberados de la dominación imperialista [5].

## II

El problema del imperialismo es considerado y debatido de manera amplia fundamentalmente en los años transcurridos entre el Congreso de Stuttgart (1907) de la Segunda Internacional y la Revolución rusa. Esto no significa que antes de ese período la Internacional o los distintos partidos no hubieran adoptado posiciones al respecto, sino que esas posiciones estaban referidas a distintos acontecimientos y no hacían un examen global de la cuestión. El Congreso de Stuttgart, en cambio, dedicó una sesión especial al tema, la que estuvo caracterizada por una discusión en la que tomaron parte los dirigentes de los más importantes partidos adherentes de la Segunda Internacional. Tal discusión asumirá el carácter de un verdadero enfrentamiento en todos los aspectos fundamentales del problema. Por un lado están Van Kol, David, Bernstein, etc., que unen a la teorización del revisionismo la defensa abierta del imperialismo y del colonialismo; por el otro están Lebedour, Kautsky, Lenin, etc., que en el Congreso, o *a posteriori* por medio de artículos, combaten al imperialismo e inician un primer análisis del fenómeno.

Las posiciones de los revisionistas son muy claras. «Debemos llegar allí —afirma Van Kol, aludiendo a las colonias— con las armas en la mano aunque Kautsky llame a esto imperialismo». Y después de haber sostenido que «una cierta ganancia para la clase trabajadora de Holanda está ciertamente vinculada a las posesiones coloniales», pregunta polémicamente a Lebedour: «¿quiere Ud. renunciar, aunque sea en el presente, a las riquezas incalculables de las colonias?» [6].

Frente a la tesis de Van Kol, según la cual no es posible renunciar a las riquezas de las colonias, dos son las respuestas de los marxistas no revisionistas. Lenin reconoce que las riquezas derivadas de las posesiones coloniales afluyen, al menos en parte, a la clase obrera y considera este hecho como una de las fuentes del revisionismo y del reformismo:

Pues bien, la vasta política colonial ha llevado *en parte* al proletariado europeo a una situación por la que *no* es su trabajo el que mantiene a toda la sociedad, sino el trabajo de los indígenas casi totalmente sojuzgados de las colonias. Tales condiciones, concluye Lenin, crean en ciertos países una base material,

una base económica para contaminar el chauvinismo colonial al proletariado de esos países [7].

Kautsky, por el contrario, rechaza ante todo la tesis de que las posesiones coloniales enriquezcan a los países dominantes, exceptuando a Gran Bretaña. Además, ni siquiera las colonias donde afluye el capital de los países metropolitanos a consecuencia de la caída de la tasa de ganancia, reciben ventajas.

El mejoramiento de los medios de comunicación y de transporte, provocado por la afluencia de capital, debería en efecto elevar notablemente las fuerzas productivas de los países económicamente atrasados, si no coincidiese con el peso siempre creciente de los gastos militares y con las deudas con el exterior [8].

Y Kautsky refuerza esta opinión subrayando que la participación de los países coloniales en el comercio mundial es muy baja. Logra así aprehender un síntoma de la posición marginal de esos países en el mercado mundial capitalista que será retomado solo en la segunda posguerra. En síntesis, para Kautsky el mecanismo de difusión del modo de producción capitalista es, por un lado, facilitado por el desarrollo de los monopolios que limitan la producción en los países capitalistas desarrollados, y por otro lado, es obstaculizado por algunos factores políticos, en primer lugar por el reforzamiento del militarismo.

El pensamiento de Kautsky no fue más allá de las primeras elaboraciones de algunas intuiciones y nunca supo construir un análisis global del fenómeno del imperialismo. Los fundamentos para una teoría de dicho fenómeno debían provenir de otro marxista. En 1910 apareció *El capital financiero*, «la obra que esperábamos desde hace largo tiempo» —como cambió Otto Bauer—; la obra que parecía llamada a cumplir la enorme tarea de «edificar y adaptar a los nuevos tiempos la construcción que nuestros maestros nos legaron en una forma incompleta». No es este el lugar para recordar el aporte teórico de Hilferding, el mayor economista marxista de su época, y es conveniente limitarse a subrayar algunos aspectos de su obra que están más directamente vinculados al problema de las relaciones entre los países desarrollados capitalistas y los países atrasados.

Hilferding afronta el problema principalmente en el cap. XXII («La exportación de capital y la lucha por el espacio económico») después de haber examinado «la transformación de la política comercial» y, sobre todo, la función de los aranceles en la época del capitalismo financiero. Son precisamente los aranceles los que inducen a exportar no más las mercancías, sino la misma producción de mercancías» [9], ya que uno de los primeros resultados de los aranceles proteccionistas es el de aumentar los beneficios extras, haciendo al mismo tiempo más fácil la acumulación y más necesaria la exportación de capital. La presencia de concentraciones monopolistas y la diferencia en las tasas de ganancia de los distintos países, vuelven cada vez más necesario y posible, en la fase del capitalismo financiero, la transferencia de capital de los

países de alta composición orgánica hacia los de composición orgánica inferior. Y en este ámbito, la nueva forma asumida por el capital, la de capital financiero, no hace sino favorecer la exportación.

El desarrollo del capital en capital financiero hace que en Europa emigre el capital precisamente en esa forma. Un gran banco alemán funda una filial en el extranjero; esta gestiona un préstamo cuyo producto se emplea para el establecimiento de una instalación eléctrica; la obra de instalación se asigna a la sociedad eléctrica con la que está relacionada en la patria... El proceso se realiza a mayor escala tan pronto como las operaciones de préstamo de los Estados se ponen al servicio de la captación de pedidos industriales. Es la unión estrecha entre capital bancario e industrial la que fomenta rápidamente esta evolución de la exportación de capital [10].

A esta altura, el límite mismo de la restricción del mercado es superado.

De esta forma, la exportación de capital amplía la barrera que brota de la capacidad de consumo de los nuevos mercados. Pero, al mismo tiempo, la transferencia de métodos capitalistas de transporte y producción al país extranjero favorece un rápido desarrollo, el nacimiento de un mercado interior más amplio debido a la disolución de las interconexiones económicas naturales, la expansión de la producción para el mercado y, con ello, el aumento de aquellos productos que se exportan y que pueden servir otra vez para pagar los intereses del capital nuevamente importado [11].

Dos son las consecuencias de la exportación de capital. En el país exportador, ella

aumenta en el interior la producción que tiene que suministrar aquellas mercancías que se envían al exterior como capital. De esta forma, se convierte en una poderosa fuerza motriz de la producción capitalista, que, con la generalización de la exportación de capital, entra en un nuevo período de impetuosa e irresistible actividad (*Sturm und Drang*), mientras que reduce el ciclo de prosperidad y depresión, y la crisis aparece suavizada. El rápido aumento de la producción crea también un aumento de la demanda de fuerza de trabajo que favorece a los sindicatos obreros; la tendencia a la pauperización inmanente en el capitalismo parece vencida en los países de alto desarrollo capitalista. La rápida crecida de la producción impide una visión clara y consciente de los males de la sociedad capitalista y crea un juicio optimista con respecto a su fuerza vital [12].

De tal modo, aunque por un camino diferente, Hilferding se vincula a Lenin en lo referente a la influencia que tiene el imperialismo en la difusión del revisionismo.

Estos son, sintéticamente, los efectos de la exportación de capital sobre la economía de los países capitalistas maduros. ¿Pero cuál es la influencia de

esta exportación sobre los países donde afluye el capital? A este respecto, el pensamiento de Hilferding no parece muy seguro y oscila entre dos posiciones. De los párrafos citados resultaría que el capital que afluye al país de economía natural favorece el desarrollo de las fuerzas productivas de este país orientándolo hacia una estructura capitalista.

Así, pues, el ritmo de capitalización de los nuevos mercados se acelera extraordinariamente; el obstáculo para la puesta en explotación no es la falta de capital en este país, que puede remediarse con la importación de capital; hay otra circunstancia que, frecuentemente, y cada vez en mayor medida, interviene con sus efectos perturbadores: la falta de trabajo «libre», es decir, de trabajo asalariado. La cuestión obrera adquiere formas agudas y no parece poderse solucionar más que con medios violentos [13].

Y después de haber señalado algunos ejemplos sobre tales soluciones, Hilferding continúa:

La exportación de capital, especialmente desde que tiene lugar en forma de capital industrial y financiero, ha acelerado enormemente la subversión de todas las viejas relaciones sociales y la difusión del capitalismo por todo el globo [14].

Debe observarse que Hilferding hace referencia a la exportación del capital que es empleado en la producción de materias primas y sin embargo, considera posible la ampliación del mercado y el desarrollo de la producción capitalista. Solo hacia el final del capítulo Hilferding considera algunos elementos que no solamente contrastan con el desarrollo del país importador de capital, sino que tienden, en especial en los países pequeños, a bloquearlo. Se trata de la reexportación de las ganancias y del control que asume el capital financiero extranjero sobre los recursos mineros del país, con la consecuencia de que las materias primas son sustraídas antes de que puedan dar vida a una base industrial indígena. En este caso, el desarrollo capitalista, político y financiero, es bloqueado «en sus principios» [15].

Es indudable que existe cierta contradicción en el pensamiento de Hilferding, aunque se pueda concluir que la consecuencia normal de la exportación de capital sea el desarrollo más acelerado del país importador y que la detención y su dependencia representen, *por largo tiempo*, la excepción válida para los países pequeños. Sin embargo, el hecho de haber subrayado la importancia del fenómeno de la estructura de las inversiones es uno de los mayores méritos de Hilferding, aunque no haya extraído todas las consecuencias de ello. Lo que resulta extremadamente claro en Hilferding es, en cambio, el nexo que existe entre la exportación de capital y el capitalismo financiero, de modo que si la condición de la exportación es la diferencia en las tasas de ganancia (y desde este punto de vista ella sigue desempeñando el papel de tendencia que contrarresta la caída de la tasa de ganancia de Marx ya le había atribuido), la exportación es posible, en vasta escala, solo a partir de algunos nuevos

fenómenos —como la nueva forma de capital, los aranceles, la concentración, etc.— y se constituye en una de las connotaciones específicas de la nueva fase del capitalismo, uno de los modos de ser del capitalismo en una época no más competitiva. Y, como para Hobson primero y para Lenin después, exportación de capital, capital financiero, colonialismo y lucha por la división del mundo son todos fenómenos estrechamente ligados entre sí, de manera que se excluye toda visión optimista acerca de la posibilidad de difusión por vía pacífica del capitalismo. El pensamiento de Rosa Luxemburg se mueve siguiendo líneas totalmente diferentes. Ante todo, no existe en ella la menor contradicción, o la mínima incertidumbre, acerca del desarrollo capitalista de los países importadores de capital.

De este modo —escribe en la *Introducción a la economía política* (1909), después de haber hablado de la destrucción de la economía natural, de la proletarización de las poblaciones indígenas y del surgimiento en las colonias de una «verdadera producción capitalista»— no son solo el dominio o la autoridad del capital los que se extienden sobre toda la tierra mediante la creación de un mercado mundial, sino que es el sistema de producción capitalista el que se difunde poco a poco sobre toda la superficie terrestre [16].

El análisis más completo del mecanismo de difusión del capitalismo será realizado por R. Luxemburg en su obra mayor *La acumulación del capital*, aunque su pensamiento haya sido ya definido en las obras precedentes. El problema que Marx había resuelto solo parcialmente era, para ella, el siguiente: «¿de dónde viene la demanda, dónde está la necesidad solvente de plusvalía?» [17].

Ni los capitalistas que «precisamente por el supuesto de la acumulación no serían compradores de la plusvalía», ni los obreros, que disponen solo de sus salarios —cuyo monto es igual «a la suma del capital variable anticipado por toda la clase capitalista» [18]— pueden realizar la plusvalía conocida. De esta precisa conexión entre el momento de la acumulación y el del consumo, Rosa Luxemburg deriva su crítica del esquema marxiano de la reproducción ampliada y la conclusión de que la realización de la plusvalía, como condición para la reproducción, solo es posible en el exterior de una sociedad burguesa pura. La objeción que se le hiciera a Luxemburg, y que no nos interesa profundizar aquí, es ya conocida:

si se excluye la reproducción ampliada al *comienzo* de una demostración —subrayaba irónicamente Bujarin— es naturalmente fácil hacerla desaparecer al final [19].

Más claramente, Sweezy objeta que:

en la práctica, la reproducción ampliada, por su mismo carácter, provoca un aumento de los ingresos tanto de los trabajadores como de los capitalistas, y no existe ninguna razón plausible para suponer que ambas clases no gasten al menos una parte del incremento en consumos. Si lo hacen, al menos una cierta



acumulación será justificada, y el teorema de la imposibilidad de Rosa se verá refutado [20].

Lo que importa es la consecuencia que Rosa Luxemburg extraía de la crítica de los esquemas de Marx:

la realización de la plusvalía requiere, como primera condición, un círculo de adquirentes que estén fuera de la sociedad capitalista [21].

A esto se agrega que la segunda condición de la acumulación del capital es la necesidad de hallar los elementos indispensables para la ampliación de la producción, es decir, es indispensable que el capital disponga cada en mayor grado de la tierra entera para poder hacer una selección cuantitativa y cualitativamente ilimitada de sus medios de producción [22].

Téngase presente que la fuerza de trabajo necesaria para la ampliación de la reproducción proviene de sectores extraños al capitalismo, y se verá entonces cómo para Rosa Luxemburg es necesaria la expansión de la producción capitalista en zonas o sectores no capitalistas, precisamente si se quiere asegurar la posibilidad de acumulación y de desarrollo de la producción capitalista.

El proceso de acumulación del capital —sintetiza la misma Luxemburg— está ligado por sus relaciones materiales y de valor: capital constante, capital variable y plusvalía, a las formas de producción no capitalistas. Las últimas forman el medio histórico dado de aquel proceso. Pero la acumulación del capital no puede ser expuesta bajo el supuesto del dominio exclusivo y absoluto de la forma de producción capitalista, ya que, sin los medios no capitalistas, es inconcebible en cualquier sentido... Pero de un modo u otro, de hecho, la acumulación del capital como proceso histórico depende, en muchos aspectos, de capas y formas sociales no capitalistas [23].

Una sociedad totalmente capitalista no puede, por tanto, sobrevivir, desarrollarse ni existir. El modo de producción capitalista puede sobrevivir, desarrollándose, solo entrando en contacto con las economías no capitalistas y destruyéndolas, sustituyéndolas. A la primera etapa, la de introducción de la economía mercantil, sigue la de introducción del capital y la economía natural es destruida mediante el auxilio del factor violencia y sustituida por el modo de producción capitalista.

Por consiguiente, cuando se dice que el capitalismo vive de formaciones no capitalistas, para hablar más exactamente, hay que decir que vive de la ruina de estas formaciones [24].

En este análisis el período imperialista se caracteriza como la época de maduración de las contradicciones de la acumulación capitalista. Los sectores no capitalistas de los países en los que el modo de producción capitalista se había

afirmado desde hacía tiempo, se están agotando y surge de ello la necesidad de conquistar otras zonas. Es la época del expansionismo colonial, de la conquista del continente americano, de la guerra anglo-bóer, etc. Todo esto había existido también en el pasado, pero recién ahora alcanza su clímax: el mundo no capitalista está ahora bajo la influencia política de los países capitalistas y muy rápidamente el capitalismo triunfará con su tendencia a expandirse «por todo el ámbito de la Tierra y a eliminar a todas las demás formas económicas» [25]. El imperialismo es, por lo tanto, el *memento mori* del capitalismo. Un ejemplo clásico de esta contradicción es el de los empréstitos internacionales que abren simultáneamente nuevas vías de acumulación, permitiendo inversiones de capital de los países maduros, y creando «nuevos competidores», que «aumentan en general el campo de desarrollo de la acumulación del capital y al propio tiempo lo estrechan» [26].

A pesar del uso explícito del término, no se puede encontrar en Rosa Luxemburg una teoría del imperialismo como fase del capitalismo. En sentido estricto, el imperialismo es un aspecto siempre presente en el capitalismo más que una fase particular. Pero no es esta la limitación mayor del pensamiento de Luxemburg; sí lo es la escisión casi total entre las características del desarrollo en los países capitalistas maduros y las relaciones que establecen con los países de economía natural o mercantil. Así se explican algunos errores de Rosa Luxemburg, como el de considerar que la fuerza de trabajo es suministrada solamente por los sectores no capitalistas, olvidando que la acumulación es *labour-saving*, para emplear un término moderno, vale decir, realizada en función de incrementos de productividad y no solo de producción. No puede sorprender entonces que *La acumulación del capital* no haya tenido la resonancia que la autora esperaba. A pesar de algunas páginas muy bellas, la obra significaba un decidido paso atrás respecto de la elaboración de Hilferding, precisamente porque deseando explicar a todo el capitalismo, a toda la historia, no lograba aprehender aquellas características nuevas que presentaba el proceso de producción. Y si en Hilferding, como se verá, la relación entre nuevas formas del capital y el imperialismo es vista con frecuencia de modo mecánico, en R. Luxemburg tal relación falta por completo, produciéndose no solo la caracterización de la «fase», sino también la visión global del sistema capitalista, escisión esta que explicitará un partidario de Rosa Luxemburg como Fritz Sternberg [27].

## IV

En el mismo año en que Rosa Luxemburg escribía en la cárcel la respuesta a sus críticos —*Una anticrítica* (1915) —, Bujarin concluía *La economía mundial y el imperialismo*. Con esta obra y con *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, que Lenin compusiera en la primavera de 1916, se cerró aquel período de elaboración en torno a la teoría del imperialismo que estamos examinando. Las obras de Bujarin y de Lenin tendrán una influencia muy grande sobre el

movimiento obrero en los años futuros y darán una sistematización definitiva a la teoría del imperialismo tal como es conocida entre los marxistas. Aunque sea brevemente las examinaremos juntas habida cuenta de la estrecha afinidad intelectual y política existente entre Lenin y Bujarin en aquellos años y considerando que en muchos puntos ambas se esclarecen mutuamente.

De las cinco particularidades principales del imperialismo, tal como las define Lenin, tres se refieren a problemas de economía internacional y, por lo tanto, al menos indirectamente a las relaciones entre países capitalistas de más antiguo desarrollo y países «explotados, dominados y de economía deformada» [28]. Ellas son —junto a la «concentración de la producción y del capital» y «a la fusión del capital bancario con el capital industrial»— 3) «la exportación de capitales, a diferencia de la exportación de mercancías, adquiere una importancia particularmente grande»; 4) «la formación de asociaciones internacionales monopolistas de capitalistas, las cuales se reparte el mundo»; 5) «la terminación del reparto territorial del mundo entre las potencias capitalistas más importantes» [29].

El mecanismo que regula la exportación de capital, al igual que en Hilferding y de manera distinta que las teorizaciones de Hobson [30], es vinculado a la caída tendencial de la tasa de ganancia. A fin de que no disminuya la tasa de ganancia en los países de composición orgánica más elevada, es necesario exportar el excedente de capital

al extranjero, a los países atrasados. En estos países atrasados la ganancia es de ordinario elevada, pues los capitales son escasos, el precio de la tierra relativamente poco considerable, los salarios bajos y las materias primas baratas [31].

Esta es la forma y la dirección típica de la exportación de capital de los países de composición orgánica elevada a los que tienen composición orgánica inferior, aunque tanto Bujarin como Lenin no dejan de observar que el capital se desplaza también en el interior del área de los países más industrializados como consecuencia y manifestación de la lucha entre los monopolios. Vinculada estrechamente a la exportación de capital existe la tendencia a los acuerdos internacionales entre los monopolios y el nacimiento de los carteles mundiales, aunque de esta tendencia no pueda derivarse la tesis kautskiana de un superimperialismo que se reparta pacíficamente el globo. Por el contrario, a la larga surge como una consecuencia inevitable del enfrentamiento internacional de los monopolios la lucha por la repartición del mundo entre las grandes potencias que están detrás de los grandes monopolios.

Si la presión del poder militar provoca concesiones y múltiples privilegios —escribe Bujarin—, la presencia ulterior del capital en el exterior requiere una «protección» específica. En un principio el centro de gravedad se encontraba en la exportación de mercancías, en las que los exportadores arriesgaban solamente sus mercancías, es decir, su capital circulante. Ahora la situación es completamente distinta... Los capitalistas de los países exportadores están ma-

terialmente interesados en la «protección de su riqueza», o sea, de todo el capital [32].

Dada la importancia del volumen de Lenin no interesa aquí detenernos en el mecanismo que impulsa a la exportación de capital, sobre la ligazón, presente en Lenin y Bujarin como también en Hilferding, entre exportación de capital y nuevas formas del mismo. Conviene más examinar algunas consecuencias de los movimientos de capitales, sobre todo con referencias a los países importadores.

La exportación de capitales —escribe Lenin— repercute en el desarrollo del capitalismo dentro de los países en que aquellos son invertidos, acelerándolo extraordinariamente. Si debido a esto, dicha exportación puede, hasta cierto punto, ocasionar un estancamiento de desarrollo en los países exportadores, ello se puede producir solo a cambio de una extensión y una ahondamiento mayores del desarrollo del capitalismo en todo el mundo [33].

Una consecuencia de la exportación de capital, y más en general de los trusts y del capital financiero, es la agudización de las diferencias «en el ritmo de desarrollo de los distintos elementos de la economía mundial»: la red ferroviaria aumenta en mayor medida en las colonias y en los Estados de Asia y de América, donde «domina ilimitadamente el capital financiero de los cuatro o cinco Estados más importantes», y más en general, «donde con más rapidez crece el capitalismo es en las colonias y en los países de ultramar, hasta el punto de que entre ellos aparecen *nuevas* potencias imperialistas (Japón)»[34]. Y Bujarin, aludiendo siempre a las consecuencias que provoca la exportación de capital, escribe que ella «tiende a elevar las tasas «nacionales» de ganancia a un solo nivel» [35].

De estas y otras citas posibles se deriva que para Lenin y Bujarin la consecuencia de la exportación de capital sigue siendo la difusión del modo de producción capitalista en todo el mundo y el mecanismo clásico que preside los movimientos de capital es la diferencia en las tasas de ganancia, derivada, a su vez, de las diferencias en las composiciones orgánicas y en las tasas salariales. Y esto no entra en contradicción con otra consecuencia de la exportación de capital: la explotación de los países coloniales y semiindependientes y la transferencia de ganancia de estos a los países explotadores. Sin embargo, aunque las dos consecuencias son lógicamente compatibles entre sí —al menos dentro de unos límites—, es indudable que la explotación limita, más o menos seriamente, el desarrollo de los países explotados, impidiendo o volviendo más difícil la formación de un mercado interno y frenando las posibilidades de acumulación. Pero al igual que Hilferding, aunque en menor medida, parece que el acento está puesto especialmente en las perspectivas de desarrollo de aquellos países y en el hecho de que la explotación, u otros elementos tales como la estructura de las inversiones, desempeñan el papel de tendencias contrarrestantes que frenan, pero no detienen la difusión del capitalismo en todo el mundo. Lenin y Bujarin, por tanto, coinciden también

en las dos obras citadas [36], con Kautsky, Hilferding y Luxemburg sobre las previsiones de Marx acerca del desarrollo mundial del sistema y del modo capitalista de producción. En síntesis, el desarrollo desigual no consiste en el desarrollo más rápido de las economías más avanzadas, sino como hemos visto, en el desarrollo más acelerado de los países de economía capitalista menos madura.

## V

Es bastante evidente que ningún marxista hoy se arriesgaría a sostener todavía esta tesis, así como es claro para todos, marxistas o no, que en algunos países los elementos de capitalismo existentes, aunque importantes, están inmersos en una estructura económico-social a la que muy difícilmente se podría definir como capitalista. Sin querer discutir todas las causas que dieron vida al «subdesarrollo» ni mucho menos examinar las características actuales del problema, queremos destacar aquí algunos factores económicos que limitaron el modo de producción capitalista a pocas zonas y sectores, para intentar alcanzar una concepción más amplia del imperialismo como fase histórica del capitalismo. Una concepción que tenga en cuenta, ante todo, el hecho de que la época imperialista se caracteriza precisamente por haber señalado, y señalar, el fracaso de lo que habría debido ser una de las tareas históricas de capitalismo: la difusión mundial de su sistema y modo de producción.

Como ya vimos, los autores arriba señalados, con excepción de Rosa Luxemburg, se vinculan a la tesis marxiana de la caída de la tasa de ganancia para explicar la exportación de capital de los países de elevada composición orgánica hacia aquellos de composición orgánica menor. Precisamente en este sentido había considerado Marx la exportación de capital en el examen de las tendencias contrarrestantes de la caída de la tasa de ganancia. En la tasa de ganancia ( $pv/(c+v)$ ), la relación entre la plusvalía y el valor total del capital, disminuye cuando permaneciendo constante la cuota de explotación o tasa de plusvalía, aumenta la composición orgánica del capital, («la relación entre sus elementos activos y pasivos») ( $c/(c+v)$ ).

Cuando la masa de trabajo vivo empleada disminuye constantemente en proporción a la masa del trabajo materializado de medios de producción consumidos productivamente que pone en movimiento, es lógico que la parte de este trabajo vivo que no se retribuye y se materializa en la plusvalía guarde una proporción constantemente decreciente con el volumen de valor del capital total invertido. Y esta proporción entre la masa de plusvalía y el valor del capital total empleado constituye la cuota de ganancia, la cual tiene, por tanto, que disminuir constantemente [37].

Marx recalca que la ley se expresa como tendencia por la presencia de «influencias antagónicas, que contrarrestan o neutralizan la acción de la ley ge-

neral». Algunas de estas influencias están vinculadas con las posibles relaciones que la economía de un país mantiene con la de otros.

Ante todo el comercio exterior, en general,

cuando... abarata los elementos del capital constante o los medios de subsistencia de primera necesidad en que se invierte el capital variable, contribuye a hacer que aumente la cuota de ganancia, al elevar la cuota de plusvalía y reducir el valor del capital constante [38].

En segundo lugar, el comercio exterior cumple su función antagónica del modo más específico cuando el capital es invertido en el comercio entre un país de elevada productividad y otro de baja productividad, porque

el país más adelantado vende sus mercancías por encima de su valor, aunque más baratas que los países competidores.

En este caso

el país favorecido obtiene en el intercambio una cantidad mayor de trabajo que la que entrega, aunque la diferencia, el superávit, se lo embolse una determinada clase, como ocurre con el intercambio entre capital y trabajo en general [39].

Se llega a resultados similares cuando el capital es exportado a países de composición orgánica inferior y donde los salarios son más bajos y el trabajo más explotado. En este caso, la tasa de ganancia tiende a ascender ya sea por la ganancia más elevada de las inversiones en los países coloniales o también menos desarrollados, interviene a los fines de la nivelación de la tasa general de ganancia, ya sea porque se reduce el excedente de capital en el país exportador y, por consiguiente, es obstaculizada la tendencia al aumento de la composición orgánica del capital. De este modo, el mecanismo de desarrollo de la economía capitalista, para emplear una terminología hoy de moda, preside la creación y la naturaleza de las relaciones que se instituyen entre esta y la economía de los países menos desarrollados.

Los efectos de este encuentro-desencuentro entre dos estructuras económicas tan distintas, Marx los describió bastante bien, y con notable anticipación con respecto a estudios posteriores, en muchas partes de *El Capital* y, sobre todo, en sus artículos de 1853 para *New York Daily Tribune* sobre la India [40]. La producción capitalista de mercancías, escribirá Marx en *El Capital*,

hace de la venta del producto el interés primordial, sin que, al principio, esto afecte aparentemente al mismo modo de producción, que es, por ejemplo, el primer efecto que el comercio capitalista mundial ejerce en pueblos como China, India, Arabia, etc. Pero allí donde echa raíces destruye todas las formas de la producción de mercancías basadas en el trabajo del propio productor o conce-

bidas simplemente a base de vender como mercancías los productos sobrantes [41].

El comercio exterior capitalista, consecuencia necesaria de la producción capitalista «cuando ella comienza a desarrollarse», representa, por consiguiente, el primer instrumento para destruir la economía no capitalista, para modificar la estructura social del país y para poner las bases indispensables al surgimiento de una producción capitalista local. Este es, en efecto, el desarrollo lógico cuando operan simultáneamente fuerzas de atracción, en el país menos desarrollado, y fuerzas de impulso hacia el exterior, en el país capitalista más desarrollado. Las primeras están constituidas por la presencia de mano de obra «libre», resultado de la destrucción del artesanado y de la industria local, de los bajos salarios, de la fecundidad de suelo y de la abundancia de materias primas, etc.; las segundas están representadas por aquellas causas antagónicas de la caída de la tasa de ganancia que hemos mencionado más arriba.

Cuando existen estas dos condiciones, cuando en la colonia o en el país semiindependiente el comercio haya iniciado ya su obra destructora de las viejas estructuras sociales y haya creado —a través de la expropiación de los productores inmediatos [42]— el proletariado indispensable para la producción capitalista, cuando el desarrollo del comercio haya vuelto necesario aquel mínimo de infraestructuras (camino, ferrocarriles, puertos, etc.) indispensables para la introducción de las máquinas [43], la misma falta de capitales es fácilmente superable por cuanto ellos se dirigirán espontáneamente hacia dicho territorio, atraídos por los niveles de ganancia allí obtenibles. Y esto es lo que Marx describe en su artículo sobre los «futuros resultados de la dominación británica en la India», y lo que determina el proceso de difusión del modo de producción capitalista en todo el globo. Precisamente por esto Marx podrá escribir que Inglaterra, el lugar clásico del modo de producción capitalista, indica a los demás países su futuro, y podrá luego llegar a afirmar que, salvo algunas excepciones, se supera hasta esa ausencia de disposiciones para la producción capitalista que se observa en ciertos pueblos, porque

con el desarrollo de la producción capitalista se crea en los distintos pueblos el nivel medio de la sociedad burguesa y, en consecuencia, de los temperamentos y disposiciones

y consecuentemente, Marx pudo parangonar este modo de producción con el cristianismo, en cuanto ambos son cosmopolitas [44].

Rosa Luxemburg permaneció fiel a esta visión del proceso de difusión del capitalismo, aunque partiera de otros presupuestos. Tampoco se apartan de ella Hilferding ni los demás teóricos del capitalismo del período precedente a la Primera Guerra Mundial, no obstante, hay que tener en cuenta los importantes elementos relativos a la explotación que señalaron. Pero difícilmente pueden seguir siendo fieles a esta visión los marxistas de la época actual. ¿Desde entonces se presentaron nuevos hechos que han superado el esque-

ma, o que estaban presentes, pero tenían una incidencia y un peso menor, elementos que suscitaban tendencias contrarrestantes a la difusión a escala mundial del modo capitalista de producción? En otros términos: ¿qué ha provocado la escisión entre mercado mundial capitalista —entendiendo hoy por mercado mundial capitalista toda la parte del globo que no entra en el sistema económico socialista— y la difusión mundial de la producción capitalista? ¿Son los cambios producidos en el período de entreguerras, o directamente después de la Segunda, o son ya cambios ya presentes desde el período que precediera a la Primera Guerra Mundial? Para responder, aunque sea parcialmente, a estas preguntas es necesario examinar en su desenvolvimiento las características esenciales de las relaciones entre los países capitalistas desarrollados y los países que hoy se definen como subdesarrollados.

## VI

Es indudable que lo que escribía Marx en el *New York Daily Tribune* a propósito de los «efectos del vapor y del libre comercio *made in England*» sobre la estructura de la sociedad india, reflejaba de manera verdadera cuanto ocurría en la India y representaba un cuadro de futuro de muchos otros países. Si se puede dirigir a Marx una crítica es la de haber subestimado las consecuencias de lo que él define como «la más grande, y para decir la verdad, la única revolución *social* que jamás se haya visto en Asia» [45].

Todavía a comienzos del siglo XVIII el Parlamento inglés debía votar repetidamente leyes que prohibían el uso de la seda, del calicó y de otros tejidos orientales y desde muchas partes se exigía la confiscación [46]. Hacia mediados de siglo, aunque los tejidos indios tenían un recargo aduanero del 75%, las exportaciones indias ascendían a más de 6 millones de libras esterlinas anuales, mientras que las inglesas hacia la India eran insignificantes [47]. Aún después de la batalla de Plassey, con la que Clive conquistó Bengala, las características del comercio anglo-indio sufrieron pocos cambios. El mismo tratado que obligaba a Bengala a pagar un tributo de 40 millones de libras esterlinas, no significaba mucho de nuevo para un país que había sido saqueado por los árabes, por los mongoles y que era invadido periódicamente. Pero sí era nuevo el tipo de propiedad de la tierra que se estaba imponiendo en los territorios de la Compañía de la India cuando, a continuación de la ofensiva lanzada por los librecambistas, representantes de la burguesía industrial naciente, fueron reducidos los poderes de la Compañía e instituido un control más estricto por parte de la Corona (*India Act* de 1784). Las tierras, que pertenecían primero a las comunidades campesinas de aldea y sobre las cuales los señores locales no tenían un verdadero derecho de propiedad sino únicamente un poder limitado y temporario de imponer tasas y tributos, fueron divididas y asignadas en propiedad permanente a esos señores. Un país que nunca había conocido, salvo en zonas limitadas, una nobleza hereditaria, en el sentido europeo del término, y en la que el favor del soberano determinaba los ingresos de los sec-



tores más pudientes, veía ahora introducirse, desde el exterior, una clase de propietarios de la tierra hereditarios. La preferencia por el dominio indirecto hizo que los recaudadores indios de los impuestos para la Compañía, y luego, para el gobierno británico, se convirtiesen en propietarios de las tierras que estaban sometidas a su control, con la consecuencia de que la explotación de los campesinos indios se realizaba en concomitancia con una revolución feudal o semifeudal, y no en favor de una revolución burguesa. Como resultado se comenzó a orientar la agricultura hacia aquellas producciones que interesaban particularmente a la Compañía de las Indias. Aumentó tanto el porcentaje de tierra dejada sin cultivar que en 1789 el gobernador general Lord Cornwallis podía afirmar «que un tercio del territorio de la Compañía en el Indostán es ahora una jungla habitada solo por bestias salvajes» [48]. Las consecuencias de esta política aparecen claras cuando se multiplican las penurias, no ya debidas a las tradicionales variaciones anuales de la producción agrícola, sino precisamente al hecho de que había disminuido desde entonces la superficie cultivada para las necesidades locales en provecho de la empleada en la producción de los bienes que interesaban al capital comercial británico.

Sin embargo, amplias zonas del territorio indio conservaban su antigua estructura social. Esta fue destruida definitivamente cuando, después de la finalización de las Guerras napoleónicas, el capitalismo británico logró hacer abolir el monopolio de la Compañía de las Indias orientales para el comercio con la India (1813). En 1787 Dacca exportaba tejidos por tres millones de rupias, pero pocos años después de 1813 sus exportaciones se habían reducido a cero.

Entre 1814 y 1835 las industrias inglesas aumentaron sus exportaciones de tejidos de algodón hacia la India de un millón de yardas, que valían 26 000 libras esterlinas, a 51 millones de yardas, que valían 400 000 libras esterlinas, un cuarto del total de las manufacturas de algodón exportadas. Del mismo modo aumentaron las exportaciones de tejidos de seda y de lana, de hierro, porcelana, vidrio y papel. La India era un mercado abierto solo para las industrias británicas. En esa época, los hiladores, los tejedores y los metalúrgicos indios eran sistemáticamente expulsados del trabajo. Dacca no exportaba nada más en 1817. El total de exportaciones indias de tejidos de algodón, que ascendía aun millón y medio de piezas en 1814, por un valor de 1 300 000 libras esterlinas, había caído en 1832 a 300 000 piezas, por valor de 100 000 libras esterlinas y a 63 000 en 1844. Las poblaciones de Dacca, Surat, Murshibad y de los otros centros manufactureros indios, es diezmada en el curso de una generación y comenzaba tristemente el aumento de la dependencia de la agricultura [49].

Sobre la base de estos sacudimientos («¿el fardo del hombre blanco?»), fueron surgiendo o se fortalecieron nuevos grupos sociales en lugar de los sectores que habían constituido el esqueleto tradicional de la sociedad. Hemos mencionado ya las modificaciones sociales en el campo. En las ciudades desaparecía el artesanado indígena y penetraba en su lugar el comerciante ligado a la importación de las manufacturas inglesas y a la exportación de algu-

nas, y por ahora limitadas, materias primas indias. Lord Bentinck, gobernador general de la India, podía escribir en 1829 que

el Establecimiento Permanente [*Permanent Settlement*] aunque fuese un fracaso en muchos otros aspectos y en sus puntos esenciales más importantes, tiene cuando menos la ventaja de haber creado una amplia corporación de ricos terratenientes, profundamente interesados en el mantenimiento del dominio británico y que ejercen un completo control sobre la masa del pueblo [50].

El nuevo grupo de comerciantes que se desarrollaba en los centros urbanos cumplía la misma función. «Burguesía compradora» y latifundistas se convirtieron en el pilar real de la dominación británica en la India. Rápidamente se fusionaron constituyendo el obstáculo interno más potente al desarrollo de la industria moderna y tiranizando, por cuenta propia y por cuenta de los ingleses, a la población local. De tal manera, se iba delineando esa estructura social distorsionada —reflejo de una economía que encontraba una lógica solo más allá de los mares, en Gran Bretaña— que representó siempre el más eficiente instrumento de conservación del predominio, directo o indirecto, de las economías extranjeras en todos los países similares [51].

## VII

Pero todo esto no era para Marx sino el primer acto. El segundo tiempo de la «*revolución social*» debía estar constituido por el ingreso del capital británico en la India, por la preparación de las infraestructuras necesarias y, como consecuencia de ello, por el desarrollo de un capitalismo local. A la larga, también para la India y para los demás países que se encontraban en la misma situación, debía imponerse el principio por el cual «los países industrialmente más desarrollados no hacen más que poner delante de los países menos progresivos el espejo de su propio porvenir» [52]. Por ello, frente a los inicios de las construcciones ferroviarias en la India, Marx podrá exclamar que «el sistema ferroviario se convertirá, por tanto... en un verdadero precursor de la industria moderna» [53].

Cuando Marx escribía estas palabras no había comenzado aún el gran *boom* de las inversiones en las construcciones ferroviarias indias. El desarrollo de estas se produce pocos años después, en el período que sigue al «*amotinamiento*» de 1857, cuando se enlazaron las presiones de los militares a las de los industriales exportadores. Los primeros solicitaron del gobierno inglés la creación de un eficiente sistema ferroviario que permitiera un rápido desplazamiento de las tropas de ocupación en todo el país, los segundos reclamaron un desarrollo del sistema de transportes para poder vender con mayor facilidad y a menor costo sus propias mercancías. El tercer motivo que intervendrá para facilitar el incremento de los ferrocarriles en la India será, pocos años

después, la necesidad de transportar desde el interior a la costa las materias primas que serán elaboradas en Gran Bretaña. Durante toda la década 1860-1870 la India representa uno de los terrenos favorecidos por la inversión de capital británico en el exterior. En aquellos años, el 21% de las inversiones exteriores de Gran Bretaña se concentra en la India, orientándose, sobre todo, hacia las construcciones ferroviarias. Sin embargo, al menos para los primeros años, no se puede afirmar que las inversiones fueran muy rediticias si el gobierno inglés debía asegurar un interés mínimo del 5% y si las primeras ganancias se dieron en 1868. Simultáneamente —a continuación de la guerra de Secesión que había obligado a las industrias textiles británicas a disminuir las importaciones de algodón de los Estados Unidos— aumentaron también las inversiones en las plantaciones de algodón y en las obras de irrigación para la tierra, aunque el proyecto de Lord Dalhousie preveía, para tales empleos, no más de 18 millones de libras esterlinas contra las 95 millones invertidas en ferrocarriles en 1860. Siempre en este decenio (1860-1870) el capital británico se dirigía también hacia otros mercados, además de la India y las restantes colonias, tanto es así que el 25% de las inversiones eran efectuadas en Europa y el 27% en Estados Unidos. En conjunto, durante esos años, no se puede afirmar que las inversiones británicas se dirigieran hacia los miembros del Imperio, quienes reciben solamente el 36% de los 770 millones de libras esterlinas invertidas en el exterior, ni que ellas prefieran las colonias, ni, en fin, que existiesen síntomas tangibles de un desarrollo de la industria india.

Pero el gran *boom* de las inversiones exteriores, que fue motivo de consideración por los teóricos del imperialismo, no se refiere a aquellos años, «apogeo de la libre concurrencia», como escribe Lenin. La fase del imperialismo, siempre según Lenin y los escritores arriba recordados (con la excepción de Rosa Luxemburg), comienza después de la crisis de 1873. Frente a esta crisis, el capitalismo reacciona intensificando el proceso de concentración que había comenzado ya en la década precedente [54] y, a continuación, con una más acentuada exportación de capitales y una paralela expansión colonial. Tal es, sintéticamente, la tesis de Lenin. El período áureo de la exportación de capital es el de los últimos años que preceden a la Primera Guerra Mundial, cuando se presentan a la arena mundial potencias extraeuropeas, tales como Estados Unidos y más tarde, Japón. Un estadístico no marxista escribió por aquel entonces:

la tendencia a la inversión en manufacturas y empresas industriales exteriores... se había desarrollado en los últimos años... Y parece ser que en la actualidad son superados los obstáculos que impedían el éxito de las inversiones industriales en el exterior [55].

La caída de la tasa de ganancia y la importancia histórica de la crisis de fines de los años 70 son hecho indiscutibles [56]. Pero lo que ofrece mayor duda es si a la crisis, a la transformación que estaba sufriendo el capitalismo al pasar de su fase competitiva a su fase monopolista y a la caída de la tasa de ganancia de aquellos años, se le puede conectar la dinámica de las inversiones en el

exterior. Es cierto que estas inversiones desempeñaron un papel importante en la recuperación del capitalismo. Es más, representaron un instrumento de primer orden para contrarrestar la caída de la tasa de ganancia. Pero es necesario tener en cuenta también que nos encontramos frente a otros factores sin los cuales no podríamos comprender la dinámica y, sobre todo, las características de la exportación de capital. En los dos quinquenios precedentes a la crisis (1865-69 y 1870-74) las inversiones netas de Gran Bretaña en el exterior ascendían respectivamente al 4,5% y al 6,8% de la renta nacional, mientras que las inversiones internas representaban en cada quinquenio el 6,2% y el 6,4% de la renta nacional. Desde 1875 a 1913 último año de paz, la dinámica de las inversiones británicas en el exterior sufrió variaciones notables. La cuota de renta nacional constituida por las inversiones en el exterior, descendió al 2,3% en los años 1875-79 —el período más agudo de la crisis—, se elevó al 4,8% en el quinquenio 1880-84 y aumentó en el período siguiente (1885-89). Durante toda la década que va de 1875 a 1884 las inversiones internas se mantienen en nivel superior al de las inversiones efectuadas en el exterior, mientras que tal relación se invierte en los años 1885-89, cuando la cuota de la renta nacional constituida por las inversiones internas no representa más del 3,8%. Para el quinquenio siguiente, de 1890 a 1904, las inversiones en el exterior constituyen una parte siempre decreciente de la renta nacional, pasando, de quinquenio en quinquenio, del 4,7% al 2,7% y al 2,2% y manteniéndose por debajo del porcentaje de las inversiones internas con excepción del primer quinquenio (1890-94). Las inversiones británicas en el exterior ascenderán, rápidamente y de una manera imponente, en los años siguientes y representarán el 6,7% de la renta nacional en el quinquenio 1905-09 y casi el 9,3% en 1910-13, superando en ambos períodos la cuota de inversiones internas [57].

Debe tenerse en cuenta que todos los datos se refieren a inversiones netas y que, además, en el trienio 1911-13 las inversiones británicas en el exterior sumaron más de 4 400 000 libras esterlinas, con un aumento de más del 17% sobre el total de las inversiones británicas en el exterior efectuadas en el decenio 1901-10. No parecerá extraño, por consiguiente, que Lenin haya subrayado con tanta fuerza este fenómeno. Pero la imponente relativa de las inversiones en el exterior del país más rico de capitales de la época, el fuerte incremento que registrara en comparación con los años inmediatamente precedentes, no son suficientes de por sí para llevarnos a afirmar que la amplitud de la exportación de capitales tiene su explicación en el excedente de capitales que se registrara en los países capitalistas maduros de estructura monopolista y en la posibilidad de explotar el bajo costo del trabajo existente en otros países (colonias y Estados semiindependientes). Tampoco se puede vincular, por lo menos de modo mecánico, la dinámica de las inversiones británicas en el exterior con la marcha del ciclo; tanto es así que las inversiones en el exterior pueden exceder las efectuadas en el interior tanto en los momentos de *boom* como en los de crisis. Veamos un ejemplo: si en el quinquenio 1894-99 la economía inglesa atraviesa un período de *boom* y las inversiones internas superan las inversiones en el exterior, en el período 1910-1913 —otro período de *boom*— son las inversiones en el exterior las que superan las

internas. Estos datos no son suficientes para definir las relaciones entre una economía como la inglesa y la de los países por ella dominadas. De allí que sea necesario considerar no solo el monto sino también la distribución geográfica y sectorial de las inversiones mismas.

## VIII

Como ya vimos, tanto Hilferding como Rosa Luxemburg, tanto Lenin como Bujarin, mantienen la hipótesis marxiana de que el capital se dirige de los países de composición orgánica más alta —y en consecuencia, por lo menos tendencialmente, con una tasa de ganancia más baja— hacia aquellos de composición orgánica inferior. Lenin, debemos señalarlo, no se limita a considerar la exportación de capitales hacia los países «menos avanzados» y subraya cómo en aquella época la lucha entre los monopolios se desarrollaba también en el interior de las áreas industrializadas y cómo, en consecuencia, también en el interior de aquellas zonas se verificaban movimientos de capitales. Pero en conjunto no es esta la dirección más presente en Lenin, a quien le interesa mayormente el hecho de «que el capital estaba extendiendo a naciones atrasadas sus propias relaciones sociales y sus propios medios de producción» [58], puesto que, como es obvio, los movimientos de capitales en el interior de los países industrializados puede reforzar a cada monopolio, dar vida a un nuevo cártel o provocar un enfrentamiento entre los distintos grupos financieros, pero no pueden superar el obstáculo del excedente del capital, respecto a una cierta tasa de ganancia, que continúa siendo el motor de las inversiones en el exterior. Y para confirmar lo dicho acerca del análisis de Lenin basta recordar que existe en el pensamiento de Lenin una correspondencia, que se puede definir como biunívoca, entre exportación de capital y adquisición de nuevos territorios coloniales, en el sentido de que las inversiones en el exterior dan vida, o refuerzan, la necesidad de nuevas colonias y de que nuevas colonias requieren, o facilitan, inversiones en el exterior.

En los años que van de 1860 a 1870 el 36% de las inversiones británicas en el exterior se ha concentrado en territorios pertenecientes a países miembros del imperio. En el decenio que sigue a los años más agudos de la crisis (1881-1890) tal porcentaje asciende al 47%, permaneciendo en tal nivel hasta vísperas de la guerra. Son los años en los que el Imperio británico se extiende, y paralelamente, se forman o se consolidan, los dominios coloniales de las otras potencias [59]. Pero son también los años en los que las inversiones en los países hoy llamados subdesarrollados representan un porcentaje cada vez menor. Si en el período 1860-1870 los *dominions* absorbían solo el 12% de las inversiones en el exterior, en los años siguiente atrajeron cerca del 30% del capital británico exportado. En el trienio 1911-13 los 4 415 000 de libras esterlinas invertidas por los capitalistas ingleses en el exterior se subdividían así: el 30% en los *dominions*, el 10,5% en la India, el 5,5% en el resto de colonias, el 6% en Europa, el 19% en Estados Unidos, el 22% en Sudamérica [60], el 7% en

el resto de los países. En el interior del Imperio, el mayor beneficiario fue Canadá, en el que se invirtió 515 000 esterlinas, seguido de la India y de Ceylán, 379 000 esterlinas, Sudáfrica, 370 000 esterlinas, de Australia, 339 000 esterlinas, etc. En total, en 1913 el Imperio había absorbido 1 880 000 esterlinas, de las cuales 1 301 000 se habían orientado hacia las colonias de poblamientos, los *dominions*, mientras que 479 000 habían sido invertidas en las colonias verdaderas [61].

Por consiguiente, no se puede afirmar que siempre existió una estrecha correspondencia entre nuevas colonias y nuevas inversiones en el exterior, como afirmaba Hobson. Ciertamente, el furor colonialista que inflamaba a la burguesía inglesa por aquellos años no puede ser interpretado como un súbito despertar del espíritu imperialista o como el resultado inexplicable, salvo apelando a las leyes del espíritu, del triunfo de las ideas de Chamberlain sobre las de los librecambistas. Cuando se intenta aducir razones militares o motivos de concurrencia con otros países imperialistas, o contraponer tales razones a las causas más prosaicas de la economía, se recurre a una concepción de lo *útil* que se fundamenta solo en los teoremas de la utilidad marginal [62] y se olvida de que también la defensa de los intereses y de las posiciones de poder conquistadas responde, mediatamente, a razones económicas y mucho más prosaicas del *rule Britannia*. Pero, no obstante todo ellos, no existen pruebas de que las nuevas colonias hayan recibido capitales ingleses en medida considerable y, por lo tanto, no se puede ver en la adquisición de nuevas colonias un instrumento para facilitar nuevas inversiones. Si se exceptúa Transvaal, en el que la presencia de oro desempeña un papel demasiado importante, y recibió por ello inversiones considerables, la mayor parte de las nuevas colonias atrajo muy poco capital británico y ese poco se fue concentrando en plantaciones, en pocas empresas comerciales para la exportación, descuidando las actividades manufactureras y no usufructuando, por consiguiente, sino en parte las ventajas derivadas de la presencia de mano de obra a bajo costo. Es cierto que en muchos casos las conquistas coloniales tenían por móvil el deseo de asegurarse las fuentes de materias primas a bajo precio. Es cierto que, como enseña también la reciente historia cubana, las inversiones en el exterior exigen, por las razones ya señaladas por Bujarin, el control directo o indirecto del país hacia el que afluye el capital. Pero no es menos cierto que la posesión colonial no significa necesariamente nuevas inversiones, ni mucho menos inversiones en empresas de transformación, es decir, en empresas que extienden en mayor medida las relaciones capitalistas de producción. En su conjunto, el capital británico no escogía este tipo de inversiones. Desde 1885 a 1894 cerca del 60% de los capitales obtenidos por medio de emisiones mobiliarias en el mercado de Londres y destinados al exterior, eran invertidos en las construcciones ferroviarias. En 1913 las obligaciones británicas por inversiones exteriores se distribuían en las distintas ramas de la siguiente manera: 41% en ferrocarriles, 30% en empréstitos gubernativos, 10% en empresas mineras y financieras, 6% en la industria y en el comercio, 5% en servicios públicos. A pesar de las esperanzas de C. K. Hobson, las actividades industria-

les propiamente dichas no absorbían más de una cuota mínima del capital exportado por Gran Bretaña [63].

## IX

En aquellos años se asiste a un trasplante del capitalismo europeo a zonas habitadas preferentemente por población blanca, más que a una difusión del capitalismo. Con la única excepción de Sudáfrica, los países del Imperio que reciben la cuota más importante de las inversiones británicas en el exterior son países en los que la población indígena es numéricamente insignificante. En todos estos países incluida Sudáfrica, no solamente es muy alta la emigración europea, sino que en general esta emigración ocupa espacios vacíos. Y son estos países los que adquieren una estructura económico-social comparable a la de los países capitalistas de más antigua data, mientras que, como veremos, todos los inmensos territorios que forman las colonias, todos los países en los que sigue prevaleciendo la población indígena, no logran desarrollar el capitalismo más allá de pocas zonas (los llamados «enclaves») y de algunos sectores. Ello no es debido, como es natural, a la «superioridad de la raza blanca», la única que sería capaz de aprehender y desarrollar las técnicas productivas modernas, la única idónea para las relaciones capitalistas. Esto es debido, simplemente, al hecho de que en Canadá, Australia, Nueva Zelanda, el capital —como relación social— no está obstaculizado en su asentamiento por relaciones precapitalistas o por una estructura que había sido distorsionada por el comercio del siglo precedente. En las colonias de poblamiento, al contrario, las relaciones capitalistas se insertan en una estructura preparada para recibirlas. Se trata de una estructura mercantil que tiene como eje la propiedad privada y que, gracias a las continuas migraciones, atenúan también los sufrimientos de la expropiación de los productores-propietarios. La colonización blanca puebla el país de personas ya dotadas de aquel mínimo de cultura que se torna indispensable para el desarrollo capitalista, sin que sea imprescindible la formación de una fuerza de trabajo calificada a expensas de todo el capital, sin necesidad, por lo tanto, de aumentar el «derroche» de capital en una actividad no inmediata o directamente productiva. Sobre la base de tales combinaciones es posible el desarrollo de una mentalidad «empresarial» no obstaculizada por la combinación de relaciones capitalistas puras y relaciones no capitalistas, no limitada por la presencia de una capa de «compradores», ligados solo pasivamente al capitalismo, ni tampoco vinculada a la «tutela» de una capa explotadora indígena. En tales condiciones, el capital —como conjunto de objetos materiales, directa o indirectamente importados del exterior— puede desarrollar toda su función de trasplante y de desarrollo del capital, entendido como relación social [64].

Muy diferentes son los resultados de la exportación de capital en los países densamente poblados: aquí las inversiones exteriores tienden a concentrarse en actividades que no solo no responden a las exigencias locales de cre-

cimiento, sino que se enfrentan con ellas. El capital, británico primero y de otros países después, desarrolla las empresas mineras y las plantaciones explotando el trabajo a bajo precio, pero sin saber, ni poder, ampliar las relaciones capitalistas de producción más allá de una fracción con frecuencia insignificante de la economía. La producción para el exterior tiende a ser cada vez más dominante en perjuicio de la producción para el interior resultando de ello que la disminución continua del personal que trabaja en las artesanías y manufacturas precapitalistas no es compensada por el incremento del proletariado. Continúa así el aumento de la población dependiente de la agricultura [65]. En otros casos, el resultado será el desarrollo enorme del sector terciario y del semiproletariado [66] que colmará las «villas miseria» de las ciudades. La superpoblación en el campo facilitará a los propietarios de la tierra, nativos o extranjeros, el mantenimiento de las viejas relaciones de producción, con una excepción, la del sector exportador en el que prevalecerá la plantación capitalista. Pero por el otro costado, el hambre de tierras, el alto costo del dinero, la división en arrendamiento de la propiedad, elevarán hasta las nubes la renta y orientarán a los capitales hacia la usura antes que hacia las actividades capitalistas [67]. En estas condiciones el capital, tanto extranjero como local, no tiene demasiado campo de acción: una vez que se haya adueñado de las riquezas mineras o agrícolas, en general inexistentes o más costosas en los países capitalistas maduros, se extenderá hacia aquellos servicios indispensables para su explotación y continuará siendo extranjero en el país. El capitalismo podrá desarrollarse únicamente cuando, como en el caso de Sudáfrica, asuma el control directo de las poblaciones nativas, eliminando a los señores locales que —como escribía Marx a propósito de la India— «son el contrafuerte del abominable sistema de marca británica existente en la India y los mayores obstáculos a su progreso» [68]. Pero en este caso ello será obtenido a costa del exterminio de los habitantes o de su *apartheid*, aunque el racismo, que es su fundamento, oculta relaciones capitalistas de producción y no relaciones de esclavitud. En general, el capital está limitado en sus desarrollos por involución de las relaciones semicapitalistas y semifeudales que él mismo ha generado, en cuanto capital comercial, y consolidado, en cuanto capital industrial. Como resultado, a pesar del bajo nivel de los salarios y de la composición orgánica inferior, no se puede afirmar que se estaba produciendo una difusión de las relaciones capitalistas y que estas tendían a convertirse rápidamente en preponderantes [69].

Existen pocas dudas acerca de que la exportación de capitales haya procurado al capitalismo europeo, y al británico en particular, ganancias y ventajas colosales. Los economistas burgueses han subestimado el hecho de que frente a los 7400 millones de libras esterlinas exportadas por Gran Bretaña en los años que van de 1870 a 1913, están los 4100 millones afluidos, en el mismo período, como ingreso de las inversiones en el exterior [70]. Si pueden entonces aparecer como apresuradas las estimaciones que Lenin hacía en 1907 acerca de la renta exportada de la India a Gran Bretaña [71], es claro, no obstante, que en todos aquellos años, y aún más, en proporción, en el período entre las dos guerras, el capitalismo inglés ha acumulado a expensas del ingresos de otros



países. Y es sabido que solo los intereses y los dividendos del exterior permiten a Gran Bretaña mantener en activo la balanza de pagos, pasiva tanto en lo relativo a las mercancías como a los servicios. Desde el comienzo del siglo pasado los intereses y los dividendos por inversiones en el exterior aumentaron regular y continuamente hasta representar, en 1913, casi un décimo del ingreso nacional británico, y cerca de un cuarto de todas las rentas por propiedad [72].

En el interior de estos datos generales y de esta realidad indiscutible, es necesario tener presente otros dos problemas. En qué medida las ganancias del exterior provenían de las colonias o de otros países subdesarrollados y en qué medida ellas contribuyeron a crear las posibilidades financieras para «*corromper* — como escribe Lenin [73]— a los dirigentes obreros y a la capa superior de la aristocracia obrera». Barratt Brown escribe que solo un sexto del total provenía de la India y de las otras colonias y que la mayor parte derivaba de los Estados Unidos y de los demás países desarrollados (Europa y *dominions*).

Es cierto que alrededor de los tercios de las inversiones británicas se habían concentrado en países ya desarrollados o en vías de desarrollo y que solo una parte se había volcado en las colonias. Pero es lícito suponer que las inversiones efectuadas en los países dominados, políticamente o solo económicamente, habían obtenido mayores ganancias, en cuanto gozaban de posiciones privilegiadas y se habían concentrado en sectores cuya producción no tenía, en ciertos casos, una competencia muy fuerte. Si por tanto la masa de las ganancias y de los dividendos de las inversiones en zonas de estructura capitalista era superior a la masa de ganancias y de dividendos de las inversiones en países que hoy denominamos «subdesarrollados», esto no significa que la tasa de ganancia de estas últimas inversiones era igual a la de los primeros, de manera tal que las estimaciones de Barratt Brown puedan subestimar la importancia real del «tributo» de las colonias [74].

Sobre el segundo problema, las argumentaciones de Barratt Brown contra la tesis de Lenin parecen más apropiadas. A la tesis de Lenin del tributo colonial, contraponen la tesis más articulada y general de Engels según la cual es el monopolio industrial de Inglaterra lo que permitió la creación de grupos privilegiados en el interior de la clase obrera [75] y recuerda que el desarrollo de grupos de trabajadores de elevados salarios es un fenómeno que se da también en otros países, como los escandinavos, que no tenían posesiones coloniales ni exportaban capitales. Se ha objetado a Barratt Brown que no se puede distinguir entre ganancias provenientes de las inversiones en países de estructura capitalista, como los *dominions* y los Estados Unidos, y los países coloniales o semiindependientes [76], y que un cuarto de las rentas de propiedad representa una cuota tan elevada que se puede suponer que haya alcanzado también para corromper a la aristocracia obrera. En realidad, aunque como se dijo parezca exagerada la subestimación que Barratt Brown hace del ingreso derivado de las inversiones coloniales, la distinción debe ser mantenida precisamente si se quiere conservar el sentido del análisis de Lenin según el cual, es preciso tenerlo siempre presente, una de las causas de las superganancias coloniales son los bajos salarios de los trabajadores en las

colonias. Y además, como veremos luego, la analogía con la situación de los países escandinavos permite vincular el mejoramiento del tenor de vida del proletariado de los países capitalistas desarrollados a una forma más general de explotación del trabajo de los países económicamente dependientes [77].

## X

El otro gran momento en las relaciones entre los países capitalistas maduros y los de economías coloniales, es el comercio exterior. Es un problema escasamente examinado por los marxistas de comienzos de siglo precisamente porque consideraban, como escribe Lenin, que

lo que caracterizaba al viejo capitalismo, en el cual dominaba plenamente la libre competencia, era la exportación de *mercancías*. Lo que caracteriza al capitalismo moderno, en el que impera el monopolio, es la exportación de *capitales* [78].

Y sin embargo es un problema muy importante porque el comercio exterior, como la exportación de capital, contrarrestan la caída tendencial de la tasa de ganancia. Aún para el análisis de las relaciones comerciales en el período clásico del imperialismo es útil examinar el caso de Gran Bretaña, el país más importante por el vasto territorio colonial que posee, aunque se trata de un caso un poco particular en cuanto es el único país no proteccionista de aquellos años [79].

Desde 1870 a 1913 el volumen del comercio exterior crece más de tres veces, mientras que en los cuarenta años precedentes a 1870 había aumentado 5 veces. Existe por lo tanto una reducción en el incremento del volumen del comercio, pero teniendo en cuenta el surgimiento de otras economías industrializadas, y el bajo nivel del que partía alrededor de 1830, no se puede afirmar que el aumento del comercio británico, entre 1870 y 1913, fuese menospreciable. Pero no es este el aspecto más importante del problema. Es necesario examinar cuáles son las características, y la evolución, de las relaciones comerciales entre Gran Bretaña y el imperio. En el período 1854-57 las importaciones de Gran Bretaña provenientes de territorios imperiales representaban el 24% del total de las importaciones británicas. Desde entonces hasta vísperas de la Primera Guerra Mundial, tal porcentaje sufrió pocas variaciones, con la única excepción de los años 1861-65 cuando la guerra de Secesión impidió las importaciones de algodón de los Estados Unidos: la cuota de las importaciones de los países miembros del imperio fue del 35% en 1864, del 22% en el cuatrienio 1870-74, se mantuvo entre el 22 y el 24% hasta fines de siglo, y representó el 25% en los años 1909-13. Una estabilidad tal oculta, sin embargo, una notable diferenciación en la proveniencia de las importaciones de los distintos territorios del imperio. En efecto, si los *dominions* suministraban en el cuatrienio 1854-57 solo el 32% del total de las importaciones provenientes

de área imperial, tal cuota ascendió a fines de los años setentas al 45% y en los años que van desde fines de siglo a 1913 al 55%. Lo que aumentó, por tanto, entre mediados del siglo XIX y 1913 no fue el porcentaje de las importaciones de la India o de los demás dominios coloniales, sino la de los *dominions*, gracias sobre todo al fuerte incremento de las importaciones de Australia y de Nueva Zelanda [80].

Distinto es el movimiento de las exportaciones de Gran Bretaña hacia los países del imperio. Ellas registran fluctuaciones bastante más violentas y tienden decididamente a representar una cuota cada vez más alta sobre el total de las exportaciones británicas. Desde 1852 a 1863 pasa del 26 al 35% del total. Desciende en 1871 al 23%, asciende al 35% en 1877, cae al 32% dos años después, toca el 37% en 1885 para descender al 31% en 1895. Alcanza el máximo en 1902 con el 38,5% y, después de haber descendido al 32% en 1906-07, representa el 37% en 1913. Las fuertes variaciones no son debidas a la inestabilidad de las exportaciones en el interior del imperio, que aumentan regularmente, sino a las violentas fluctuaciones del total de las exportaciones, de modo tal que las exportaciones en el interior del área imperial representan una válvula de seguridad y un instrumento de atenuación de las oscilaciones de las exportaciones británicas hacia otros países. Un economista inglés ha puesto en relación las variaciones de la cuota de las exportaciones en el interior del imperio con las variaciones de la cuota de las inversiones en el interior de la misma área y ha encontrado una notable correspondencia entre ambos fenómenos desde 1890.

Quando una crisis sacude la economía mundial, los exportadores británicos de capital abandonan los países extranjeros, y especialmente los Estados Unidos, para dirigirse hacia el imperio... Esta nueva orientación sostiene las exportaciones de mercancías hacia el imperio, en particular de bienes de inversión. Este mecanismo tiene como consecuencia aislar en cierta medida a Gran Bretaña y al imperio de los efectos más graves de las crisis económicas generales. El imperio desempeña, por consiguiente, un papel estabilizador para la economía británica [81].

Después de 1890 el comercio con el imperio tiende a evolucionar en concomitancia con las fluctuaciones del comercio mundial: la cuota de las exportaciones en el interior del imperio aumenta en los períodos de *boom* y disminuye en los años de depresión.

El fenómeno tiene su importancia porque que tiende a confirmar que, hacia fines de siglo, las inversiones de Gran Bretaña han dejado de ser el motor del comercio imperial. Esto es debido a dos causas. En primer lugar, debido a la importancia creciente de los otros países capitalistas, Gran Bretaña no puede mantener mediante el librecambio el aislamiento de su imperio. En segundo lugar, salvo algunas excepciones, el grueso de los países miembros del imperio ha alcanzado el «equilibrio» en la producción de materias primas y de productos alimenticios. Si se exceptúa la producción de caucho y de petróleo —por entonces en plena expansión— y los cultivos de café, algodón, etc.,

de África oriental, los distintos países del imperio ya se han especializado en ciertas producciones: los *dominions* alcanzaron un nivel notable en la ganadería y en las producciones de cereales o en los cultivos de bosques y los actuales países subdesarrollados pasan a depender cada vez más de la exportación de pocos productos mineros o de las plantaciones. En consecuencia, el desarrollo de estos últimos países, en los que no existe una verdadera industria salvo limitada a las necesidades locales, pasa a depender de la «demanda de productos primarios provenientes del conjunto de los países industriales» y las exportaciones británicas son limitadas por la capacidad de adquisición de esos países. Las inversiones británicas han dejado de cumplir su función que no era, como podía esperarse, la de desarrollar las relaciones capitalistas en las colonias sino, más simplemente, la de preparar los suministros de materias primas de los que tenía, y tiene, necesidad [82] la industria inglesa y los demás países capitalistas desarrollados. Donde existían las condiciones sociales, como en los *dominions*, junto a las producciones de bienes alimenticios y de otros productos primarios se habían desarrollado o se estaban desarrollando las actividades transformadoras a través de las cuales estos países se iban insertando cada vez entre los que utilizaban materias primas de los países coloniales y determinaban *activamente* las tendencias cíclicas de la economía mundial. Donde estas condiciones no existían, la economía del país tendía a transformarse cada vez más en monocultural —o ligada, en todo caso, a la producción de bienes primarios— y dependiente, de modo *pasivo*, de la demanda de la industria capitalista. Precisamente los años que parecían demostrar una gran expansión del capitalismo consolidan, a través de una desigual distribución geográfica de las inversiones y de una distribución sectorial distorsionada, la dependencia, en el interior de un mercado capitalista mundial, de algunos territorios con respecto a otros y, en consecuencia, la detención de la difusión del capitalismo en todo el mundo. Las ganancias derivadas de las inversiones coloniales eran con frecuencia, y lo son todavía, muy elevadas [83], pero por estar ligadas a la producción para la exportación no se convierten en un estímulo para un desarrollo ulterior del capitalismo [84], y además porque no es posible extender más allá de ciertos límites el sector ligado al mercado exterior, ya sea por las imposiciones de la demanda internacional, ya sea porque las compañías coloniales que controlan el sector usufructúan posiciones monopolistas que no siempre es fácil afectar [85].

Entre tanto, siempre por aquellos años se estaba esbozando otra de las características actuales del comercio internacional, el deterioro sistemático de las relaciones de intercambio en favor de los países industrializados. Se verifica de tal modo lo que Marx había analizado en *El Capital* a propósito de la posibilidad que tienen los países más avanzados desde el punto de vista tecnológico, y por consiguiente con un nivel superior de productividad, de drenar en su propio beneficio una parte de la plusvalía producida en los países de productividad inferior. Pero probablemente la dinámica de los precios internacionales fue más allá de las previsiones de Marx. No es necesario abundar sobre la gran importancia de ese fenómeno en nuestros días, pues mucho se ha escrito al respecto. Pero sí conviene recordar que las relaciones de inter-

cambio no fueron empeorando *ab aeterno* en perjuicio de los países exportadores de productos primarios e importadores de manufacturas. Si consideramos, una vez más, a Gran Bretaña, típico país exportador de productos manufacturados e importador de materias primas y productos agrícolas, podemos constatar que desde el primer ventenio del siglo XIX hasta 1860-70 la relación entre los precios de los productos exportados y los de los productos importados tiende a descender mientras que después de ese período la tendencia se invierte. En 1822 el índice de la relación entre precios de exportación y precios de importación, tomando a 1880 = 100, es de 155. Desciende a 150 en 1830, a 120 en 1846, a 106 en 1862, a 102 en 1870. Se mantiene en aquel nivel, a través de fluctuaciones momentáneas, hasta 1880 para comenzar, luego, un lento ascenso que se acelerará considerablemente en los años sucesivos a la guerra y en especial durante la crisis [86]. Es cierto que variaciones notables se pueden registrar también antes del decenio 1860-1870, pero también es cierto que el deterioro de los términos del intercambio en perjuicio de los países exportadores en Gran Bretaña se verificaba, generalmente, en los períodos de crisis, cuando disminuía la demanda de productos alimenticios o de materias primas de parte de la industria, mientras que, siempre a medida que se aproxima fines de siglo y se entra en el actual, las variaciones pueden ocurrir en perjuicio de los países exportadores de productos importados por Gran Bretaña, también en períodos de *boom*, cuando las leyes de la competencia deberían operar en perjuicio y no en beneficio de los países importadores de productos primarios. Arribamos a los mismos resultados si tomamos en consideración la relación entre los precios de los productos primarios y los de los productos manufacturados, según los datos recogidos por el departamento económico de las Naciones Unidas [87]. Considerando al quinquenio 1876-80 = 100, el índice descende a 96,3 en el período 1886-90, a 87,1 en los años 1896-1900, y se estabiliza en el período que va de 1906 a 1913, en 85,8, comenzado a descender, y con mayor rapidez después de la finalización de la guerra [88]. De tal manera, a la plusvalía drenada bajo la forma de ganancias derivadas de las inversiones en los países con un nivel de productividad más bajo, se agregaba desde el último ventenio del siglo pasado la drenada a consecuencia del deterioro de los términos de intercambio de los países «subdesarrollados». También por esta vía, menos evidente, pero no menos dolorosa, continuaba el empobrecimiento de una gran parte del globo en favor de un pequeño número de Estados capitalistas y, sobre todo, de su burguesía. Y en esta ocasión encontramos, apoyados unos en otros, a todos los países capitalistas, tengan o no posesiones coloniales, exporten o no capitales a las colonias o a los otros países semiindependientes.

## XI

Las razones de este deterioro de los términos del intercambio de los países no industrializados constituye un problema al que se han dado diversas res-

puestas. Es indudable que muy difícilmente puede ser explicable según los cánones de la competencia, pues si ella operara la relación entre los precios de los bienes industriales y de los bienes primarios habría debido variar en la dirección opuesta a la seguida en la realidad. Esta era la opinión de los clásicos:

El efecto natural del progreso —escribe Smith— es, sin embargo, el de disminuir gradualmente el precio real de casi todos los productos manufacturados. El precio de la mano de obra empleada en ellos disminuye, quizás, en todas partes sin excepción. Debido a la utilización de máquinas mejores, una mayor destreza y una mejor división y distribución del trabajo, todos estos efectos naturales del progreso, se vuelve necesaria una cantidad menor de trabajo para obtener cualquier objeto; y aunque debido a la condiciones florecientes de la sociedad el precio real del trabajo debería aumentar en medida notable, la gran disminución de la cantidad compensará, todavía en general, el máximo aumento que pueda verificarse en el precio [89].

Esta era también la posición de Ricardo [90] y la de Marx [91]. Es indudable que la productividad ha aumentado más rápidamente en la industria que en la producción de bienes primarios y, sobre todo, que la productividad aumentó más rápidamente en la industria de los países capitalistas avanzados que en la mayor parte de las actividades dirigidas a la exportación en los países tecnológicamente menos avanzados [92]. Las explicaciones adoptadas generalmente son de dos tipos y tienden ambas a mantener en funcionamiento el mecanismo competitivo, aunque corrigiéndolo en algunas de sus manifestaciones. Según algunos, la causa del empeoramiento relativo de los precios de los bienes exportados de los países «subdesarrollados» debe buscarse en el empleo cada vez menor de los productos primarios en proporción al aumento de la producción y del ingreso que se ha verificado en los países capitalistas avanzados. Esta es una realidad [93], pero como explicación no parece convincente porque podría explicar la disminución de la producción, pero no una reducción tan constante y fuerte de la relación entre los precios. La segunda explicación parte del párrafo citado de Smith, pero admitiendo que los salarios en los países industrializados han aumentado, lo que Smith no creía posible, por encima del incremento de la productividad.

Se deberá decir —así ha expresado recientemente la tesis de un economista francés— que el aumento de las nuestras [se refiere a las relaciones de intercambio de los países industriales] se explica por el hecho de que el aumento mucho más rápido del nivel de vida en Europa ha compensado el efecto del aumento más rápido de la productividad [94].

En esta hipótesis, la acción sindical, activa en los países de elevado desarrollo capitalista, pero casi nula en las colonias y en los Estados semiindependientes, ha determinado un funcionamiento de las relaciones de intercambio diferente del que se habría podido esperar.

Una tercera hipótesis ha sido formulada por los economistas que hacen referencia explícita a la finalización de la competencia y a las nuevas características del capitalismo. Se trata de aquellos que individualizan en la estructura monopolista de la economía capitalista la razón de la distancia creciente entre precios de los productos manufacturados y precios de los productos primarios, que consideran que ya no operan más las leyes de la competencia y superan por consiguiente, *ab initio* la tesis de los clásicos. Uno de los primeros en subraya la importancia de la transferencia de plusvalía a través del cambio, en una economía «dominada por las organizaciones monopolistas» ha sido precisamente Bujarin [95]. Después de él no fueron muchos los que siguieron esta indicación. Entre otros recordemos a Sylos Labini quien, aunque marginalmente, atrajo la atención sobre el poder que tienen los monopolios para regular los precios de sus productos y sobre las consecuencias que provoca este poder en la determinación de las relaciones de intercambio entre productos terminales y productos primarios [96]. El argumento tiene valor sobre todo en la medida en que los sectores industriales son más concentrados que los dedicados a la producción de bienes agrícolas, o primarios en general. Y en muchos casos esto es verdad: basta pensar en los pequeños productores independientes que, en mayor o en menor medida, trabajan en los países dominados de las economías capitalistas más desarrolladas, en el sector de la exportación. Pero esto no es válido en todos aquellos casos en los que (vg. el petróleo) la producción de materias primas está concentrada no menos, quizás más que la de los productos industriales.

Lo cierto es que debemos ampliar el campo de acción del monopolio si es que queremos encontrar en él la explicación de este fenómeno que empobrece de manera continua a los países no suficientemente desarrollados desde el punto de vista capitalista. Debemos recordar mejor, ante todo, que junto a su función de monopolio, la gran concentración cumple también una no menos importante función de diafragma entre el país colonial, dominado por ella, y el resto del mundo.

Las inversiones extranjeras en los países atrasados —observaba H. Mynt, un economista birmano— adquieren con frecuencia la forma de inversiones directas y en condiciones que divergen de las normas de la competencia ideal a causa de las concesiones monopolistas, de la división de la esfera de las influencias, de las «ventajas» en la experiencia y en los contactos, unidas a las rigideces institucionales y a los elementos de monopolio sobre el mercado de trabajo... en la típica situación, cuando las empresas extranjeras son lo suficientemente amplias para ser adquirentes monopsónicos de trabajo y de productos de los campesinos, su comportamiento puede deprimir las relaciones de intercambio [97].

No solo pueden controlar los precios de adquisición de los productos, sino que a causa de su predominio en el país, de las elevadas ganancias que obtienen, las inversiones extranjeras pueden aceptar una reducción de los precios y lanzarse sobre los productores y sobre los trabajadores locales. En este caso

un pequeño aumento de la productividad será suficiente para compensar la reducción de los precios, si se mantiene el bajo nivel de los salarios. Pero si las cosas ocurren así, es vano lamentarse acerca de la falta de un poder sindical en los países atrasados, porque debido a la posición de predominio que detentan, en el mercado de trabajo y en el país, los pocos centros capitalistas están en condiciones de controlar y de limitar seriamente cualquier desarrollo de la acción reivindicativa. Por otra parte, es preciso recordar que en los casos en que es mayor el grado de concentración en las industrias productoras de materias primas los precios o son más estables o tienden a descender solo en caso de competencia muy aguda o cuando la demanda es notablemente elástica [98], o cuando la reducción de los costos «proviene de innovaciones accesibles a las empresas de todas las dimensiones» y de «disminuciones de los precios de los factores variables» [99]. Ya que en el caso arriba recordado del petróleo todas las grandes sociedades tienen la posibilidad de usufructuar las ventajas del progreso técnico, se da la paradoja de que una vez roto el equilibrio en los precios que se habían dado, estas empresas pueden efectuar mayores disminuciones de los precios que en un sector menos concentrado. Finalmente, recordemos que las empresas que utilizan materias primas están interesadas en la disminución de los precios, y que ellos también poseen un notable poder de contratación.

Por consiguiente, es necesario entrar en la complejidad de toda la lógica monopolista, en la de los productores de materias primas y de productos agrícolas como en la de los adquirientes de estos productos, para comprender las razones de la dinámica de las relaciones de intercambio. Únicamente de este modo se puede explicar la transferencia continua de plusvalía de los países de baja productividad, con una economía distorsionada y dominada por las grandes empresas extranjeras, hacia aquellos países de ingresos más elevados, con un mayor nivel tecnológico, con una estructura capitalista más homogénea y desarrollada, tal como para hacer partícipe de ella al mismo proletariado, aunque sea en medida variable según los países y reducida en comparación con las utilidades que extraen los capitalistas de la superexplotación de que son objetos los trabajadores y toda la población de los países dominados. Existe, por lo tanto, una relación real entre el incremento del nivel de vida de los países capitalistas desarrollados y el empobrecimiento continuo de los países «subdesarrollados», pero existe en el sentido de que «los países subdesarrollados han ayudado a mantener un nivel de vida creciente en los países industrializados» [100] y no en el sentido de que el aumento de vida de los países industrializados haya sido la causa del empobrecimiento de los otros [101]. Si las cosas son así, si la dinámica de las relaciones de intercambio debe ser remitida a la presencia de organizaciones monopolistas que predominan en todos los niveles, en el interior de los sectores más importantes en los países dominados y explotados, a nivel internacional en el comercio y en los movimientos de capitales, queda confirmada la tesis de Lenin, y de los demás marxistas con excepción de Rosa Luxemburg, sobre el estrecho nexo existente entre estructura monopolista e imperialismo también en lo que se refiere al comercio internacional. Y si esto es verdad, se explica entonces que



la dinámica actual de las relaciones de intercambio se comenzara a delinear también en la época en que Hilferding, Bujarin y Lenin construían la teoría del imperialismo, precisamente porque, aunque sea difícil hablar al menos para algunos países de mejoramiento del nivel estándar de vida, comenzaba a operar también a nivel internacional el mecanismo de los precios que es típico de una economía de estructura monopolista [102].

## XII

A estas alturas podemos intentar resumir algunas de las características más importantes de las relaciones entre los países capitalistas avanzados y los países por ellos dominados, tal como se venía delineando desde comienzo de siglo, y algunas de las consecuencias de ese tipo de relación que se puede definir como imperialista.

1) Las inversiones extranjeras en los países atrasados afluyeron en su mayor parte a «los empréstitos gubernamentales (para la policía, el ejército y las obras públicas en su mayor parte); transportes y comunicaciones (especialmente ferrocarriles, como es natural); minería y producción masiva de materias primas agrícolas» [103]. Muy poco del capital que provenía de Gran Bretaña, y de los otros países imperialistas, se dirigía a la industria. En consecuencia, dicho capital contribuía escasamente al desarrollo del proletariado industrial moderno y se limitaba a suministrar aquellas materias primas indispensables para la industria del país exportador de capital y de los demás países capitalistas desarrollados. La inversión exterior contribuía solo de manera reducida al desarrollo mundial de las relaciones capitalistas de producción, influyendo sobre todo en la ampliación del mercado mundial. Aún cuando las inversiones exteriores se orientaban hacia los sectores manufactureros, el desarrollo del capitalismo seguía obstaculizado por las características monopolistas que él asumía, y contribuía a perpetuar la escisión entre un sector avanzado, en general dirigido a la exportación, y el remanente de la economía [104]: la plusvalía acumulada en el sector más avanzado no es invertida en el sector tecnológicamente atrasado, por lo que este último sigue prisionero de una red de relaciones precapitalistas que tornan, a su vez, más difícil el desarrollo espontáneo de las empresas capitalistas. Cuando luego sean necesarias grandes cantidades de capital para poder operar, en condiciones «económicas», en el sector más avanzado, o cuando las empresas ya operantes posean posiciones monopolistas (debido a concesiones mineras u otras semejantes), el desarrollo del sector atrasado en una dirección capitalista se torna cada vez más difícil [105]. A esta altura vienen a faltar los incentivos al desarrollo de las empresas operantes en el mismo sector avanzado y se tiende a perpetuar el dualismo entre empresas capitalistas y empresas o sectores operantes en condiciones precapitalistas.

2) Si falta, o igualmente se reduce, la posibilidad de desarrollo capitalista en los países en los que se efectuaron inversiones extranjeras, no resta otra

alternativa que la de exportar la plusvalía allí acumulada e invertirla en el país del que provenía el capital o en otro país de estructura capitalista. Se explica así, más allá de cualquier acusación moralista, las fuertes transferencias de capitales *de los países dominados* y explotados hacia los países dominantes [106]. La cantidad de plusvalía puede ser más o menos grande y puede ser hasta muy escasa comparada con la economía del país imperialista. Pero ella fue, y sigue siendo, notable para un grupo restringido de sociedades monopolistas del país dominante y fue, y es, relevante si se la compara con las necesidades del país dominado. Si es difícil sostener que las economías imperialistas pueden desarrollarse solo gracias al «tributo» retirado de los países explotados, es cierto que dicho tributo contribuye poderosamente al estancamiento de esos países, como es cierto que sin aquel «tributo» algunas sociedades, pocas, pero influyentes desde el punto de vista económico y político, verían reducir drásticamente sus ganancias [107].

3) Las relaciones comerciales, de intercambio de mercancías, han evolucionado también ellas en el período imperialista en el sentido de que desempeñaron una función cada vez más importante en la transferencia de plusvalía de un país a otro. Si las inversiones extranjeras en los países dominados no hubieran asumido aquellas características que hemos recordado, y hubieran desempeñado la función de expansión de las relaciones capitalistas que Marx había previsto y que las leyes de una economía competitiva habrían no solo permitido, sino impuesto, se habría difundido en el mundo un nivel medio de productividad que no habría permitido a largo plazo el intercambio desigual de valor y no se habría verificado ese deterioro de los términos del intercambio, en perjuicio de los países tecnológicamente atrasados, que ha representado un instrumento cada vez más importante, y en acción desde los años precedentes de la Primera Guerra Mundial, para la explotación ulterior de los países dominados. Aquí también puede ocurrir que las ventajas para los países imperialistas sean relativamente poco importantes y limitadas a un cierto número de empresas monopolistas, pero si tomamos como referencia las economías explotadas se puede afirmar que esta transferencia de plusvalía es un obstáculo real e importante para su desarrollo. Pero como ya dijimos la relación entre las características del comercio entre los países capitalistas y los dominados, y la estructura monopolista del capitalismo no se limita a la naturaleza de las inversiones y a su débil fuerza de propulsión del capitalismo. La relación entre monopolio y comercio desigual es más estrecha, en cuanto ella ha sido posible solo por la presencia simultánea de intermediarios que monopolizan el comercio en algunos países y por la presencia, en los países capitalistas, de sectores exportadores fuertemente concentrados. El enfrentamiento de intereses que se puede verificar (y que de hecho se verificó en ciertos casos) entre compañías coloniales o sociedades que han invertido en los países atrasados y los monopolios de los países industrializados que emplean materias primas producidas o comercializadas por aquellas, se ha resuelto, gracias al poder monopsonista de las sociedades coloniales sobre los productos y la fuerza de trabajo, en desventaja del proletariado y de los productores independientes de los países dominados [108].

4) Consecuencia y causa, a un tiempo, del tipo de relaciones que se han instaurado en la fase imperialista entre países capitalistas dominantes y países dominados, es la estructura social particular que se fue determinando en estos últimos. Hemos visto cómo desde el comienzo, desde la época en que las inversiones eran escasas, desde la época en que el capitalismo se presentaba como capitalismo comercial, comenzaba la distorsión de la estructura económico-social de los países que hoy se definen subdesarrollados y no existe ninguna duda que una situación tal favoreció el carácter monopolista, de pura explotación más que de desarrollo, de la inversión exterior. Desde este punto de vista, el mismo Marx, que no obstante había descrito en páginas memorables la destrucción de las antiguas estructuras indias subestimaba el peso de un proceso semejante y las consecuencias negativas para el desarrollo, autónomo o inducido por el capital extranjero, del capitalismo. Pero existen pocas dudas sobre el hecho de que si la inversión extranjera no hubiera asumido el carácter arriba descrito, aquellos obstáculos se habrían podido superar, aunque fuera más lentamente que en otros países y con muchas mayores dificultades. Pero cuando las inversiones de explotación, la transferencia de plusvalía al exterior, las pérdidas sufridas con el comercio internacional, agudizaron aquellas distorsiones y reforzaron las fuerzas sociales más conservadoras, la situación empeoró en lugar de mejorar. Cuando las mejores tierras fueron acaparadas por el capital extranjero, junto al número de los sin-tierra aumentó el hambre de tierra y resultó favorecida la plaga de la usura y de los contratos leoninos. Cuando el mecanismo monopolista hizo más difícil la difusión de las relaciones capitalistas, cuando las actividades más lucrativas fueron dominadas por el capital extranjero, se volvió difícil al ahorro local toda inversión que no se limitara a la satisfacción de pocas y limitadas necesidades y se orientó aquel ahorro hacia actividades poco rentables desde el punto de vista capitalista o se reforzó la tendencia hacia el préstamo usurario y hacia las actividades parasitarias de intermediación o se consolidó la tendencia al atesoramiento. Agrarios, usureros, «compradores», basaron cada vez más la sustentación de su poder en la dependencia exterior, así como el capital extranjero se apoyó cada vez más en estas capas parasitarias a las que se soldaba para la explotación de la mayoría de la población.

### XIII

La descripción que hemos tratado de resumir es válida, al menos dentro de ciertos límites, tanto para la época actual como para la época en la que los marxistas elaboraban el concepto de imperialismo. No es este el lugar para examinar los problemas y las características del imperialismo actual. Para ello sería necesario seguir las modificaciones producidas en los años entre las dos guerras y *a posteriori* de la Segunda Guerra Mundial. Sería necesario considerar las razones que han reducido la inversión exterior, distinguiendo las referidas a causas más estrictamente económicas, de las que conciernen

a grandes eventos políticos, tales como las revoluciones socialistas, que han restringido, también geográficamente, el área de posibles inversiones en los países coloniales o semicoloniales. Habría que examinar las causas que no permiten más hablar de una tasa media de ganancia y las no relativas a las relaciones internacionales, que presentan como improbable, especialmente en los años de posguerra, una tendencia descendente de la tasa media de ganancia [109]. Simultáneamente, sería necesario considerar las nuevas formas de imperialismo y las tentativas realizadas en todas partes, aunque con resultados dudosos si se excluyen a los países de orientación socialista, para romper las consecuencias de la dominación imperialista y poner en movimiento un proceso de desarrollo. Pero todo esto escapa de los límites de un artículo que quiere examinar el debate entre los clásicos del marxismo sobre el imperialismo y que, cuanto más, quiere encontrar en la época clásica del imperialismo, la precedente a la Revolución de octubre, algunas raíces de fenómenos que fueron adquiriendo posteriormente una importancia mayor. Se trató de demostrar que por esa época se estaban determinando las condiciones que harían cada vez menos fundada la afirmación de Marx sobre el desarrollo mundial del modo de producción capitalista, afirmación que, en nuestra opinión, era también compartida, con las cautelas que hemos mencionado, por los fundadores de la teoría del imperialismo. Del mismo modo, se trató de mostrar que hasta un fenómeno como el del deterioro de los términos de intercambio, raramente considerado por aquellos años, encuentra su razón de ser en la estructura monopolista que asumió el capitalismo moderno, sin por esto querer ignorar que sobre él influyeron también las modificaciones producidas después de 1913. Si es verdad lo que afirmamos aquí resulta confirmada una de las características esenciales del análisis de aquellos teóricos: la unicidad de una explicación, válida tanto para comprender las características del capitalismo en los países altamente desarrollados como para analizar la realidad de los países dominados por ellos. Pero resulta también reafirmado el carácter de «fase» del imperialismo, una fase que no ha tronchado, como es natural, su cordón umbilical con la estructura capitalista competitiva y que puede a su vez ser eventualmente subdividida en otros períodos, pero que sin embargo se presenta distinta, en algunos aspectos importantes, de la estructura capitalista estudiada por Marx.

Si es cierto que, como escribe Sweezy,

la existencia o no del imperialismo puede ser probada de la manera más satisfactoria examinando el tipo de relaciones económicas instauradas entre los países avanzados y los atrasados, y especialmente observando el curso del desarrollo económico en estos últimos [110],

es difícil no arribar a la conclusión de que a pesar de todos los cambios producidos, a pesar del fin de todos los imperios, de todas las políticas que se puedan tratar de instrumentar (pero más difícilmente practicar), vivimos todavía en una época que muy difícilmente podríamos dejar de definir como imperialista. Todavía hoy la estructura social de los países dominados se caracteriza

por el predominio de las capas conservadoras, latifundistas, *compradoras*, capitalistas estrechamente ligadas con el capital extranjero, etc., que detentan el poder, con frecuencia con las armas, y continúan viendo en la Gran Bretaña de turno su mejor sostén. Todavía hoy, como se lee en un informe de la ONU,

los cultivadores de la tierra son explotados sin piedad por una clase de grandes propietarios que no desempeñan ninguna función social [111].

Todavía hoy, *después* de las reformas agrarias efectuadas en Cuba y en Bolivia, en América Latina el 1,4 % de las unidades agrarias poseen más del 65 % de las tierras [112]. Todavía hoy

cerca del 60 % de la población económicamente activa de los países en vías de desarrollo es empleada en la agricultura y en las otras ramas de la producción primaria, trabajando generalmente con un bajo nivel de productividad [113].

Y es inútil recordar que los términos del intercambio fueron siempre empeorando para los países productores de bienes primarios.

Entre 1950 y 1961, los términos del intercambio de los bienes primarios cayeron en un 26 % en comparación con los de los productos manufacturados.

y esto ha significado una pérdida neta de al menos 13 mil millones de dólares. Esto significa, por ejemplo, que

para importar un tractor de 30 a 39 HP [*Horsepower/caballos de potencia*], Ghana debía exportar 7,14 toneladas de café en 1962, en lugar de las 3,06 Tn necesarias en 1955 [114].

No debe creerse que haya concluido la acción explotadora de las inversiones extranjeras: los cuatro quintos de la producción de las 22 más importantes materias primas de los países asiáticos, africanos y latinoamericanos son controlados por el capital extranjero [115]. Téngase presente que en 1963 el monto de las inversiones directas norteamericanas en los países subdesarrollados representaba el 30,6 % del total de las inversiones de USA en el exterior y que en el mismo año el ingreso proveniente de las inversiones efectuadas en aquellos países era igual al 49,3 % del total del ingreso proveniente de las inversiones directas en el exterior. Y para completar el cuadro, deber recordarse también que de los 3059 millones de dólares repatriados a los Estados Unidos en concepto de utilidades, intereses, etc., 1912 millones, o sea el 62,5%, provenían de países subdesarrollados [116].

Pero si las cosas ocurren así, debe ser precisada entonces la noción de país imperialista. País imperialista no es tanto y solo el país que posee colonias o controla directamente otros territorios. Ni tampoco aquel país que invierte solo en zonas «subdesarrolladas» explotando las materias primas y el trabajo

asalariado o independiente, de aquella zona. Hoy más que nunca, pero desde los años que precedieron la Primera Guerra Mundial como hemos tratado de demostrar, país imperialista es aquel que tiene una estructura económica capitalista-monopolista y que esté en condiciones de explotar, en su beneficio, las leyes económicas del capitalismo. Si existe, por consiguiente, un imperialismo directo, que tiene su fundamento en las inversiones de explotación y en el control directo de la economía y de la política de otros países, existe un no menos real imperialismo de aquellos países que usufructúan la productividad más elevada, y difícilmente alcanzable debido al predominio de los monopolios en su economía. Desde este punto de vista, así como existen colonialismos *por cuenta* de terceros —como, por ejemplo, el portugués, tan bien ilustrado por Perry Anderson [117]— existen también formas de imperialismo *por medio* de terceros. Y así como el imperialismo estadounidense o británico explotan ciertos países también otras economías se reparten en mayor o menos medida las migajas que los imperialismos mayores les arrojan. En otros términos, no se crea tranquilizar la propia conciencia atacando al imperialismo norteamericano y olvidando que también Italia participa del grupo de sistemas económicos que explota indirectamente a las economías dominadas. En la medida en que continúe rigiendo la ley del valor, en la medida en que los intercambios entre Gran Bretaña e Italia estén basados en la igualdad y los intercambios entre Gran Bretaña y los países explotados estén fundados en la desigualdad, también Italia usufructúa de las ventajas que obtiene la economía británica de sus relaciones con países de productividad estructural inferior. En la medida en que las inversiones británicas en Malasia contribuyen a transferir plusvalía a Gran Bretaña, también el capitalismo italiano puede, a través del comercio ítalo-británico, apropiarse de una parte de aquella plusvalía. Por un lado están los países capitalistas y por el otro los países explotados, marginados los segundos en el proceso de desarrollo capitalista, dominadores, directos o indirectos, los primeros de un mercado mundial capitalista que determina que el contacto entre países explotadores y países explotados, a causa del mecanismo monopolista dominante, no permita la difusión mundial del modo de producción capitalista. La distinción entre países explotadores y países explotados, que genialmente Bujarin y Lenin ya habían subrayado, y que en su pensamiento contradecía, en nuestra opinión, la tendencia igualmente subrayada hacia el desarrollo y la difusión mundial del capitalismo no solo como mercado sino también como modo de producción, la distinción —insisto— es hoy más que nunca una realidad a la que solo lograron escapar hasta ahora los países que abandonaron la vía capitalista, o cualquier variante de esta («tercera vía» a la hindú o *similar*), y han elegido y comienzan a recorrer, aunque con muchas dificultades, la vía de la construcción del socialismo.

**JACQUES VALIER**

# LA TEORÍA DEL IMPERIALISMO DE ROSA LUXEMBURG

Rosa Luxemburg publicó su libro principal, *La acumulación del capital* en 1913 [118]. Por ese entonces todavía era profesora de economía política de la escuela del Partido socialdemócrata en Berlín, puesto que desempeñaba desde 1907. Y es precisamente su actividad docente en la escuela del partido lo que da nacimiento a esta importante obra.

En la época en que Rosa Luxemburg escribía *La acumulación del capital* numerosos socialistas discutían los análisis de Marx sobre la caída del capitalismo, deformándolos muy frecuentemente. En especial, Eduard Bernstein, quien desde 1896-1900 se apoyaba en el hecho de que los salarios reales aumentaban y el ejército industrial de reserva disminuía para criticar a Marx, a afirmar que el capitalismo podía desarrollarse indefinidamente, sin obstáculos.

Contra esta tendencia y contra Bernstein en especial, Rosa Luxemburg escribe su libro. En él afirma que el capitalismo, en cierta etapa de su evolución, se enfrentará ineluctablemente con un límite contra el cual se estrellará, y que no podrá desarrollarse indefinidamente y sin trabas. Marx no se equivocó, dice al responder a Bernstein, *pero no advirtió que no podía darse el hundimiento del capitalismo en tanto existieran sectores y países precapitalistas a conquistar*.

Más precisamente, el hecho de que ciertos revisionistas, y en especial Bernstein, y con él una parte de la Internacional socialista, fueran desde comienzos de siglo abiertamente favorables al *colonialismo*, había impulsado a algunos adversarios de los revisionistas a insistir sobre el papel de los mercados exteriores en el desarrollo de las economías capitalistas y a mostrar que el capitalismo podía hundirse si el mercado se tornaba demasiado estrecho. Es así, por ejemplo, que Kautsky, que en la década de los noventa aparecía todavía como el defensor del marxismo revolucionario contra toda suerte de compromisos, *insiste* sobre el papel de los mercados exteriores en el desarrollo de las economías capitalistas.

En un artículo publicado en 1902, «La teoría de las crisis», en el periódico del partido socialdemócrata, Kautsky escribió:

Los capitalistas y los trabajadores a quienes explotan proveen con el crecimiento de la riqueza de los primeros y del número de los últimos, lo que es, seguramente, un mercado sin cesar creciente para los medios de consumo producidos por la industria capitalista; el mercado crece, sin embargo, menos rápidamente que la acumulación de capital y el ascenso en la productividad del



trabajo. *La industria capitalista debe buscar, por consiguiente, un mercado adicional fuera de su dominio en naciones y estratos de la población no capitalistas...* Cada período de prosperidad, *al que sigue* una importante ampliación del mercado, está predestinado a corta vida, y la crisis se convierte en su fin necesario [119].

Kautsky agregaba que no solamente las crisis eran inevitables, sino que el mismo capitalismo sería llevado a un «período de depresión crónica», en razón precisamente de la imposibilidad de ampliar indefinidamente el mercado mundial:

Debe llegar un tiempo, y puede ser muy pronto, *en que sea imposible para el mercado mundial extenderse, aún en forma temporal, más rápidamente que las fuerzas productivas de la sociedad*, un tiempo que la superproducción sea crónica en todas las naciones industriales.

Kautsky pensaba además que los conflictos internacionales se volverían más severos, pues a medida que el estado de depresión crónica se aproxima, cada nación intenta extender su parte de mercado a expensas de las otras, utilizando «las conquistas coloniales, las tarifas protectoras y los cárteles» [120].

Más tarde, Kautsky repudiará total y explícitamente estas tesis, pero es interesante recordarlas en la medida en que muestran que constituían una de las respuestas que podía darse a los revisionistas.

Rosa Luxemburg, precisamente en 1898, en su *¿Reforma social o revolución?*, al responder a los revisionistas, señala que si las previsiones de Marx no se verifican exactamente, es en razón de las posibilidades de expansión que las colonias ofrecen a Europa. Pero, escribe, «una vez que el mercado mundial se haya paulatinamente constituido y no pueda ser agrandado por medio de frecuentes ampliaciones, mientras que la productividad del trabajo no cesará de progresar, el conflicto periódico entre las fuerzas productivas y los límites del cambio comenzará tarde o temprano, y su repetición lo hará cada vez más violento e impetuoso».

Del mismo modo, en el Congreso socialista de París en 1900, ella dio a entender que en razón de la expansión del capitalismo no se puede hablar ya de la miseria creciente del proletariado europeo, pero esto no permite en modo alguno adherirse a los puntos de vista de Bernstein, pues en su inevitable empresa de conquistas de mercados exteriores, las grandes potencias se enfrentan entre sí, y esto no puede dejar de engendrar guerras que pueden conducir a la desaparición del capitalismo.

Pero es sobre todo en su obra de 1913, en *La acumulación del capital*, donde Rosa Luxemburg desarrollará y precisará sus ideas.

Rosa Luxemburg, por consiguiente, se interesa por *el problema del crecimiento*, más allá de los problemas de los movimientos cíclicos; en el primer capítulo de su libro, escribe: «Es, sin embargo, muy importante determinar de antemano que si bien la periodicidad de coyunturas de prosperidad y de crisis representa un elemento importante de la reproducción capitalista en

su esencia» [121]. La existencia de ciclos, afirma, hace que la producción sea unas veces superior y otras inferior a la demanda efectiva. Sin embargo, en un período largo, se puede deducir un volumen medio de reproducción, y esto no es puramente teórico pues más allá de los movimientos cíclicos *la capacidad productiva se desarrolla progresivamente*: «¿Cómo se realiza esto...? Aquí comienzan las dificultades...» [122]. ¿Por qué crece la economía capitalista? ¿De dónde viene el impulso a invertir? ¿De dónde viene la demanda que permite a la acumulación seguir avanzando? Tales son las cuestiones a las que se debe responder. Ya no se trata tanto del problema del equilibrio entre ahorro e inversión, que Marx había tratado, sino *del problema de la incitación a invertir*: ¿Cuáles son las razones que impulsan a los capitalistas a invertir, y cómo saben ellos si existirá una demanda suficiente para los productos nuevamente creados por el nuevo capital?

Analizaremos sucesivamente:

1. El examen realizado por Rosa Luxemburg de la respuesta de los economistas a estas cuestiones.
2. El análisis de la necesidad para el capitalismo de contar con mercados exteriores.

## I. EXAMEN DE LA RESPUESTA DE LOS ECONOMISTAS

En los notables capítulos de historia del pensamiento económico, Rosa Luxemburg comienza rechazando tanto la respuesta de J. B. Say y de D. Ricardo sobre la ley de los mercados, según la cual la oferta crea automáticamente su propia demanda, y, en consecuencia, no es de temer ninguna insuficiencia general de los mercados, como la teoría errónea del subconsumo de Sismondi y de Malthus. Estos dos autores, en efecto, rechazaban con razón la ley de los mercados, pero se limitaban a afirmar que una parte de los ingresos de los ricos era ahorrada, y que debido a ello la demanda de bienes de consumo era inferior a la oferta de bienes de consumo, la demanda global era inferior a la oferta global: el excedente debía ser exportado. Pero afirmar la necesidad de mercados exteriores sobre la base de este razonamiento era erróneo pues Sismondi y Malthus no veían que el ahorro, cuando es gastado, da nacimiento *a otro tipo de demanda*, una demanda de bienes de equipo, susceptible de colmar el vacío creado por el ahorro, entre la oferta y la demanda globales.

Rosa Luxemburg rechaza también las tesis de los populistas rusos (Vorontzov, Nikolai-on) que afirmaban la necesidad de mercados exteriores, pero sobre la base de una reformulación de la teoría errónea del subconsumo de Sismondi, al igual que las tesis de los *marxistas legales* (Tugán-Baranovski, Struve, Bulgakov) que afirmaban la posibilidad de un desarrollo indefinido del capitalismo sobre la base *únicamente* del mercado interior, pero llevando al absurdo ciertos descubrimientos de Marx. En efecto, ellos se apoyaban en la

crítica hecha por Marx a Sismondi de la existencia y del papel de una demanda de bienes de equipos, y la deformaban totalmente, pretendiendo que aunque la demanda de consumo fuese casi nula, el equilibrio económico podía ser mantenido si la demanda de bienes de equipo era suficiente.

Bulgakov, por ejemplo, en una obra de 1897, *Sobre los mercados de la producción capitalista. Un estudio teórico*, se apoya sobre los esquemas de Marx y sobre el hecho de que en el régimen capitalista la finalidad perseguida no es la satisfacción de las necesidades sociales, para llevar al absurdo esas tesis y para afirmar que «puede incrementarse ilimitadamente la producción capitalista, no obstante la disminución del consumo, e incluso a pesar de ella» [123]. El aumento de la producción no está de ningún modo limitado por el consumo; es suficiente que la demanda de bienes de equipo ocupe el lugar de la demanda de bienes de consumo, lo que así ocurre puesto que se trata allí de las condiciones normales de la producción capitalista. En estas condiciones, el capitalismo puede muy bien funcionar sobre la única base del mercado interior: no tiene necesidad de mercados exteriores.

Pero si Bulgakov tiene razón al afirmar, siguiendo a Marx, que el hecho de que una parte de la plusvalía no sea consumida, sino ahorrada, no significa automáticamente un freno a la producción, puesto que dicho ahorro puede dar nacimiento a una demanda de inversiones,

1º. Es absurdo llevar al extremo esta tesis, pretendiendo que la demanda de consumo puede ser casi nula, y que el sistema puede funcionar a pesar de todo, pues es evidente que si la demanda de consumo es muy débil, los empresarios no invierten más,

2º. Bulgakov no dice por qué, precisamente, y debido a qué, la demanda de inversiones va a aumentar.

Y así Rosa Luxemburg llega a Marx:

Ella reconoce que Marx demostró, contra los clásicos y Sismondi, que el producto global contiene no solamente bienes de consumo sino también medios de producción, y que la parte de la plusvalía ahorrada, si es invertida, puede suscitar una demanda, una demanda de bienes de equipo que puede restablecer el equilibrio, destruido por el ahorro, entre la oferta y la demanda globales. Reconoce, de manera más general, que Marx supo mostrar en el Libro II de *El Capital* que el flujo normal de bienes de consumo producidos solo puede realizarse si se produce simultáneamente un volumen suficiente de medios de producción, y también que *la igualdad entre la inversión bruta y el ahorro bruto* es la condición necesaria y suficiente del equilibrio sobre el mercado de los bienes de consumo.

Pero, *dicho esto*, ya sea porque Marx dedicó demasiado tiempo a combatir el error de los clásicos y de Sismondi sobre la demanda de bienes de equipo, ya sea porque su obra no es una obra concluida, *los esquemas de la reproducción ampliada del libro II de El Capital ofrecen a la vez un resultado insatisfactorio y contradictorio respecto al libro III de El Capital.*

En efecto, dice R. L., los esquemas de la reproducción del libro II de *El Capital* dan la impresión de que es posible un desarrollo *indefinido* del capitalismo, sobre la *sola* base del mercado *interior*, a condición de que las proporcio-

nes entre los dos sectores sean respetadas. Después de haber presentado los esquemas de Marx, ella afirma que la acumulación del capital parece poder continuar de manera indefinida, sobre la base únicamente del mercado interior. El libro II de *El Capital*, permite, según ella, admitir la posibilidad de una progresión constante de la acumulación y de una extensión ilimitada de la producción sobre la base del mercado interior.

El error de Marx consiste según R. L. en haber razonado *en el marco «de una» nación*, más precisamente, de haber razonado como si el mundo entero fuera una única Nación capitalista.

Por consiguiente, el esquema marxista de la reproducción ampliada no puede explicarnos el proceso de la acumulación tal como se verifica en la realidad, ni como se impone históricamente. ¿De dónde proviene esto? No de otra cosa que de los supuestos del esquema mismo. Este esquema pretende exponer el proceso de acumulación, bajo el supuesto de que capitalista y obreros son los únicos consumidores [124].

Ella cita al efecto textos de Marx extraídos de los tres libros. Por ejemplo, el siguiente pasaje del libro II (capítulo XXII, «Conversión de la plusvalía en capital»):

Para enfocar el objeto de nuestra investigación en toda su pureza, libre de todas las circunstancias concomitantes que puedan empañarlo, tenemos que enfocar aquí todo el mundo comercial como si fuese una sola nación y admitir que la producción capitalista se ha instaurado ya en todas partes y se ha adueñado de todas las ramas industriales sin excepción [125].

Pero, afirma R. L., si se adopta este punto de partida, es imposible comprender dónde encuentran los capitalistas esos nuevos mercados que justifican las inversiones complementarias. Más adelante veremos cuál es la demostración precisa de Rosa Luxemburg sobre ese punto.

Por otra parte, continúa, los esquemas de la reproducción ampliada no solo llegan a resultados insatisfactorios porque dan la impresión de que el capitalismo puede desarrollarse indefinidamente sobre la base del mercado interior, sino también porque esos mismos resultados son *contradictorios* con algunas de las tesis desarrolladas por Marx en el libro III de *El Capital*. En el capítulo XI del libro III de *El Capital*, dice R. Luxemburg, Marx habla de una contradicción entre la capacidad ilimitada de desarrollo de las fuerzas productivas, y la capacidad limitada de desarrollo del consumo interno, en las condiciones de distribución capitalista de los ingresos, contradicción que vuelve necesarios a los mercados exteriores.

Más precisamente, para Marx los mercados exteriores desempeñan un papel esencial de incitación previa a producir, un papel esencial en la *creación* de la plusvalía, en la época de la acumulación primitiva, pero en nuestros días, desempeñan solo el papel de fuente para los excedentes de productos, un papel en la *realización* de la plusvalía. En el libro III de *El Capital* precisamente,

Marx explica que en nuestros días la creación de plusvalía no depende ya de la existencia de mercados exteriores sino únicamente de *la existencia de un ahorro, de la importancia de la población obrera y del grado de explotación del trabajo*. En el capítulo XV escribe que:

La creación de plusvalía no tropieza, descontados los medios necesarios de producción, es decir, la suficiente acumulación de capital, con más límite que la población obrera, siempre y cuando que se parta como de un factor dado de la cuota de la plusvalía, es decir, del grado de explotación del trabajo y con el grado de explotación del trabajo, cuando se parte como de un factor dado de la población obrera [126].

Si los mercados exteriores no desempeñan en nuestros días un papel de incitación previa a producir, ellos permiten, sin embargo, vender los excedentes de productos; son indispensables para *la realización de la plusvalía*. Marx, en efecto, siempre en el mismo capítulo XV, explica que la insuficiencia del consumo interior impide la venta en el interior de toda la producción, e incita por lo tanto a los capitalistas a vender sus mercaderías excedentarias *en el exterior*:

con esta producción de plusvalía finaliza solamente el primer acto de proceso capitalista de producción, que es un proceso de producción directo. [De inmediato] empieza el segundo acto del proceso. La masa total de mercaderías, el producto total... necesita ser vendida. [Pero] las condiciones de la explotación directa y la de su realización no son idénticas... Unas se hallan limitadas solamente por la capacidad productiva de la sociedad, otras por la proporcionalidad entre las distintas ramas de producción y *por la capacidad de consumo de la sociedad* [127].

Pero esta última, a su vez, se halla determinada

por la capacidad de consumo a base de las condiciones antagónicas de distribución que reducen el consumo de la gran masa de la sociedad a un *mínimo* susceptible solo de variación dentro de límites muy estrechos. [En estas condiciones] *la contradicción interna tiende a compensarse mediante la expansión del campo externo de la producción* [128].

Es precisamente este pasaje donde Marx afirma la necesidad de los mercados exteriores *para la realización de la plusvalía*, el que R. Luxemburg juzga contradictorio con la impresión, dada por los esquemas del Libro II, de la posibilidad de un desarrollo indefinido sobre la base del mercado interior.

*¿Pero qué debemos pensar de estas críticas de Rosa Luxemburg a Marx?*

En nuestra opinión *ella se equivoca en dos puntos*:

— En primer lugar, la idea según la cual el libro II de *El Capital* daría la impresión de un posible desarrollo indefinido del capitalismo, sobre la base del mercado interior, parece ser una *exégesis incorrecta*. Es verdad que en los

esquemas del libro II, Marx insiste esencialmente sobre la necesidad de una proporcionalidad entre los sectores, para que el problema de los mercados sea resuelto, lo que lleva a efectuar un cierto número de descubrimientos esenciales, que R. L. además ha reconocido. Pero parece imposible concluir que Marx afirma la posibilidad de un desarrollo sin límites del capitalismo, sobre la base del mercado interior. Toda la obra de Marx, por otra parte, constituye en cierto sentido una negación de esta posibilidad de una expansión indefinida.

*No puede exigirse a los esquemas del libro II MÁS de lo que ellos nos aportan: en esos esquemas, la voluntad de los capitalistas de invertir es admitida y mantenida, y Marx busca simplemente cuáles son las condiciones del equilibrio económico y, a este respecto, es el primero en mostrar que esta condición es la igualdad de la inversión y del ahorro. No puede buscarse en los esquemas una explicación del impulso a invertir.*

— Además, y es este el segundo punto en el que Rosa Luxemburg está equivocada, es falso afirmar que hay una contradicción entre los libros II y III de El Capital. En efecto, la oposición sobre la que Marx insistirá en el libro III, entre la tendencia a una acumulación cada vez más importante, y la proletarización de las masas populares *aparece ella misma como un atentado a la necesaria proporcionalidad entre los sectores*, proporcionalidad que está en el corazón de la demostración del libro II.

Pero, no obstante, el carácter muy discutible de las críticas que R. L. dirige a Marx, nos obliga, sin embargo, a reconocer que Marx, *en definitiva, no acordó importancia a los mercados exteriores en el impulso a invertir*. No se le puede reprochar, una vez más, que no haya dedicado un estudio del impulso a invertir en los esquemas del libro II de *El Capital*, pero este estudio lo hace en el libro III. Ahora bien, como ya vimos, si él asigna un papel esencial a los mercados exteriores en la realización de la plusvalía, *les niega toda importancia en la creación de plusvalía, es decir, en el impulso a producir y a invertir*, impulso que no tiene otro límite que «la magnitud del capital en función» y «la fuerza productiva puesta en juego».

Lo interesante ahora es ver cómo Rosa Luxemburg ha justificado la necesidad de mercados exteriores para el desarrollo del capitalismo, y ver especialmente si ella les atribuyó alguna importancia en tanto que impulso a producir e invertir.

## II. EL ANÁLISIS DE LA NECESIDAD PARA EL CAPITALISMO DE CONTAR CON MERCADOS EXTERIORES

En el libro de Rosa Luxemburg se encuentran *dos tipos de explicación muy diferentes: un primer tipo de explicación*, que en el plano teórico es el más de-

sarrollado, consiste en afirmar que los mercados exteriores son necesarios para *realizar* la plusvalía. *Un segundo tipo de explicación*, mucho menos desarrollada en el plano teórico, pero ampliamente desarrollada en el plano de la *historia* del desarrollo del capitalismo, consiste en afirmar que los mercados exteriores son necesarios para *crear* la plusvalía, en tanto que incitación previa a producir.

Primera explicación: *Los mercados exteriores son necesarios para realizar la plusvalía.*

En toda una sección de su libro, Rosa Luxemburg retoma el tema desarrollado por Marx en el libro III de *El Capital* según el cual los mercados exteriores, inútiles para crear la plusvalía, son indispensables para realizar la plusvalía.

1. La acumulación del capital en un sistema capitalista, dice ella, solo puede hacerse a partir de dos condiciones:

La primera condición es que la producción debe engendrar plusvalía... La segunda condición es que la plusvalía... ha de ser realizada [129].

Ahora bien, en lo que concierne a la primera condición, la de engendrar plusvalía, R. Luxemburg aprueba lo que dice Marx en el capítulo XV del libro III de *El Capital*; al afirmar que la incitación a invertir proviene del deseo de los capitalistas de apropiarse de la plusvalía y demostrar que esta es una obligación para el capitalista sometido a las leyes de la concurrencia, ella escribe que, en definitiva, la *condición* para engendrar la plusvalía es pura y simplemente la existencia en el mercado de materias primas, de máquinas y de mano de obra. La *creación* de la plusvalía no depende de la existencia de mercados exteriores.

2. Por el contrario, la *realización* de la plusvalía sí depende de los mercados exteriores.

Más precisamente, para realizar la plusvalía es preciso en su opinión, una *condición suplementaria*: el capitalista individual necesita para que su plusvalía sea realizada «de un mercado más amplio» [130]. La producción, en un sistema capitalista, está determinada por «la demanda solvente, y esta únicamente como facto imprescindible para la realización de la plusvalía» [131].

Es por esta razón, agrega que

el esquema marxista de la reproducción ampliada no puede explicarnos el proceso de acumulación tal como se verifica en la realidad, ni como se impone históricamente... la realización de la plusvalía para fines de acumulación es un problema insoluble en una sociedad que solo conste de obreros y capitalistas [132].

Malthus, con sus trabajadores improductivos, y Sismondi, y los *populistas*, con el papel que asignaban al comercio exterior, comprendieron esto aunque sus teorías fueran erróneas.

La realización de la plusvalía requiere, como primera condición un círculo de adquirentes que estén fuera de la sociedad capitalista [133],

o también;

¿Pero qué son y quiénes adquieren el plusproducto de las secciones I y II? Para realizar la plusvalía de las secciones I y II ha de existir ya un mercado [134].

La condición de la realización de la plusvalía es por lo tanto *la existencia de mercados exteriores*: exteriores no a las fronteras nacionales, sino a la esfera capitalista misma:

Mercado *interior*, desde el punto de vista de la producción capitalista, es mercado capitalista... Mercado *exterior*... es la zona social no capitalista [135].

En otros términos, la conquista de mercados exteriores significa tanto la conquista de sectores precapitalistas en el interior de las fronteras nacionales, como la conquista de mercados en los países atrasados, en el exterior de las fronteras nacionales. Rosa Luxemburg anota que las dos van a la par y que, por ejemplo, Inglaterra ha exportado mucho aún antes de haber absorbido todos los sectores precapitalistas existentes en su interior.

*Pero a partir de esto, ¿cómo explica R. Luxemburg la necesidad de mercados exteriores para realizar la plusvalía?*

De hecho nos encontramos con dos tipos de explicaciones un tanto diferentes:

*Primeramente*, pareciera que ella no logra desembarazarse de la versión *elemental* de la teoría del subconsumo, que consiste en afirmar *que la plusvalía ahorrada no puede ser realizada* porque no existe demanda para la fracción de la producción que le corresponde: ni los trabajadores, porque se trata de plusvalía y los salarios ya fueron gastados para realizar la parte del producto que corresponde al capital variable, ni los capitalistas porque aquella corresponde a un ingreso que ellos no consagran a la compra de bienes de consumo. Hay por tanto identidad entre la totalidad de la plusvalía ahorrada y la existencia de un excedente invendible.

En efecto, Rosa Luxemburg señala que:

... la dificultad era la siguiente: una parte de la plusvalía no se consume por los capitalistas, sino que se convierte en capital para ampliar la producción, es decir, se dedica a los fines de acumulación. Ahora se pregunta, ¿dónde están los compradores de este producto sobrante que los capitalistas no consumen y que los trabajadores pueden consumir todavía menos, pues su consumo se halla cubierto con el importe del capital variable en cada caso? *¿Dónde está la demanda para la plusvalía acumulada?* [136]

Y más adelante:



En el tráfico capitalista *interior*, en el mejor caso, solo pueden realizarse determinadas partes del producto social total: el capital constante gastado, el capital variable y la parte consumida de la plusvalía; *en cambio, la parte de la plusvalía que se destina a la capitalización ha de ser realizada «fuera»* [137].

Rosa Luxemburg, por consiguiente, concluye afirmando que la realización de la plusvalía, y la acumulación de capital, es imposible en un sistema capitalista *cerrado*, y que la parte de plusvalía ahorrada *solo* puede ser realizada *a través de la venta a consumidores no capitalistas*, fuera del sistema capitalista: países, o capas sociales precapitalista en el interior de los países capitalistas.

Según ella se pueden considerar entonces dos casos: *o bien* el sector II realiza su plusvalía al vender sus productos a las capas o países no capitalistas. Podrá así demandar al sector I de medios de producción y permitirle a este último realizar su plusvalía y acrecentar a su vez la acumulación. A este respecto, R. L. cita el caso de la industria algodonera inglesa que, al vender durante los dos primeros tercios del siglo XIX en la India, América y Europa, pudo realizar su plusvalía y permitir el desarrollo de la producción industrial de maquinarias en Inglaterra.

*O bien* —segundo caso considerado por R. L.— el sector I realiza su plusvalía vendiendo sus productos a las capas y a los países no capitalistas. De tal manera puede acrecentar su demanda de bienes de consumo al sector II, para satisfacer las necesidades de la masa creciente de trabajadores del sector I, y permitir así la realización de la plusvalía del sector II.

Pero presentado de esta manera, es decir, presentado del mismo modo que lo hacían Sismondi y los populista, el problema de la realización es un falso problema. Pretender, como lo hace Rosa Luxemburg, que la plusvalía ahorrada no puede ser realizada porque no hay quien reclame la fracción de la producción que le corresponde, es exactamente regresar a la teoría errónea de Sismondi, *y no ver que el déficit de la demanda global creada por el ahorro puede ser colmado por la demanda de medios de producción.*

*Una vez dicho esto*, R. Luxemburg presenta, en algunas partes de su obra, en especial en los dos primeros capítulos de la tercera parte, *otro tipo de explicación, para tratar de demostrar siempre que los mercados exteriores son necesarios para la realización de la plusvalía.*

En efecto, en sus esquema de la reproducción ampliada del libro II de *El Capital*, Marx ha supuesto que la composición orgánica del capital, la relación del capital constante con el capital variable,  $C/V$ , permanecía constante. Ahora bien, es necesario reintroducir en tales esquema esta ley, descubierta por otra parte por Marx, según la cual en el sistema capitalista un proceso constante de racionalización y de progreso técnico provoca una *tendencia ascendente de  $C/V$ .*

Pero, agrega R. L., esta introducción en los esquema de Marx del progreso técnico de la elevación de  $C/V$ , *muestra que el sistema concluye en un callejón sin salida.*

Con la ayuda de ejemplos numéricos, *trata de mostrarnos que la introducción del progreso técnico en los esquema de la reproducción tiene como conse-*

cuencia una insuficiencia de producción, o de la inversión, y un exceso de bienes de consumo, y el que el sistema está metido en un atolladero.

Tomemos un ejemplo numérico muy simple, que no utiliza las mismas cifras que los de Rosa Luxemburg, pero cuyo razonamiento es el mismo [138]:

Sea el período I:

– Oferta de bienes de producción:

$$C1 + V1 + pl1 = 44 + 11 + 11 = 66$$

– Oferta de bienes de consumo:

$$C2 + V2 + pl2 = 16 + 4 + 4 = 24$$

$$\text{Producto nacional bruto: } (66 + 24) = 90$$

Se tiene por lo tanto:

$$- C/V = 4$$

$$- \text{tasa de plusvalía: } pl/V = 100\%$$

supongamos que la mitad de la plusvalía en los dos sectores sea ahorrada, y que esta mitad de plusvalía ahorrada destinada a comprar bienes de equipo y a pagar nuevos obreros, es decir, que se dividirá de nuevo en C y V, se divide en la misma proporción de 4: *Se supone por consiguiente que C/V es constante*, hipótesis que utiliza Marx en los esquemas de reproducción:

Se tiene por tanto:

$$pl1 \text{ ahorrada: } 5,5 = \begin{cases} plc1 + plv1 \\ 4,4C + 1,1V \end{cases}$$

$$pl2 \text{ ahorrada: } 2 = \begin{cases} 1,6C + 0,4V \\ plc2 + plv2 \end{cases}$$

Resultará entonces:

– Inversiones: 66

$$- \text{Ahorro} = C1 + C2 + plc1 + plc2 = 44 + 16 + 4,4 + 1,6 = 66$$

por consiguiente: INVERSIONES = AHORRO

del mismo modo se tiene:

– Oferta de bienes de consumo = 24

– Demanda de bienes de consumo =

$$V1 + V2 + plv1 + plv2 + R1 + R2 = 11 + 4 + 1,1 + 0,4 + 5,5 + 2 = 24$$

por lo tanto OFERTA DE BIENES DE CONSUMO = DEMANDA DE BIENES DE CONSUMO

Pero si introducimos ahora en el esquema el efecto del progreso técnico, bajo la forma de una elevación de C/V y si suponemos que C/V pasa de 4 a 7, las plusvalía se repartirá de manera distinta:

Se tendrá:

$$- pl2 \text{ ahorrada: } 2 = 1,75C + 0,25V$$

Resultará entonces:

$$- pl1 \text{ ahorrada: } 5,5 = 4,8C + 0,7V$$

– Inversiones = 66

$$- \text{Ahorro} = C1 + C2 + plc1 + plc2 = 44 + 16 + 4,8 + 1,75 = 66,55$$

Por lo tanto, AHORRO *mayor que* INVERSIONES

Además, se tiene:

— Oferta de bienes de consumo = 24

— Demanda de bienes de consumo =

$V1 + V2 + plv1 + plv2 + R1 + R2 = 11 + 4 + 0,7 + 0,25 + 5,5 + 2 = 23,45$

Resulta por tanto:

OFERTA DE BIENES DE CONSUMO *mayor que* DEMANDA DE BIENES DE CONSUMO.

Así, *la introducción del progreso técnico en los esquemas de la reproducción nos muestra que el proceso de la reproducción ampliada, lejos de poder prolongarse de manera equilibrada, concluye con un exceso de ahorro y en un exceso de oferta de bienes de consumo.*

En estas condiciones, los capitalistas del *sector II*:

— *O bien*, deberán renunciar cada vez más a acumular una parte de su plusvalía, y deberán cada vez más consumirla: pero en estas condiciones, se marcha al *estancamiento* y la caída del capitalismo;

— *o bien*, se vuelven a encontrar con una masa creciente de bienes de consumo producidos, que no encontrará compradores solventes. *Las crisis económicas se volverán cada vez más agudas.*

El fenómeno será agravado, dice R. Luxemburg, por el hecho de que los capitalistas del sector I tendrán probablemente una tendencia a acumular una parte siempre mayor de su plusvalía, y porque el mantenimiento del equilibrio implicará entonces una renuncia tanto más importante de los capitalistas del sector II a acumular una parte de su plusvalía, lo cual, una vez más, implica el *estancamiento* y, en consecuencia, la caída del capitalismo:

El supuesto: relativa limitación progresiva del consumo por los capitalistas del sector I, debiera complementarse con otro supuesto: relativo aumento productivo del consumo privado de los capitalistas del sector II; el aceleramiento de la acumulación en el sector I, por su retardo en el sector II; el progreso de la técnica en uno, por el retroceso en el otro [139].

Para escapar a este dilema, entre un estancamiento que implicaría la caída del capitalismo, y una superproducción acrecentada incesantemente, dice R. Luxemburg, los capitalistas han *derramado* una cantidad cada vez mayor de sus mercancías *en los sectores o en los territorios precapitalistas.*

La economía capitalista está OBLIGADA a *volcar los excedentes invendibles de sus productos en los mercados exteriores.*

*¿Qué podemos pensar de esta segunda demostración de R. Luxemburg sobre la necesidad de mercados exteriores para realizar la plusvalía?*

Ella parece más seductora que la primera demostración, que reposaba como vimos en la teoría errónea del subconsumo de Sismondi. Pero debemos reconocer que el hecho de que repose sobre una ligazón entre el progreso técnico y la elevación de C/V, ligazón cuya existencia —*por lo menos en nuestros días*— queda por demostrar dado que el progreso técnico se transforma cada vez más en *capital-saving*, hace que la explicación de R. L. sea demasiado me-

canicista y que no se puedan extraer conclusiones definitivas de la simple verificación que un ejemplo NUMÉRICO particular nos ofrece alguna solución.

Además, se presenta un problema de coherencia con el pensamiento de Marx en cuanto los esquemas de la reproducción son un mero instrumento de análisis de las condiciones de equilibrio: no son un instrumento de análisis de las condiciones de crecimiento; sin embargo, R. L. los utiliza en este último sentido.

Es preciso reconocer también que la insistencia de R. L. en el aspecto necesario de los mercados exteriores para *la realización de la plusvalía*, la obliga a cometer graves errores de apreciación acerca *del papel de los gastos del Estado, y en especial, de los gastos militares*.

En efecto, afirma, no son los sectores «improductivos» (militares, funcionarios, etc.) los que «impulsan por su demanda a una reproducción ampliada», pues el consumo de los sectores improductivos se obtiene gracias a una parte de la plusvalía y de los salarios, obtenidos por medio de los impuestos. Por consiguiente, ya se lo ha considerado, o mejor, *ese consumo no crea una demanda suplementaria*. Los gastos militares, dice R. L., desempeñan un papel esencial en la conquista y el mantenimiento de los mercados exteriores, pero *no crean una demanda suplementaria*: el consumo de los militares no hace sino reemplazar el consumo de los trabajadores, o el consumo y la inversión de los capitalistas. No es otra cosa que una simple transferencia de capital:

... lo que pierde la gran masa de capitalistas que producen medios de subsistencia para la clase obrera, lo gana un pequeño grupo de grandes industriales tomándolo del ramo de guerra [140].

Como es evidente, hay aquí *un error*, pues no es del todo seguro que las sumas recaudadas mediante impuestos o empréstitos estatales habrían sido gastadas por los individuos. En estas condiciones, el Estado puede mediante sus gastos crear una demanda suplementaria. Si, por ejemplo, el Estado se apropia de una parte de la plusvalía ahorrada por los capitalistas y la utiliza para gastos públicos, puede darse perfectamente *la creación de una demanda suplementaria* en el caso de que los capitalistas no tuvieran intención alguna de invertir su ahorro. Afirmar, como lo hace R. L., que el Estado no puede nunca crear una demanda suplementaria significa afirmar que el ahorro de los capitalistas es *automáticamente invertido* siempre. Esto es lo que afirmaban los clásicos, en especial Ricardo, y puede advertirse entonces hasta qué punto influenciaban el pensamiento de R. L. como para llevarla a cometer tales errores.

Sin embargo, si las tesis de R. L. sobre la necesidad de mercados exteriores para realizar la plusvalía son, en definitiva, erróneas y engañosas, no puede decirse lo mismo de algunos pasajes de su libro *donde presenta una tesis sin duda mucho más interesante*. Me refiero a *la tesis según la cual los mercados exteriores son necesarios no para realizar la plusvalía, no para vender un excedente de mercancía ya producidas, sino para crear la plusvalía, para incitar*

a los empresarios a invertir y a producir: y en esto su tesis es esencialmente nueva con relación a Marx.

Segunda explicación: *Los mercados exteriores son necesarios para crear la plusvalía.*

Rosa Luxemburg defiende esta tesis, *por una parte*, en el plano teórico, en algunos pasajes, y *por otra parte*, en su historia del desarrollo del capitalismo.

I. En algunos pasajes de su obra se encuentra claramente expresada la idea de que la inversión solo podrá producirse si los capitalistas están seguros de encontrar frente a ellos un mercado en expansión o más precisamente, *si existe una demanda previa que impulse a invertir.*

En el capítulo VII, «Análisis del esquema marxista de la reproducción ampliada», Rosa Luxemburg explica que, en el régimen capitalista, la existencia de factores de producción no es suficiente para que se acreciente la producción: «la demanda efectiva de bienes debe aumentar también» [141] y debe aumentar previamente al aumento de la producción:

Una parte de la plusvalía la consume la clase capitalistas misma en forma de medios de subsistencia, y se guarda en el bolsillo el dinero mutuamente cambiado. ¿Pero quién le toma los productos en que está incorporada la otra parte capitalista de la plusvalía? El esquema responde: en parte, los capitalistas mismos en cuanto elaboran nuevos medios de producción, para ampliar estos; en parte, nuevos obreros que son necesarios para el empleo de aquellos nuevos medios de producción [142].

Vemos así que Rosa Luxemburg *no comete el error* de adherirse a la teoría del subconsumo de Sismondi, pues ella no se pregunta quién compra la parte de la plusvalía ahorrada, sino que observa correctamente que la plusvalía, aún ahorrada, puede dar nacimiento a una demanda, porque puede servir *para comprar nuevos medios de producción.* Pero lo interesante es el modo de análisis que utiliza R. L. a continuación: en efecto, para que la plusvalía ahorrada sea consumida por los capitalistas mediante la compra de nuevos medios de producción y nuevas fuerzas de trabajo, para que la plusvalía ahorrada sea invertida, *debe cumplirse un requisito:*

Pero en el sistema capitalista, para hacer que trabajen nuevos obreros con nuevos medios de producción hay que tener antes un fin para la ampliación de la producción, una nueva demanda de los productos que se quiere elaborar [143].

En el régimen capitalista, continúa, el acrecentamiento de la demanda engendrada por las inversiones no puede ser el motivo de la inversión: el capitalista «necesita un mercado más amplio, pero el aumento de la demanda en general como en particular con respecto a su género de mercancías, es algo frente a lo cual él es impotente en absoluto» [144]. Es por ello, sin duda, que Rosa Luxemburg insiste en ese pasaje sobre la necesidad de una demanda previa al aumento de la producción.

Esos mercados *nuevos*, que justifican las inversiones *suplementarias*, el capitalismo las encuentra *en parte* en el exterior.

Esta interesante teoría de la incitación a invertir desgraciadamente no es precisada en el plano teórico, pero estará presente, sin embargo, en *la historia* que hace R. Luxemburg del desarrollo del capitalismo.

2. Los dos últimos capítulos del libro nos presentan, en efecto, una descripción extremadamente interesante de *la historia* del desarrollo del capitalismo, donde nos muestra que la conquista de nuevos mercados ha sido y sigue siendo una condición *esencial* para su desarrollo.

El capitalismo *viene al mundo y se desarrolla históricamente en un medio social no capitalista*. En los países europeos occidentales le rodea, primeramente, el medio feudal de cuyo seno surge...; luego, desaparecido el feudalismo, en medio del predominio de la agricultura campesina y el artesanado, es decir, producción simple de mercancías, lo mismo en la agricultura que en la industria. Aparte de esto, rodea al capitalismo europeo una enorme zona de culturas no europeas, que ofrece toda la escala de grados de evolución, desde las hordas primitivas comunistas de cazadores nómadas, hasta la producción campesina y artesana de mercaderías. En medio de este ambiente se abre paso, hacia adelante, el proceso de la acumulación capitalista [145].

Ella distingue en particular la lucha del capital contra la *economía natural* (lucha contra el esclavismo, el feudalismo, el comunismo primitivo), y observa que la dominación capitalista es la primera que impuso la destrucción de las organizaciones sociales existentes, la lucha del capital contra la *economía campesina*, mediante la separación entre industria y agricultura, que crea un mercado para los productos industriales, y la *lucha concurrencial del capital en el mercado internacional*, para apoderarse, en cierto número de territorios, de lo que resta de esas formas de producción, lucha por lo tanto por la conquista de las colonias, por las zonas de influencia, etc.

Todo este proceso de introducción del sistema de mercado en las regiones nuevas del globo, y la monopolización de esos mercados en provecho de las grandes potencias industriales, *permitieron la prosecución y el desarrollo de la acumulación*.

... en el extranjero, donde no se ha desarrollado aún una producción capitalista, *surge, en capas no capitalistas, una nueva demanda*; [y esto ha permitido] el desarrollo del proceso de acumulación [146].

De todos estos análisis, R. Luxemburg extrae *dos conclusiones muy importantes*:

1º. No piensa que la búsqueda de salidas al exterior sea un hecho nuevo en el capitalismo del siglo XX, sino que es una *condición permanente de desarrollo del capitalismo*.

2º. Esta necesidad para el capitalismo de buscar mercados exteriores es, para ella, *una contradicción esencial* del sistema, por lo menos tan importante como las contradicciones analizadas por Marx.

El capitalismo es la primera forma económica con capacidad de desarrollo mundial. *Una forma que tiende a extenderse por el ámbito de la Tierra* y a eliminar a todas las demás formas económicas; que no tolera la coexistencia de ninguna otra. *Pero es también la primera que no puede existir sola*, sin otras formas económicas de que alimentarse, y que al mismo tiempo que tiene la tendencia a convertirse en forma única, fracasa por la incapacidad interna de su desarrollo. Es una contradicción histórica viva en sí misma [147].

Tal es, según Rosa Luxemburg, *una de las contradicciones esenciales* del sistema capitalista.

El libro de R. L. fue en su conjunto *muy mal acogido*.

Fue mal acogido en primer lugar por los autores REVISIONISTAS. Al respecto debemos señalar *dos puntos*:

1. *Primer punto*: la actividad de los partidos socialistas *frente a la cuestión colonial* había evolucionado considerablemente desde hacía una quincena de años. En el Congreso de la Internacional socialista de París, en 1900, fue votada por unanimidad una resolución antiimperialista y anticolonialista; pero algunos años más tarde, a partir del congreso de Ámsterdam, en 1904, el colonialismo encuentra partidarios tanto entre los socialistas alemanes, como ingleses, holandeses y belgas. Después, en el Congreso de la Internacional socialista de Stuttgart, en 1907, aparecieron importantes diferencias de actitudes a propósito del colonialismo: algunos proponían reconocer el carácter inevitable de los imperios coloniales y preconizaban simplemente reformas que mejoraran las condiciones de los «indígenas», pero en el marco de la dominación colonial. El mismo Kautsky, representante de la tendencia de izquierda, en Stuttgart dio pruebas por lo menos de gran prudencia:

La idea de la emancipación de las colonias es una especie de idea límite que nos muestra una dirección, pero no es una proposición práctica por cuya aplicación inmediata debemos trabajar [148].

La fuente *teórica* de la posición colonialista de los partidos socialdemócratas era una deformación del marxismo. Consistía en la afirmación de que siendo el capitalismo *históricamente inevitable* todo aquello que sirviera para su desarrollo, todo lo que ayudara a que se extendiera al mundo entero, era inevitable y debía por tanto ser sostenido.

Kautsky sostiene esta idea cuando declara que «la producción capitalista entra en lucha con las formas de producción atrasadas, pero nosotros no podemos ni debemos poner obstáculos en su camino».

2. *El segundo punto* a observar, a propósito de la actitud de los revisionistas frente al libro de Rosa Luxemburg es que ellos, y en especial Kautsky, estimaban que el imperialismo, forma particular y violenta de la expansión practi-

cada solamente por pequeños grupos de capitalistas, los grandes bancos y los militares, *era contrario al interés de conjunto de la clase capitalista*. Es por esto que, afirmaba Kautsky, la mayoría de la clase capitalista se opondrá siempre más a la política de violencia imperialista y la hará retroceder cada vez más. *Puede advertirse hasta qué punto esta posición es contraria a la de Rosa Luxemburg*, para quien el imperialismo y la conquista de mercados exteriores son *inherentes* al capitalismo y permiten su desarrollo. Por otra parte, es pensando en Kautsky que ella escribirá en su *Anticrítica*, al responder a los que habían atacado a *La acumulación del capital*:

La creencia en la posibilidad de acumulación en una sociedad capitalista aislada, la creencia de que el capitalismo es así concebible sin expansión, es la fórmula teórica de una tendencia táctica perfectamente determinada. Esta concepción se encamina a no considerar la fase del imperialismo como necesidad histórica, como lucha decisiva por el socialismo, sino como invención perversa de un puñado de interesados. Esta concepción trata de persuadir a la burguesía de que el imperialismo y el militarismo son peligrosos para ella desde el punto de vista de sus propios intereses capitalistas, aislando así *al supuesto puñado* de los que se aprovechan de este imperialismo, y formando un bloque del proletariado con amplias capas de la burguesía para «atenuar» el imperialismo.

Este llamado a la «burguesía esclarecida», como anota R. L. irónicamente, hace creer que el capitalismo puede no ser imperialista, *lo cual, como es obvio, se opone fundamentalmente* a las tesis defendidas por ella en su libro.

Pero el libro de R. Luxemburg no fue mal acogido solamente por los revisionistas. Fue mal acogido también por Lenin [149]. La influencia del pensamiento de Lenin sobre la evolución ulterior del pensamiento marxista será tal que las tesis defendidas por R. L. sobre el papel de los mercados exteriores en el desarrollo del capitalismo serán olvidadas o menospreciadas por largo tiempo.

Este es un hecho lamentable, pues es evidente que la teoría del imperialismo de Rosa Luxemburg, más allá de las numerosas imprecisiones y errores que hemos mencionado, sigue siendo hasta nuestros días un instrumento útil para el análisis del imperialismo.



**RODOLFO BANFI**

# A PROPÓSITO DE «EL IMPERIALISMO» DE LENIN

## LA NATURALEZA HISTÓRICA DE LA DEFINICIÓN DE IMPERIALISMO

La definición dada por Lenin del imperialismo está basada, como es sabido, y desde una consideración *estrictamente económica*, sobre lo que él denominaba los *cinco rasgos fundamentales*: 1) «la concentración de la producción y del capital llevada hasta un grado tan elevado de desarrollo que ha creado los monopolios, los cuales desempeñan un papel decisivo en la vida económica; 2) la fusión del capital bancario con el industrial y la creación, sobre la base de este «capital financiero», de la oligarquía financiera; 3) la exportación de capitales, a diferencia de la exportación de mercancías, adquiere una importancia particularmente grande; 4) la formación de asociaciones internacionales monopolistas de capitalistas, las cuales se reparten el mundo, y 5) la terminación del reparto territorial del mundo entre las potencias capitalistas más importantes».

En su introducción a la nueva edición de *Imperialismo* (Editori Riuniti, Roma, 1964), Valentino Parlato, después de sintetizar el agudo análisis realizado hace tiempo por G. Pietranera [150], Lenin aprehende en sus términos más correctos la relación entre momento productivo y momento crediticio, de manera tal que, según Parlato, quedan invalidadas las críticas para las cuales el análisis leninista sería válido solamente para la fase histórica de la banca mixta.

Respecto a la época en que aparece *El Imperialismo*, Parlato opina que las mayores transformaciones son las producidas en las relaciones internacionales con el surgimiento del campo socialista y el movimiento de liberación de los pueblos coloniales, lo que explica la sensible disminución de la exportación de capitales hacia los países subdesarrollados. El hecho de que durante el mismo período los países capitalistas hayan realizado ritmos considerables de desarrollo, demostraría una vez más lo erróneo de la tesis de Rosa Luxemburg cuando sostiene que la existencia misma del sistema capitalista estaría condicionada por la existencia de un mercado no capitalista. Observa Parlato que la exportación de capitales, que debe ser relacionada con las contradicciones inherentes a la esencia del sistema capitalista (caída tendencial de la

tasa de ganancia y acción de las causas contrarrestantes), se dirige tanto hacia los países subdesarrollados como hacia los desarrollados según las exigencias de los grupos monopolistas. En lo que respecta a las inversiones en las zonas coloniales, Parlato nos remite a M. Dobb y a las observaciones del mismo acerca de la abundancia y el buen mercado de la mano de obra en tales zonas, factores ambos que inciden en la composición orgánica del capital y, por lo tanto, en la caída tendencial de la tasa de ganancia. En consecuencia, para una relectura correcta de Lenin sería necesario considerar cómo actuaron en estos años las causas contrarrestantes de la caída tendencial de la tasa de ganancia. Como una primera aproximación, Parlato indica los siguientes puntos: progreso tecnológico, migración, desarrollo del comercio exterior entre los países industrialmente avanzados, acrecentamiento del capital accionario y fracturación de la tasa general de ganancia en tasas particulares.

Parlato tiene mucha razón al apoyarse en Pietranera para subrayar la corrección del *método de Lenin*, pero no veo cómo todo esto pueda eliminar, por un lado, el hecho de que «la fusión del capital bancario con el industrial», examinado en *El imperialismo*, pertenezca a la historia de fines del siglo pasado y al primer trentenio del presente y sea desde hace tiempo un fenómeno inactual; ni veo tampoco, por otro lado, cómo se puede ignorar la importancia considerable que Lenin atribuye justamente al fenómeno mismo. La bondad del método no puede cambiar la historicidad del objeto.

Además, debe observarse que Lenin coloca al «capital financiero» en el segundo puesto de los rasgos característicos del imperialismo, *después* de la concentración y *antes* de la exportación de capital. Anotemos al margen que las reservas de Lenin sobre *El capital financiero* de Hilferding —reservas que son un tanto exageradas por Parlato— se refieren más al modo en que este último trató los fenómenos monetarios que a la insuficiencia de la definición del capital financiero. Lenin, en efecto, escrupuloso, como siempre, observaba que la «función de los monopolios capitalistas es, en general, puesta de relieve en todo el libro de Hilferding». Por otra parte, al comienzo de *El imperialismo*, una de las primeras precisiones que se encuentran es aquella con la que Lenin define como «extremadamente valioso» (a pesar de una cierta tendencia al oportunismo) el análisis teórico de Hilferding de la «fase contemporánea de desarrollo del capitalismo». De todos modos, pocas líneas después de esta última observación, Lenin recalca que el propósito del folleto es exponer someramente «los lazos y las relaciones recíprocas existentes entre las principales particularidades económicas del imperialismo». Ahora bien, resumir el capital financiero en la categoría más vasta del crédito puede ser útil —al margen de cualquier problema de método o de principios— solo para replantear la pregunta de si el sistema del crédito cumple con su función a los efectos de la concentración y centralización de los capitales *después* de la desaparición del «capital financiero» y bajo qué forma históricamente concreta se produce este fenómeno. ¿A través de la renovada importancia de la bolsa? ¿del acrecentamiento y expansión del accionariado? Se trata de fenómenos cuya importancia es imposible subestimar, pero que difícilmente

pueden ser considerados como rasgos típicos del capitalismo de este último ventenio, precisamente a causa de su carácter genérico.

Si se vuelven a considerar en su conjunto los cinco «rasgos fundamentales» fijados por Lenin, es decir, si se examina su conexión interna, no es difícil advertir que ellos constituyen, respecto al género próximo «capitalismo», la diferencia específica. La definición «económica» del imperialismo es la línea de demarcación entre dos grandes fases históricas del capitalismo: la competitiva o mejor, atomista, y la más reciente monopolista. Pero si se considera la nueva fase del capitalismo, haciendo abstracción de la fase precedente, los cinco rasgos fundamentales no son ya únicamente los momentos de la definición de la fase misma, dispuestos según un orden de consecuencias lógico, sino que se refieren uno al otro en un orden tal por el que la concentración que crea el monopolio deviene el género próximo y los otros cuatro la diferencia específica. Vale decir, mientras el primer rasgo hace referencia al momento histórico general del «capitalismo más reciente», los demás puntualizan sus aspectos particulares. El primero caracteriza *toda* —y por tanto *en abstracto*— la nueva fase, los otros definen las determinaciones específicas, *concretas*, de un período dentro de la misma fase: *el período inicial*. Es esto lo que trataremos de probar a continuación, por lo menos a grandes rasgos.

Sería absurdo sostener que después de 1917 la concentración de la producción y de los capitales haya dejado de ser el motivo dominante de la economía capitalista. Aunque superfluo, un ejemplo puede dar una evidencia mayor de la observación precedente. Lenin transcribía del *Statistical Abstract of the United States* de 1912 el dato de que tres años antes casi la mitad de toda la producción de las empresas norteamericanas estaban en manos de 3000 grandes empresas que representaban el 1 % del total. En el comentario al IX elenco anual (1963) de la revista americana *Fortune* se lee que las 500 mayores sociedades de USA absorbían en 1962 «más del 50% de las ventas de todas las sociedades manufactureras y mineras de USA y más del 70 % de sus ganancias».

Pero no se puede decir lo mismo con respecto a la fusión del capital bancario con el capital industrial: me parece inútil insistir sobre esto puesto que el fin de la relación hegemónica banca mixta-sociedad por acciones ha sido ya ampliamente documentado e ilustrado [151].

En lo que respecta al tercer rasgo fundamental, Lenin observa que «el enorme excedente de capitales» producido en los países capitalistas más avanzados había dado lugar a una exportación de capitales hacia los países menos avanzados tal como para determinar una verdadera división del mundo entre las naciones más potentes y los grandes grupos monopolistas que estaban a sus espaldas.

El folleto de Lenin estaba aún fresco y ya Rusia escapaba del ámbito del sistema capitalista, reduciendo automáticamente el área del mercado internacional. Tampoco los años transcurridos entre 1920 y 1930 parecieron alimentar la ilusión de una recuperación y de una estabilización capitalista que tuviese un carácter duradero. Pero las diferencias de desarrollo entre los distintos países —es decir, la causa de la exportación de capitales— lejos de atenuarse se iba agravando al punto de alterar sustancialmente el equilibrio

mundial: «la gran crisis» (entre cuyos factores operó potentemente la posición de los EE. UU. como acreedores generales del resto del mundo) lanzó en el marasmo al mercado mundial de modo tal que determinó la casi completa paralización de las inversiones internacionales durante el cuarto decenio del siglo.

En cuanto a la inmediata posguerra, presenta transformaciones aún más profundas que pueden sintetizarse *sumariamente* así: a) la ampliación considerable del área ocupada por los países de régimen socialista; b) la concentración máxima de la riqueza capitalista en un país, USA; e) el grave empobrecimiento de los países capitalistas ya muy avanzados desde el punto de vista económico (Gran Bretaña, Alemania, Francia, Japón, etc.); d) la sublevación, a escala mundial, de las naciones sujetas a la supremacía de los países capitalistas más avanzados.

En sustancia, todos estos factores jugaron *contra* la reconstitución del viejo mercado internacional; y aún hoy el MEC, la EFTA y el *Kennedy round* testimonian las dificultades que encuentra el restablecimiento del mercado internacional, aunque en el mismo período Europa haya reconstruido nuevamente, a niveles más elevados que en el pasado, su propia economía y algunos países como Italia hayan entrado en el grupo de aquellos en rápido desarrollo. En el Extremo Oriente, Japón siguió el ejemplo europeo.

Es conocido el rol desempeñado por el flujo de capitales americanos en la recuperación económica occidental y de Japón. Sin embargo, este rol no debe ser concebido en los mismos términos que cuando la exportación de capitales procedía, por ejemplo, a la transformación de la naturaleza económico-social de la Rusia zarista. En este último caso, que era el que Lenin tenía en vista, el capital *extendía* a naciones atrasadas sus propias relaciones sociales y sus propios medios de producción. En el caso que hemos vivido recientemente, el capital en cambio es *reconstruido* materialmente en un contexto social y dentro de modos de producción desde hace tiempo capitalistas, aunque sea a un nivel más elevado y por consiguiente con un grado mayor de intensidad.

En mi opinión puede hablarse en el sentido «clásico» de la exportación de capitales solo en el último decenio; pero la diferencia de desarrollo que, *desde el punto de vista teórico*, torna apetecible las inversiones en los países atrasados y *de hecho* empeora los términos del intercambio en perjuicio de estos últimos, contribuye también a crear un estado de permanente inestabilidad política no apta para las mismas inversiones y da lugar a regímenes de inspiración fuertemente «estatista» (los de orientación socialista no entran en esta consideración) con una marcada tendencia a la selección de las inversiones extranjeras [152], o sea favoreciendo las opciones que aseguran la industrialización más rápida del país (grandes obras públicas e industria pesada) y que en general son relativamente menos interesantes desde el punto de vista del capital privado. De modo que el flujo de capitales hacia los países de bajo nivel no puede menos que ser considerado, en un porcentaje importante a nivel gubernamental, de manera tal que los beneficios para el capital privado se hacen sentir fundamentalmente a través de la cláusula que obliga a los bene-

ficiarios de los financiamientos a proveerse de mercancías en el mercado de los países financiadores.

Aunque la exportación de capitales en este último ventenio marcó una recuperación sustancial respecto del pasado, es evidente que el fenómeno no se coloca más en el cuadro del predominio mundial indiscutido del capitalismo. La época del imperialismo aparecía ante Lenin —me refiero al 4º y 5º rasgo fundamental («la formación de asociaciones internacionales monopolistas de capitalistas que se reparten el mundo» y «la terminación del reparto territorial del mundo entre las potencias capitalistas más importantes») — como «caracterizada no solamente por dos grupos fundamentales de países, es decir, los países poseedores de colonias y las colonias, sino también por las más variadas formas de países sometidos...» Pero como es evidente, tal época ha sido superada desde hace tiempo.

En síntesis, creo que se puede afirmar que *de la definición económica dada por Lenin del imperialismo sigue actual la parte general referida al proceso creciente de concentración, mientras que ya en el período 1930-1940 los otros cuatro rasgos fundamentales más específicos se habían modificado sustancialmente*. Esto en nada resta importancia al folleto de Lenin para la época que toma en consideración. Más aún, diría que sus determinaciones históricas son los factores que mejor nos permiten puntualizar la situación actual y, por lo tanto, confirmar una vez más la naturaleza de *fase histórica* del imperialismo. En otros términos, junto al mérito «metodológico» subrayado por Pietranera (como ya se dijo, la correcta interpretación del significado y la función del crédito), agregaría también el mérito de la muy precisa conciencia histórica de Lenin. En el prólogo a las ediciones francesa y alemana (1920) Lenin escribía:

Este folleto, como queda dicho en el prólogo de la edición rusa, fue escrito en 1916, teniendo en cuenta la censura zarista. Actualmente me es imposible rehacer todo el texto, trabajo que, por otra parte, puede que fuera inútil, ya que el fin principal del libro, hoy como ayer, consiste en ofrecer... *un cuadro de conjunto* de la economía mundial capitalista en sus relaciones internacionales a comienzos del siglo XX, en vísperas de la primera guerra imperialista mundial [153].

Esta precisión fundamental fue con frecuencia olvidada por los marxistas. Y es deplorable que en los años sucesivos los marxistas se hayan obcecado en «ilustrar» los «rasgos fundamentales», como si se hubieran convertido en los diez mandamientos bíblicos. Un mal servicio a Lenin y al marxismo, y también a la capacidad de juicio de la clase obrera. En 1936, por ejemplo, se publicaba en Moscú la segunda edición de los *nuevos datos* de Eugenio Varga, texto proijado por el Comité Central del Partido comunista bolchevique de la URSS y que dedicaba todo el capítulo II a la fusión del capital bancario con el industrial y el III a la exportación de capitales como si la crisis de 1930 no hubiese afectado en nada el orden capitalista mundial. Y sin embargo en 1937 el mismo Varga, en el volumen *Dos sistemas* [154], señalaba la declinación del mercado mundial e indicaba algunos de los aspectos macroscópicos de la crisis.

Cierto es que por aquella época la Tercera Internacional estaba principalmente ocupada por la tendencia a una nueva repartición del mundo proveniente del ascenso al poder del fascismo alemán y japonés (sin contar el italiano). En tal situación, mientras aparecían de nuevo en primer plano las consecuencias de la repartición del mundo efectuada hasta ese entonces y, como reverso, los efectos de la consolidación del Estado soviético, se oscurecían los efectos derivados de la quiebra del capital financiero y de la parálisis mundial, además de los *nuevos y distintos modos* según los cuales, y desde el punto de vista nacional e internacional, el capitalismo funcionaba y con él la relación de clases. Como una paradoja aparente, permanecía en sombras la naturaleza específica del fascismo. La historia, digamos así, económica que está detrás de la derrota política de la clase obrera en 1923, de la de los trabajadores españoles y del Frente Popular francés en los años sucesivos, sin contar las «ocasiones perdidas» precedentemente en los Estados Unidos —para citar solo los casos más conocidos— debe aún ser escrita.

Esta grave laguna de la investigación marxista significa por lo demás un serio «hándicap» también para el análisis del capitalismo de los años sucesivos a 1945. La política económica de los tres países fascistas, el New Deal, las experiencias francesas e inglesas, constituyen, junto a las consecuencias del segundo conflicto mundial, las premisas históricas y lógicas para la comprensión de la evolución sucesiva. Al intentar definir algunas características del «novísimo» capitalismo, quien esto escribe es consciente de la parcialidad de las notas presentes y por ellos de su carácter provisorio, debido esencialmente a la necesidad de abstraer del contexto histórico en mayor medida que el legítimo. De aquí se deriva que trataremos sobre todo de plantear algunos problemas y no de suministrar soluciones.

## ESTADO Y LIBRE INICIATIVA

La fase más reciente del capitalismo o «neocapitalismo» (para usar el término de moda) es definida por lo general como economía mixta, sobre la base de la presencia simultánea de dos factores: los grandes «grupos» privados y el peso siempre creciente de la intervención estatal. Para la comprensión correcta del fenómeno lo que cuenta es, sobre todo, la naturaleza de la relación internacional entre los «grupos» privados y el Estado.

En general se tiende a considerar la relación unilateralmente, o sea, a partir de la naturaleza y de las dimensiones de la intervención estatal. Este punto de vista, si está justificado por el hecho de aprehender el aspecto más relevante de lo «nuevo», tiene la desventaja de atribuir a la intervención estatal una finalidad («realización del interés social») perteneciente más al reino de los deseos que al de la realidad histórica. No es difícil rastrear en este punto de vista vastos residuos de la concepción liberal, por lo menos en el hecho de que el Estado continúa apareciendo como un ente neutral, superclasista. Pero mientras para el liberalismo tradicional la neutralidad del Estado se ma-

nifiesta en el no establecimiento de ninguna limitación de la «libre iniciativa» del capital, la nueva versión de la neutralidad estatal comporta por el contrario, aparentemente, la limitación de la libre iniciativa misma.

Dejando de lado las ideas para pasar a los hechos, es cierto que el Estado — hasta la crisis de 1930 —, al favorecer la libre iniciativa (es decir, la facultad del capital de emprender cualquier cosa sin ser perturbado, según la irónica definición de D. T. Bazelon), o sea, el proceso de acumulación y de concentración ha dado al mismo tiempo una mano valiosísima para la liquidación de la libre concurrencia. Y esto no quita que la libre concurrencia haya seguido formando parte de la mitología oficial, como la otra faz de la libre iniciativa. Además de un fácil truco propagandístico, ello se explica también por la permanencia de vastas zonas donde predominan el artesanado y la pequeña empresa. Pero ni siquiera en este caso la concurrencia es libre iniciativa» o lo es solo en tanto lo permiten los grandes grupos. Vale decir, no lo es o solo lo es en medida bastante precaria.

En otros términos, los grandes grupos se han convertido cada vez más en los únicos detentadores efectivos de la libertad de iniciativa y en los tutores de las apariencias de concurrencia en el exterior de sus posesiones. Tutores en el sentido de que sus políticas en materia de precios, de ingresos (salarios, sueldos y dividendos) y de inversiones suministran los límites precisos dentro de los cuales pueden moverse las firmas individuales (artesanos y vendedores) y las pequeñas sociedades. Y los límites son a veces tan restringidos que unas y otras llegan al mercado y allí se mantienen durante un cierto tiempo (libertad de concurrencia) solo gracias al no cumplimiento de los contratos colectivos de trabajo y de las normas concernientes a la asistencia y previsión social.

Se trata ahora de ver si el Estado pone de hecho límites, y en qué medida, a la libre iniciativa de los grandes grupos. En general estos «límites» tuvieron como origen los grandes *salvatajes* de los años treinta y resultan un tanto sospechosos. El National Recovery Act (que, como se sabe, constituye uno de los momentos más interesantes del New Deal) institucionaliza tres principios típicos: desaliento de la concentración como instrumento para limitar la producción y sostener los precios y las ganancias; desarrollo de los gastos públicos (que se orientó rápidamente hacia los gastos militares); medidas de estímulo a las organizaciones sindicales para provocar un movimiento ascendente del poder de adquisición. Ahora bien, estas siguen siendo las medidas que, con las debidas modificaciones, más resaltan todavía en la política económica estadounidense: alto grado de concentración, elevada incidencia de los gastos públicos y consumos elevados. En sustancia, el Estado se configura sobre todo como el mayor adquiriente, cuya demanda por otra parte constituye estructuralmente un factor ulterior de estímulo para la concentración. Parece difícil, por tanto, representar su intervención como limitadora de la libertad de iniciativa; más bien ocurre lo contrario.

Pasando del grado más alto de la escala de los países capitalistas avanzados a uno de los más bajos, Italia, el panorama cambia en el sentido de que al Estado no le compete solamente la función pasiva de adquiriente, sino también la activa de productor y vendedor de bienes y servicios. Esta última función,



asumida durante la «gran crisis» con el fin de impedir el colapso general de la economía nacional y, por lo tanto, con carácter temporario, se fue consolidando en la posguerra para adquirir un carácter permanente. De tal manera el Estado parece limitar realmente los grandes grupos, en cuanto ocupa vastas zonas de actividades. Pero tal limitación tiene un significado muy diferente apenas se observa que los sectores controlados por el Estado son aquellos donde el riesgo es más elevado (a causa de las dimensiones del capital fijo) y, al mismo tiempo los esenciales —dada el relativo atraso económico— para imprimir al país una fisonomía industrial más neta. En otros términos, habiendo el Estado asumido la tarea de colocar las bases para el desarrollo económico y de abrir la brecha para la iniciativa privada, los límites que pone a los grandes grupos se trasmutan, a largo plazo, en facilidades sustanciales.

Este discurso, aunque realizado en términos bastantes aproximativos, es suficiente para concluir que la relación grandes grupos-Estado caracteriza lo nuevo del capitalismo más reciente en la medida en que son los grandes grupos los considerados en primer término. Se evita así el error de considerar la intervención pública *como un factor autónomo que acciona desde el exterior* y no ya como ocurre en realidad, *el resultado de un proceso evolutivo de los mismos grandes grupos*. Este punto de vista parece estar en abierta contradicción con la violenta antipatía que el capital privado manifiesta siempre frente a la intervención estatal. Pero dicha antipatía aparece como fruto del verdadero amor si se observa que su temática gira en esencia alrededor de dos motivos fundamentales y alternos: exceso de la intervención, insuficiencia de la intervención. Lo que hace pensar que, en definitiva, existe desde algún lugar una intervención justa: y esto parece ser en efecto lo que ocurre en concreto [155]. Por otra parte, las necesidades producidas por la historia no son tales en virtud de las opiniones de los hombres.

## CONCENTRACIÓN, SOCIALIZACIÓN Y PODER DE LOS «GRUPOS»

Retomemos ahora la cuestión desde el costado de los «grandes grupos». Nadie se molesta hoy en afirmar que la concentración es un fenómeno secundario porque es artificial o, genéricamente, no pertinente al capitalismo «puro». Podría decirse que se ha logrado unanimidad en la constatación de que la concentración es el fenómeno típico de nuestro tiempo. Naturalmente, no falta quien sienta al respecto la necesidad de decir alguna vacuidad: por ejemplo, de que la concentración no se verificó tal como Marx pensaba o «profetizaba» (según los más espirituales) dando a entender que el fundador del socialismo científico habría hablado de una concentración total, sin márgenes de pequeñas empresas. Pero esto no tiene ninguna importancia. Sí debemos observar que el reconocimiento de la realidad de la concentración

es acompañado por lo general con consideraciones consolatorias sobre el fenómeno de la despersonalización de la gran sociedad por acciones moderna. Para algunos (es el caso de A. Berle [156], su divulgador más conocido) la separación entre la gestión y la propiedad acarrearía un poder sin propiedad y un proceso espontáneo de «socialización», entendiéndose por ello un verdadero traspaso al socialismo, realizado con mayor «fineza» de cuanto pueda hacerlo una «revolución comunista».

Para otros autores (véase en Italia la obra fundamental del desaparecido Ascarelli) gracias al desvanecimiento de la propiedad la situación no sería tan agradablemente enderezada a escuchar (según la hipótesis de Berle) la confianza de la opinión pública. Por el contrario, la despersonalización se traduciría en un poder cada vez mayor de los accionistas con poder de control agravado por la ausencia de responsabilidad de estos últimos.

Finalmente, un grupo de «extremistas» es del parecer que A. Berle toma gato por liebre. G. Kolko escribe:

Es absolutamente imposible hablar de una separación de intereses entre la administración y los más fuertes accionistas de los Estados Unidos: prácticamente son una y la misma cosa. La concentración del poder económico en una élite sumamente reducida es un hecho indiscutible. Este poder es función tanto de su propiedad directa en la estructura corporativa como de su capacidad para controlarla. El hecho de que posean ahorros y riquezas se debe posiblemente a que continúa la desigualdad básica en los ingresos, lo cual a su vez es simplemente un sector de la forma más amplia de desigualdad que reina en los Estados Unidos [157].

Expurgando el pensamiento de A. Berle de su parte apologética, es decir, de la imagen de un poder apoyado en el vacío y de una responsabilidad moral de los administradores de los grupos fundada sobre una inconsistente relación de confianza con la opinión pública, lo que resta es la «socialización» no como proceso hacia el socialismo, sino como *socialización capitalista*. La otra faz de la concentración es, según Marx, en primer lugar, *la utilización social de los medios de producción y de la fuerza de trabajo* y luego (por medio del crédito y, en particular, del accionariado) *el traspaso del capital de «privado» a «social»*, o sea, a capital de individuos asociados.

En otros términos la concentración, *por su forma*, se presenta como socialización: «es la supresión del capital como propiedad privada dentro de los límites del mismo régimen capitalista de producción». De allí entonces «la transformación del capitalista realmente activo en un simple dirigente, administrador de capital ajeno, y de los propietarios de capitales en simples propietarios, en simples capitalistas de dinero» [158]. Así como se despersonaliza la producción, se despersonaliza la gestión. Así como el obrero se enajena del proceso productivo, así el capitalista se enajena de la administración del capital. Y el capital aparece como un proceso de autovalorización, de creación y de absorción de capital, como un proceso esencialmente *objetivo* de concentración. En otros términos, al reproducirse el capital en escala ampliada se

activa la reproducción del capital en escala ampliada y en ello no existe nada que pueda hacer pensar en el ascenso del capitalismo al ciclo beatificador del socialismo.

Por otra parte, el capital, a pesar de su forma social, sigue siendo un *negocio privado* que no admite responsabilidades hacia la sociedad (porque, como veremos, es un poder social extraño, contrapuesto a la sociedad) y que, por un traspaso lógico, descarga sobre la misma sociedad responsabilidades y riesgo, «socializa» ambas cosas. De igual modo el poder del administrador no se funda en la benévola y confiada neutralidad de los accionistas con poder de control, sino sobre su mandato explícito, sobre la concentración en pocas manos del poder derivado de la propiedad y del control, como observa justamente Kolko en el fragmento citado.

*La «socialización» capitalista es la forma dentro de la cual puede operar la contracción entre la naturaleza privada del poder y la «socialidad» del proceso capitalista de autoengrandecimiento y concentración.*

Se trata ahora de definir cuál es la naturaleza de este poder. Sería del todo simplista pensar que el poder, por el hecho de ser privado, o sea, de estar concentrado en pocas manos, es de naturaleza arbitraria, en el sentido de exteriorizarse como un poder caprichoso y objetivamente inmotivado: Marx juzgaba el «hacer» del capitalista como «función del capital que en él [el capitalista] está dotado de voluntad y de conciencia» [159]. En la época moderna, y con mayor razón, la élite capitalista del poder se configura como capital despersonalizado. Desde este punto de vista la despersonalización de la empresa no es sino la personalización del capital, es decir, el hecho de que la lógica del capital se manifiesta a través de la lógica de los dirigentes y de los accionistas con funciones de control.

Se acostumbra decir desde hace un tiempo que el gran grupo ya no está impulsado principalmente por la adquisición de ganancia. La afirmación tiene sentido solo si por «ganancia» se entiende el ingreso personal de los administradores, cuyo enriquecimiento nunca fue en manera alguna la finalidad del capitalismo, aunque fuera el incentivo inmediato del capitalista. Pero deja de tener sentido si por ganancia se entiende la fuente de la acumulación de capital, el ingreso del capital. El propósito del capital es reproducirse a sí mismo en escala ampliada. Y en ello está el poder del capitalista:

... la creciente acumulación del capital entraña también una concentración creciente de él. Crece así la potencia del capital, la sustantivación de las condiciones sociales de producción personificada en el capitalista frente a los productores rivales. El capital se revela cada vez más como un poder social cuyo funcionario es el capitalista y que no guarda ya la menor posible relación con lo que el trabajo de un individuo puede crear, sino como un poder social enajeno, sustantivado, que se enfrenta con la sociedad como una cosa y como el poder del capitalista adquirido por medio de esta cosa [160].

Aquí reside la arbitrariedad del poder mismo, no en cuanto expresión de la voluntad del capitalista, sino en cuanto exteriorización de la objetiva necesidad de la reproducción del capital.

Trataremos ahora de hacer más concreto y actual este análisis eminentemente abstracto y general.

Partiremos del mismo Lenin y de la descripción que él hace de la gran empresa en las últimas páginas de *El imperialismo*.

Quando una gran empresa se torna gigantesca y organiza sistemáticamente, apoyándose en un cálculo exacto, con multitud de datos, el abastecimiento de dos tercios o de tres cuartos de las materias primas necesarias para una población de varias decenas de millones; cuando se organiza en forma sistemática el transporte de dichas materias primas a los puntos de producción más cómodos, que se hallan a veces separados por centenares o miles de kilómetros; cuando desde un centro se dirige la transformación del material en todas sus diversas fases, hasta obtener numerosos productos manufacturados; cuando la distribución de dichos productos se efectúa según un plan único entre decenas y centenares de millones de consumidores, [...] entonces se advierte con evidencia que nos hallamos ante una socialización de la producción...,

y, por consiguiente, de una suma concentrada de poder social del que es difícil valorar las dimensiones por ausencia de un término de comparación que sea un poder *distinto* del poder en cuestión. Y si volvemos a la actualidad y razonamos en términos de «grupo», o sea, de una pluralidad de empresas interdependientes y dislocada en múltiples ramas de negocios, aquella suma de poder aparece elevada a la máxima expresión. A título de ejemplo, bastará recordar que —según Kolko [161]— en 1957 las 100 empresas industriales más importantes detentaban cerca de un cuarto de todo el capital de las sociedades no financieras y un décimo del patrimonio total de la nación. Aún más: las 55 sociedades japonesas más importantes —con más de diez mil dependientes— son controladas en la actualidad por ocho bancos privados que a su vez dependen de tres empresas industriales y de otras tres compañías de seguros [162].

En momentos actuales, por consiguiente, el plan de producción y de distribución de la gran empresa a la que hacía referencia Lenin se convierte en el plan de grupo de empresas y, por lo tanto, en *el* plan o *uno* de los planes económicos nacionales [163]. Basta recordar que en 1962 el grupo General Motors-Du Pont-U. S. Rubber vendió por 18 mil millones de dólares, lo que equivale seis veces el valor total de las exportaciones italianas en el mismo período. Pero demos la palabra a D. T. Bazelon (ya abogado de las *corporations* estadounidenses):

El orden societario es un sistema de gobierno *privado*. Pero la palabra «privado» no debe ser entendida en el sentido de propiedad privada o discrecionalidad privada de los individuos. El sistema de la sociedad es privado porque en gran medida está... exento... de la responsabilidad pública. Los jefes del sistema

societario no son elegidos por nadie, y no deben responder ante los representantes electos por el ejercicio de sus poderes más importantes. *El carácter privado de este gobierno privado sirve sobre todo para asegurar su naturaleza autoritaria: no tiene nada que ver con la libre actividad de los individuos, es decir, con lo que habitualmente entendemos por la palabra «privado»* [164].

Si, continúa Bazelon [165], además del balance del gran grupo se consideran sus proveedores y revendedores, sus campañas publicitarias (la General Motors gasta anualmente en este rubro una suma superior en mil millones a lo facturado por FIAT), etc., es fácil advertir que el poder supera notablemente el área de la propiedad. El hecho es que los grandes grupo constituyen centros de poder en torno a los cuales gravitan miles y miles de empresas satélites y de que estas últimas operan en sectores intermedios (comercio al por mayor y al detalle, edificación e industria de servicios) situados entre la gran industria y el público. De tal modo, el gran grupo *organiza* el mercado, lo «engulle» y *lo convierte en dependiente*.

De aquí se deriva que «como centros de poder industrial y financiero, como organizadores del mercado y como órganos generales de gobierno, las grandes sociedades son necesariamente centros de planificación»[166]: poder y planificación se identifican. Y *la finalidad de la producción no es la de producir bienes sino ganancias, de modo que sus dos aspectos más evidentes son la planificación de la rápida obsolescencia de los productos, la determinación de los precios y el control de la tecnología, en sustancia con la planificación de las ganancias*.

Por ejemplo, se dice que la General Motors usa un sistema de «cantidades estándar» para determinar los precios. Desde obtener una ganancia del 20% después del pago de las tasas y calcula el precio para conseguirla a un «ritmo medio previsto de actividad planificada». Esta última ha sido calculada sobre la base del 55% aproximadamente de la capacidad productiva. Las ventas fueron más altas que la cantidad estándar en siete de los ocho años comprendidos entre 1950 y 1958, de modo que la GM obtuvo una ganancia mucho mayor de lo que había calculado... [167].

El resultado es que las 500 sociedades que dominan dos tercios de la industria estadounidense [168] dominan también —como hemos visto— la acumulación de más del 70% del capital empleado en la industria. *En otros términos, el poder privado planifica el ritmo de crecimiento de la riqueza social o, si se prefiere, determina con muchos años de anticipación el futuro de la sociedad y por consiguiente, a través de la venta a crédito y la obsolescencia de los productos, está también en condiciones de descontar el futuro*.

Me parece exacta entonces la observación de Bazelon según la cual el grupo, así como se ha liberado del mercado competitivo de las mercancías, se libera también cada vez más del mercado de capitales. Es banquero de sí mismo y de la mejor manera, a través de los «precios administrativos» que no implican reembolso alguno ni pago de dividendos. La discrecionalidad del gran grupo

tiende a convertirse en absoluta, y se sublima la autorreproducción ampliada del capital.

Pero, en este marco, ¿qué ocurre con el mercado de trabajo? La imagen que se tiende a dar es sobre todo optimista: el mercado de trabajo es organizado por los sindicatos que pugnan por niveles salariales más altos, suministrando así un incentivo al aumento de la productividad. En esencia, el neocapitalismo sería compatible con una eficiente organización sindical de los trabajadores. Sin embargo, existen aquí límites evidentes al poder sindical en el sentido de que este se restringe —en el caso de que tenga éxito— a variaciones en el aumento de los salarios y a modificaciones de las condiciones de trabajo. Y si se recuerda el hecho de que los grandes grupos «administran» directa e indirectamente los precios de los productos, la superficie del poder sindical se reduce ulteriormente.

Se observa al respecto que por ser típica de una economía controlada por los grandes grupos la existencia de un porcentaje elevado de potencial productivo inutilizado, los aumentos salariales pueden dar lugar a un aumento de la producción sin aumento de los precios. Pero aún en esta hipótesis más favorable, el poder de adquisición de los trabajadores depende indiscutiblemente de los planes de las grandes sociedades. Podrá quizás provocar complacencia el hecho de que un éxito sindical determine un cambio en los planes de la patronal, pero ello en nada cambia una realidad en la que la hegemonía permanece sólidamente en manos del capital. Por otra parte el capital tiende a planificar los aumentos salariales previsibles en el marco general de las inversiones productivas a largo plazo no solo a nivel de empresa, sino posiblemente también a nivel general. Me refiero en este caso a la planificación racionalizadora del sistema capitalista por la cual la actividad del sindicato se agota en la discusión sobre los objetivos, quedando luego comprometido «en lo que respecta a los instrumentos y a los medios para realizar los fines» [169].

En definitiva, el mismo sindicato es incluido decididamente en la órbita de los grandes grupo (puesto que en la órbita del sistema ya estaba) y «engullido» a su vez. Como es natural, nada de esto ocurre si el Estado interviene en la fijación de los precios y de las inversiones, o sea, si se opera con el propósito de destruir el sistema. Pero a la luz de la realidad política esta hipótesis tiene tanto valor como la opinión según la cual la justicia distributiva está asegurada por el principio de que los ricos tienen escasas posibilidades de acceder al paraíso. Los sindicatos más avanzados tienen perfecta claridad sobre la esencia del problema cuando señalan que no puede haber programación democrática sin democratización del Estado; por otra parte, cuanto más el Estado entiende «rebus sic stantibus» [estando así las cosas —*N. del E.*] su propia intervención tanto más se aleja de las formas históricas de la democracia parlamentaria y de los ideales de una democracia futura. La enorme cantidad de poder económico que tiende a nuclearse en las manos del Estado moderno, lejos de entrar en colisión con el poder de los grandes grupos privados se integra con este último y adquiere buena parte de su carácter arbitrario por el rol mismo que el Estado capitalista desempeña como factor del desarrollo económico capitalista.

# ANARQUÍA DE LA PRODUCCIÓN Y CONTROL DEL MERCADO

El control del mercado por parte de los grandes grupos debería haber liquidado de hecho la anarquía de la producción e instaurado, al mismo tiempo, la posibilidad de controlar el ciclo económico. En otros términos, el reforzamiento de la concentración habría creado la condición para un desarrollo continuo e ilimitado. En esta segunda posguerra hubo una época en que dirigentes industriales y economistas pensaron seriamente en que tal posibilidad podía realizarse. Pero se trataba de una ilusión disipada rápidamente por los hechos. Un célebre economista norteamericano, Alvin H. Hansen, escribía en 1960:

Estamos atravesando un período de gran desilusión en lo que respecta a la posibilidad de armonizar los distintos objetivos que perseguimos: queremos expansión y desarrollo, pero no nos gusta escuchar de que ellas tienden a crear presiones inflacionistas... Hemos superado felizmente períodos de depresión grave, pero la estructura cíclica de la economía subsiste... [170].

Y el presidente Johnson en su «informe económico» del 20 de enero de 1964 señala entre otras cosas que si bien la economía norteamericana logró éxitos considerables en el período 1961-1963 (¡el producto nacional bruto superó el nivel de los 600 mil millones de dólares!) la desocupación permanece en un 5,5% de la fuerza de trabajo y la utilización de la capacidad productiva en el campo manufacturero gira en torno al 87%, con una pérdida, por lo tanto, de 30 mil millones de dólares en términos de producto nacional bruto [171].

No nos parece lícito afirmar que el neocapitalismo implica el fin de la anarquía de la producción cuando los ritmos de desarrollo de la industria y de la agricultura se diferencian cada vez más, al punto de que esta última —hasta en los EE. UU.— se encuentra en un estado de descomposición crónica, saneado en la medida de lo posible mediante el sistema de subsidios estatales, vale decir, mediante la socialización de las pérdidas. Y un fenómeno análogo —el de la desproporción entre países industrialmente desarrollados y aquellos ligados todavía a economías agrícolas— se reproduce en el campo internacional bajo la forma de caos económico, social y político. Las afirmaciones de Lenin al respecto siguen teniendo hasta ahora plena vigencia:

La supresión de las crisis por los cárteles es una fábula de los economistas burgueses, los cuales ponen todo su empeño en hermostrar el capitalismo. Al revés, el monopolio que se crea en *ciertas* ramas de la industria aumenta y agrava el caos propio de *todo* el sistema de la producción capitalista en su conjunto [172].

Nosotros podríamos decir que el gran grupo predominante en algunas naciones acrecienta e intensifica el caos que es propio del mundo capitalista en su totalidad.

En otros términos, la organización «refinada» del gran grupo permite «engullir» el mercado, pero no puede eliminar su misma razón de ser, la realización de la ganancia y *no* la satisfacción de las necesidades, la reproducción ampliada del capital y *no* la satisfacción de la demanda. Para usar las palabras de Marx, «como la finalidad del capital no es satisfacer necesidades, sino producir ganancias y como solo puede lograr esta finalidad mediante métodos que ajustan la masa de lo producido a la escala de la producción, y no a la inversa, tienen que surgir constante y necesariamente disonancias entre las proporciones limitadas del consumo sobre base capitalista y una producción que tiende constantemente a rebasar este límite inmanente».

Todo ello, continúa Marx, no depende de la ausencia de recíproca proporcionalidad entre las distintas ramas de la producción y ni siquiera de que se produzca *demasiada riqueza*, sino del hecho de que «se produce periódicamente *demasiada riqueza bajo sus formas capitalistas*, antagónicas» [173]. Por otra parte hasta la teoría económica moderna ha llegado desde hace tiempo, siguiendo a Keynes, a la conclusión análoga de que no existe un nexo necesario entre el aumento de la producción y el aumento de la demanda.

En este último ventenio los fenómenos de «recesión» no faltaron, por cierto, pero es necesario reconocer que fueron en general contenidos y prontamente reabsorbidos en el proceso de expansión cuyos ritmos de aumento, por lo demás resultan considerables. En otros términos, el ciclo continúa manifestándose aunque sin conducir al colapso de la crisis de 1929. No existe colapso y ni siquiera un país como los EE. UU. el porcentaje de desocupación supera como promedio el 5%, la inflación es una amenaza constante y el potencial productivo no explotado es considerable. No hay colapso y sin embargo permanecen los movimientos cíclicos, lo que crea preocupaciones no pequeñas para el futuro, cuando se haga sentir el peso de los «enormes recursos productivos liberados por la automatización y por la energía atómica» [174].

Esta constatación comporta frecuentemente dos tipos de conclusiones, ambas inconsistentes. El primero, optimista, juzga que gracias a la buena voluntad conjunta de gobiernos, partidos y sindicatos la naturaleza cíclica del proceso económico puede ser reducida al punto de desaparecer o de volver imposible el colapso; el segundo tipo, pesimista en lo que respecta al sistema capitalista y falsamente optimista por el futuro del socialismo, piensa que la crisis ha sido solo postergada y que, antes o después, estallará. La inconsistencia de la primera conclusión reside en el presupuesto arbitrario de que la lógica de la reproducción del capital corresponde solo a las empresas. La inconsistencia de la segunda reside en no hacer ningún esfuerzo por analizar los nuevos elementos aparecidos en el capitalismo; por consiguiente, afronta el problema de un modo totalmente abstracto, sin valorar las condiciones reales en las que la crisis se torna posible.



## LA INSTITUCIONALIZACIÓN DEL DERROCHE

La expansión posbélica del capitalismo norteamericano (que constituye como es obvio un buen ejemplo) aparece ligada en sus grandes líneas, a tres grandes grupos de factores, sin contar la posición hegemónica de los EE. UU.:

1) el «hambre» de bienes de consumo y de medios de producción en el mundo empobrecido por la guerra;

2) la «lluvia» de innovaciones tecnológicas;

3) la adopción de políticas de sostén de la demanda;

El primer factor —como el del *boom* posbélico de la demanda de bienes de consumo en el mercado interno norteamericano, factor que aquí no consideramos— se ha agotado desde hace tiempo y quizás pueda volver a desempeñar un rol a través de las ayudas a los países subdesarrollados. Sin embargo, dicho factor puede ser reducido fácilmente, al igual que los otros dos, a un único factor general: la política de gastos públicos [175], como resulta evidente si se tiene presente el ejemplo del plan Marshall. En 1929 los gastos públicos de los EE. UU. eran de 10,4 mil millones de dólares, las inversiones privadas brutas de 16,2 mil millones mientras que el producto nacional bruto era aproximadamente de 100 mil millones. En 1959 los gastos públicos alcanzaron los 132 mil millones, las inversiones privadas 70 mil millones y el producto nacional 480 mil millones de dólares [176]. En 1962 las cifras alcanzadas fueron respectivamente: 168,5, 79 y 555 mil millones [177].

En otros términos, la incidencia del gasto público sobre el producto nacional, que oscilaba alrededor del 9-10% antes del New Deal, ascendió en los últimos tiempos al 30,5, mientras que las inversiones privadas brutas, que en un tiempo *superaban* al gasto público casi en un 60%, equivalente hoy a la *mitad* de este último. No se equivoca A. H. Hansen cuando señala que estas cifras y sus relaciones dan la medida del «proceso revolucionario verificado en nuestra economía en lo que respecta a la función gubernativa. Y no es todo, ya que las cifras indicadas no tienen en cuenta la función de garantía y de seguridad que cumple el gobierno, por ejemplo, al garantizar los depósitos bancarios, en el seguro provisto a través de la FHA sobre las hipotecas inmobiliarias, etc» [178].

Además, si se descompone el gasto público de 1962 se encuentra que 109,8 mil millones corresponden al gasto del Estado y 58,7 mil millones al de los entes locales: de la primera suma gastada por el Estado, 53,3 mil millones son asignados a la defensa, es decir, mucho más de lo gastado a escala nacional en nuevas construcciones o en instalaciones e implementos. En esencia, los gastos de defensa constituyen el 9,6% del gasto nacional bruto, un poco menos de aquel 10,2% que Shigeto Tsuru había señalado para el año 1956 [179]. Queda confirmada así rotundamente la conclusión del economista japonés: la prosperidad (ganancias elevadas) de la economía norteamericana produciría lógicamente las condiciones de la depresión, o esa, la insuficiencia de la de-

manda efectiva, si esta última no fuera complementada por el gasto público y, en particular, por los gastos militares en la medida en que son *gastos inútiles*.

El motivo por el cual el capital privado no se opone a los gigantescos gastos militares es que tales productos, al mismo tiempo que les dan la gran ventaja de un mercado seguro, en realidad desaparecen del proceso de reproducción y no entran de ningún modo en competencia con las mercancías presentadas por ellos al mercado como «algo que hay que vender». En otras palabras, *cuanto más gasta el Estado su dinero en cosas inútiles, en el sentido de que no contribuyen al proceso de reproducción, tanto mejor se encuentra la economía capitalista que sufre las dolorosas consecuencias de la falta de «contrapesos al ahorro»* [180].

Si a los gastos para la defensa —continúa S. Tsuru— se agregan la política de rápida obsolescencia de los productos y los gastos inútiles inherentes a muchas ramas de servicios en los Estados Unidos, en particular los más de 10 mil millones de dólares absorbidos anualmente por la publicidad, es necesario reconocer que en los Estados Unidos *el derroche tiende a ser racionalizado e institucionalizado*, con vistas a su función en favor de la prosperidad.

En definitiva, me parece que se puede afirmar que en el país capitalista más potente del mundo la planificación de los grupos pasa a ser lógicamente integrada no solo desde el punto de vista del proceso de acumulación y concentración de la parte del gasto público orientada (de manera por completo insuficiente) a las infraestructuras, sino también, en lo que concierne a la demanda efectiva, por la parte que concurre a la institucionalización del derroche.

Los 53 mil millones de dólares ascienden a 33 000 billones de liras: el hecho de que en 1962 la renta nacional bruta italiana haya sido de 23 600 billones de una idea de la impotencia de la cifra, pero permite además observar que de tal modo la crisis de superproducción es en cierto modo frenada y normalizada porque permanece en el interior del sistema como *parte constitutiva permanente*, en estado endémico: precisamente como derroche institucionalizado.

En consecuencia, *la economía norteamericana* —en cuanto representativa del capitalismo más reciente— *lleva en su propio seno todos los elementos de una profunda distorsión cuyo manifestarse puede trascender cualquier otra crisis hasta aquí conocida bajo la forma de la bancarrota general de la sociedad y del conflicto atómico*. A este respecto, la ausencia en los Estados Unidos de un movimiento obrero serio aparece como una fractura mucho mayor que la falta de integración racial. Y los errores cometidos en el pasado por la Internacional y por el Partido Comunista norteamericano adquieren, en perspectiva, un relieve impresionante. Por otra parte, el movimiento obrero internacional aparece hoy demasiado empeñado en general en contraponer al universalismo caótico de la expansión capitalista sus propias determinaciones particulares —no privadas a su vez de confusión por la tendencia a sustituir los problemas del socialismo por los problemas del desarrollo económico (industrialización)— como para dedicarse de manera continua al verdadero problema central de nuestro tiempo, es decir, a la posibilidad de que la clase obrera pueda cumplir su función en los países capitalistas avanzados y, ade-

más, al análisis de la naturaleza del Estado y del poder en el mundo socialista [181]. En efecto, no vemos quién, en ausencia de una clase obrera fuertemente politizada, pueda hoy afrontar y llevar a buen puerto aquella conversión de los gastos públicos auspiciada por los intelectuales «liberales» norteamericanos, que significaría destinar a fines pacíficos y «sociales» una suma suficiente para mantener a Italia en condiciones de *rentier* y a un nivel económico sensiblemente superior al actual.

## LA SOCIALIZACIÓN DE CONJUNTO

Si es exacta la tesis aquí expuesta de que el proceso de acumulación y concentración del capital exige hoy un grado creciente de intervención pública, se confirmaría también la conclusión de que el vínculo entre los grandes grupos y el Estado se reduce en última instancia a la subordinación del segundo, a su cada vez mayor instrumentalización funcional a los fines de la estabilidad y del crecimiento del sistema. Y los hechos demuestran que una relación distinta basada en la hegemonía liberalizante del Estado pertenece al reino del deber ser antes que al del ser. Por otra parte, hasta la afirmación más aparentemente realista de Galbraith [182] de que el Estado y los sindicatos ejercerían en EE. UU. (y solo en los EE. UU., precisa el mismo Galbraith) una acción contrabalancadora frente a los grandes grupos, se demuestra bastante optimista a la luz de la investigación realizada por C. Wright Mills sobre la élite del poder [183], investigación que ilustra justamente la identidad sustancial del poder económico con el poder político en los Estados Unidos [184].

De igual modo, la definición de la relación capital-Estado en términos de subordinación de este último es una generalización, indudablemente útil, pero no por ello menos abstracta. En primer lugar, es evidente que el término «capital» es a su vez una abstracción y que la realidad está hecha de capitales *individuales*, colocados en sectores económicos muy definidos. En segundo lugar, la importancia relativa de los distintos sectores —y por lo tanto, de los distintos capitales— es históricamente variable. Esto significa que el liderazgo económico es usufructuado por los capitales que operan en los sectores claves, siendo estos últimos aquellos decisivos a los fines del proceso *general* de expansión del capitalismo o, simplemente, aquellos que ocupan una posición hegemónica a escala *nacional*. Finalmente, los cambios en la estructura económica derivados del pasaje de la hegemonía de un sector a otro son «naturales» solo hacia cierta fase de la historia del capitalismo. La espontaneidad del proceso decrece en relación con el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y de la extensión de la concentración y centralización de los capitales, tanto debido a la resistencia conservadora de los monopolios, como, por el contrario, a causa de los efectos globales que provocan en la sociedad los cambios de liderazgo.

La superación de las resistencias a lo «nuevo» y, al mismo tiempo, la necesidad de afrontar las consecuencias que lo «nuevo» determina, hacen que el

Estado en el momento mismo en que se pone al servicio del *ala dinámica* del capitalismo (y, por lo tanto, de *algunos* grupos monopolistas antes que de *todos* los grupos), libere y realice las formas del proceso de *conjunto* de la economía: la eliminación de posiciones monopolistas anticuadas que obstaculizan el desarrollo mediante el recurso de la nacionalización, la creación *ex novo* o el potenciamiento de sectores fundamentales, las intervenciones para frenar o limitar las secuelas de la industrialización y del urbanismo, requieren una concentración gigantesca de medios en manos del Estado y una supresión del capital como propiedad privada, pero no como modo de producción, a escala enormemente más vasta de cuanto puedan hacerlo los grandes grupos monopolistas.

A este respecto, en la medida en que el Estado asume la función de factor principal del desarrollo, tiende también a configurarse como *conciencia del capital en su conjunto*, a planificar su porvenir. De aquí deriva la modificación progresiva de las estructuras del Estado, su tendencia a tecnificarse, a reforzar el poder detentado por la burocracia y el Ejecutivo, a vaciar de contenido las formas tradicionales de la democracia burguesa. Vale decir, el Estado se apresta a adecuarse a su base real constituida por la organización y la concentración de los grandes grupos.

Pero el rol del Estado como conciencia del capital está caracterizado además por la inadecuación de dicha conciencia precisamente porque ella se expresa a través de la asunción de los intereses de una parte específica de los capitalistas y en la medida en que esta parte constituye efectivamente el eje del proceso de desarrollo. Es, por lo tanto, una conciencia *parcial* cuya importancia «universal» solo se manifiesta cuando maduran las condiciones objetivas que hacen posible la elección. Y de todos modos la elección, una vez hecha, no logra liberarse de los elementos de espontaneidad y de unilateralidad que las condiciones objetivas determinan: el desarrollo económico, en el momento mismo en que compromete a la totalidad de la economía, acentúa y agrava los desequilibrios. En consecuencia, la acción del Estado como conciencia de conjunto se manifiesta *a posteriori*, o sea, como corrección y ajuste cuya importancia queda limitada por el hecho de que la nueva realidad se ha consolidado en gran medida. Suponiendo que el Estado capitalista llegue, en un futuro por ahora lejano, a realizar planes económicos capaces de prede-terminar procesos de conjunto equilibrados, la inadecuación de su función de conciencia del capitalista colectivo volvería a manifestarse precisamente como consecuencia de su misma función (véase lo dicho en el apartado «Anarquía de la producción y control de mercado»).

Pero lo que aquí deseamos recalcar, en una primera aproximación, es el hecho de que la extensión de la socialización, al tener como equivalente un grado creciente de concentración y de arbitrariedad del poder, expresión a su vez de la naturaleza de necesidad ciega de la reproducción capitalista, no puede dejar de entrar cada vez más en contradicción con su propia forma. Y la revolución industrial en curso acentuará fatalmente esta contradicción.

Sería ilusorio entonces confiar —aún desde este ángulo— en la evolución natural del capitalismo hacia el socialismo gracias al proceso objetivo de so-

cialización. Este último, precisamente en cuanto proceso objetivo, se mueve en una dirección que es exactamente lo opuesto de una sociedad de libres productores asociados, avanza hacia un despotismo agravado por el mismo desarrollo de la tecnología. Por consiguiente, no es a la conciencia «inadecuada» del Estado capitalista sino a aquella que compete a la clase obrera a la que forzosamente hay que prestar atención.

Pero parece claro así lo incompleto del análisis que estamos realizando. Por una parte, porque no se tuvo en cuenta el rol que desempeña de hecho la clase obrera, por la otra, porque no se analizaron las modificaciones profundas que el capitalismo moderno ha determinado y sigue determinando en las estructuras sociales. La primera omisión se justifica en parte por la multiplicidad y la diversidad de niveles en que se ubica en cada país la acción de la clase obrera. Además no creo que sea posible colmar tal laguna sin haberse planteado previamente el problema de los cambios sociales. ¿Se puede hablar de una «nueva» clase obrera? ¿Cómo se encuadra la expansión de la capa de empleados? ¿El concepto de burguesía requiere una revisión?

Pero el propósito de estas notas, como ya se dijo, era solo el de comenzar a suscitar un limitado grupo de problemas. Hay otros aspectos del capitalismo modernos que deben ser considerados, como, por ejemplo, los mencionados por V. Parlato, o también las cuestiones de ninguna manera simples derivada del *modo* en que se desenvuelven los países socialistas y la naturaleza de las luchas de liberación nacional y de los regímenes surgidos de ellas. Aunque no se refieran intrínsecamente al mundo capitalistas, afectan a su modo de ser y lo condicionan. Próximamente trataremos de abordar tanto uno como otro grupo de problemas.

**HAMZA ALAVI**

# VIEJO Y NUEVO IMPERIALISMO

## I

«El imperialismo anuncia el advenimiento de la revolución socialista» escribía Lenin en una época en que los corazones de los revolucionarios estaban llenos de la visión apocalíptica de una transformación social que debía seguir a la desintegración del capitalismo agonizante. El capitalismo de los monopolios iba hacia los estertores de su crisis general; el imperialismo era la fase suprema de su evolución. Los movimientos de liberación nacional en los territorios coloniales constituían un factor importante del proceso revolucionario, ya que socavaban las posiciones del imperialismo y agravaban sus contradicciones.

Desde Lenin los combates de los movimientos de liberación nacional en los territorios coloniales han conducido a la conquista de la independencia, al menos de la independencia formal y a la liquidación de la dominación directa. Al mismo tiempo, ha surgido un grupo de Estados socialistas que se sitúa sin equívocos fuera de la órbita imperialista. Han pasado veinte años desde que comenzó, después de la última guerra, la liberación a escala mundial de los territorios coloniales. Si esta evolución significa el fin de la dominación colonial directa, la crisis final que debía marcar el fin del capitalismo monopolista y anunciar la era del socialismo todavía no se ha verificado.

Se plantean dos órdenes de problemas. En primer lugar, ¿en qué medida la expansión imperialista ha contribuido a mantener la dinámica capitalista? ¿En qué ha sido afectada por el acceso de los pueblos coloniales a la independencia? Si la expansión colonial cumple una función necesaria en el proceso de desarrollo capitalista en virtud de las salidas que ofrece a los excedentes de capital —medio que permite conjugar la ineludible «crisis de realización»—, el acceso de los territorios coloniales a la independencia ¿debe automáticamente provocar una interrupción brusca de la economía de los países metropolitanos? Las potencias imperialistas, ¿han encontrado el modo de reconquistar su vitalidad y salvaguardar sus propios intereses económicos al anular la independencia recientemente adquirida por los antiguos territorios coloniales? O todavía más, ¿el capitalismo monopolista ha encontrado una dinámica nueva que le permita continuar funcionando aunque la posibilidad de expansión colonial le esté vedada?

Estos problemas, que se refieren a las condiciones de la crisis general del capitalismo, son esenciales para el estudio de la estrategia de la revolución socialista en los países metropolitanos.

Pero este problema se puede considerar también desde el ángulo de los nuevos Estados que deben hoy emprender la transformación de su economía de tipo colonial. ¿Cuál es la realidad de este *tercer mundo* del que se supone que ellos forman parte? ¿Qué tipo de relaciones se han instituido entre las potencias imperialistas y los nuevos Estados? ¿Las viejas relaciones entre explotadores y explotados, entre el imperialismo y los habitantes de esos países, han cedido su lugar a una nueva era de cooperación, o la ayuda es prestada y administrada según métodos apropiados para favorecer el desarrollo económico de las antiguas colonias? ¿Qué finalidades estrictas persigue el capitalismo monopolista de los países avanzados al tratar con esos países y qué medios utiliza?

Examinaremos algunos aspectos del debate sobre el imperialismo y el capitalismo contemporáneo que se han revelado en el curso de los últimos diez años, y las preguntas formuladas serán estudiadas bajo la doble luz de ese debate y de la situación actual. Hoy, sin embargo, el debate puede ser tratado bajo otro aspecto totalmente distinto. Ha sido estimulado ante todo por el hecho de que, a pesar de ciertas crisis menores, la gran crisis económica —por todos esperada inmediatamente después de la última guerra— no se ha producido. En segundo lugar, hubo un desafío lanzado por los defensores del capitalismo que afirmaban que una revolución social y tecnológica había transformado la naturaleza de ese sistema. Es paradójal el hecho de que a pesar de que este debate se desarrolló a la luz de la revolución colonial en pleno crecimiento, el papel del imperialismo o la importancia de su liquidación fueron apenas planteados.

No obstante, es necesario comprender sobre todo que este debate se ha desarrollado en el clima intelectual de la Guerra Fría y que lleva su impronta. Hoy los cambios acontecidos en la situación mundial y, más precisamente, la gran confrontación abierta en el seno mismo del movimiento comunista internacional han contribuido a situar esas preguntas en un contexto totalmente distinto.

El fondo del problema consiste en apreciar las condiciones objetivas que deben determinar la estrategia de los movimientos socialistas. La tarea de dichos movimientos se reduciría a fin de cuentas a la simple espera de la maduración de las condiciones objetivas si se estima que el crecimiento de las fuerzas objetivas —la agravación de la rivalidad interimperialista, la erosión de las bases del imperialismo consecutivo a la victoria de los movimientos de liberación nacional, la exasperación de las contradicciones internas del desarrollo capitalista— provocará ineluctablemente, tarde o temprano, su caída dramática. Pero la tarea de los movimientos socialistas aparecería a la vez como inmediata e imperiosa si se admitiera que la crisis del capitalismo, tal como es, está ya en curso: no una caída dramática, sino una lenta deriva hacia el estancamiento, enmarcado por la concentración cada vez más notable del



poder de los monopolios en los países metropolitanos y el retorno de la expansión de los monopolios en los países de ultramar.

## II

Antes de examinar las obras contemporáneas relativas a ese problema, nos parece útil subrayar ciertos elementos de la teoría leninista. La base teórica para el análisis del imperialismo propuesta por Lenin es la teoría de Marx sobre la crisis de reproducción y de «realización». La piedra angular de esta teoría es el problema de la salida de los excedentes de capital que aumentan rápidamente, dado el desequilibrio creciente —inherente al sistema capitalista— entre las fuerzas productivas en expansión y el consumo limitado. Lenin ha examinado el capitalismo en una nueva fase histórica: la del capitalismo monopolista, que ha sucedido a la fase de libre competencia estudiada por Marx.

En esta nueva etapa histórica, sin embargo, el problema esencial seguía siendo el de la salida del excedente de capitales en crecimiento. Lenin hacía observar que la exportación de capitales, que era un aspecto característico de esta nueva etapa, ofrecía ahora una salida al capital excedente y acordaba al capitalismo un respiro temporario retardando el momento en que sus contradicciones llegadas a su madurez provocaran la crisis. El poco espacio que Lenin concede a este problema en su capítulo relativo a la exportación de capitales no disminuye en nada la importancia crucial del problema para la teoría de la crisis. Lenin escribía:

Se produjo un enorme «excedente de capital» en los países avanzados... Es claro que si el capitalismo hubiera podido desarrollar la agricultura... si hubiera podido elevar el nivel de vida de las masas... no habría motivo para hablar de un excedente de capital... La necesidad de la exportación de capitales obedece al hecho de que en algunos países el capitalismo «ha madurado excesivamente» y el capital... no dispone de campo para su colocación «lucrativa» [185].

Según Lenin, el imperialismo [186], era la dominación del capital financiero.

El capital financiero —decía— tiende sus redes, en el sentido textual de la palabra, en todos los países del mundo.

En su polémica con Kautsky, Lenin señalaba que

lo característico del imperialismo es precisamente la tendencia a la anexión, *no solo* de las regiones agrarias, sino incluso de las más industriales (apetitos alemanes respecto de Bélgica, de los franceses en cuanto a Lorena), pues, en primer lugar, la división ya terminada del globo obliga a proceder *a un nuevo reparto*, a alargar la mano hacia *toda clase* de territorios; en segundo lugar, para

el imperialismo es sustancial la rivalidad de varias grandes potencias en sus aspiraciones a la hegemonía, esto es, a apoderarse de territorios, no tanto directamente para sí, como para debilitar al adversario y quebrantar *su hegemonía* [187].

Era claro entonces que la expansión estaba dirigida principalmente hacia los «países atrasados», donde la posibilidad de exportar capitales era particularmente atrayente en razón del nivel elevado de las ganancias debido a la escasez de capitales, al bajo costo de la tierra y de las materias primas, y al bajo nivel de los salarios.

Se pueden distinguir aquí tres cuestiones ligadas a la teoría leninista del imperialismo. En primer lugar, se debe considerar el papel de la exportación de capitales en tanto salida del capital excedente acumulado en el marco de una economía metropolitana y que retarda así la crisis de «realización».

Para tratar esta cuestión, hay que examinar las condiciones de desarrollo de los países capitalistas avanzados y las diversas salidas que se ofrecen a la masa del capital acumulado. ¿La exportación de capitales es la única salida posible? Veinte años antes de escribir su libro sobre el imperialismo, Lenin había iniciado con los populistas una polémica que se instalaba precisamente en el problema de la posibilidad de «la expansión interior del capitalismo» [188]. El desarrollo del mercado interior, observaba, es posible a pesar del consumo limitado de las masas (o a pesar de la ausencia de salidas exteriores) porque para desarrollar la producción (para «acumular» en el sentido cabal del término) es necesario ante todo producir los medios de producción y, con ese fin, desarrollar el sector de la producción social que fabrica los medios de producción. En consecuencia, hay que *atraer a ese sector* a los trabajadores que crean entonces una demanda para los artículos de consumo. Resulta así que «el consumo» se desarrolla *después* de la «acumulación» [189]. De este modo, indica Lenin, la plusvalía acumulada podría ser absorbida hasta cierto punto, gracias a la expansión relativa del sector productor de los medios de producción. Pero para el capitalismo esto sería solo provisorio ya que, en última instancia, la expansión de la capacidad de producción no puede proseguir sino sobre una base restringida de consumo. Sin embargo, se comprueba aquí que Lenin entrevió dos alternativas posibles de expansión capitalista: la expansión interior a través de la expansión relativa del sector que produce los medios de producción, y la expansión exterior a través de la exportación de capitales.

La segunda cuestión, que no debe confundirse con la anterior, es la de la fuerza motriz que impulsa a la expansión exterior del capitalismo. La teoría leninista reconoce aquí dos elementos: uno es el crecimiento del capitalismo monopolista y su carrera por la hegemonía. El otro es la diferencia entre la tasa de ganancia obtenida en la metrópolis y el atractivo de una tasa muy superior garantizada por la explotación colonial. En la tesis de Lenin estos dos factores se combinan para dar nacimiento a una fuerza poderosa que tiende a la expansión de ultramar. La cuestión reside en saber si existen siempre los mismos motivos para la exportación de capitales. Hay que preguntarse igual-

mente si el capitalismo monopolista ha elaborado nuevas formas de expansión de ultramar y juzgar la importancia relativa de esas nuevas formas respecto de la exportación de capitales. Esto constituye el objeto del apartado V de nuestro estudio.

En tercer lugar, está el problema de la naturaleza parasitaria del imperialismo y del papel del «tributo» impuesto por la explotación colonial en tanto soporte de la prosperidad del país metropolitano. Lenin no examinaba a fondo las consecuencias de la repatriación de la plusvalía extraída en los países coloniales *que se agrega a la plusvalía ya acumulada en los países metropolitanos* y para la que hay que encontrar una salida. Teóricamente, cuanto mayor es el «tributo», más grande es la dificultad que se les crea a ese respecto a los países metropolitanos. Toda estimación de las incidencias de la exportación de capitales debe hoy tener en cuenta las consecuencias de la reimportación de las utilidades obtenidas en las colonias. Además, ocurre con frecuencia que el ingreso corriente que proviene de las inversiones de ultramar supera ampliamente el monto de las exportaciones de capitales para las inversiones en el extranjero.

Sin embargo, los autores modernos no han abordado el problema del «tributo» colonial desde este punto de vista. Palme Dutt examina el papel de ese «tributo» en la prosperidad de Gran Bretaña e identifica lo que considera la crisis británica con una caída brutal de ese «tributo» [190]. Barratt Brown critica a Palme Dutt al respecto y sostiene que en los años de posguerra los ingresos provenientes de ultramar *«alcanzaron apenas el nivel de los años treinta, años en los que Gran Bretaña estaba muy lejos de la prosperidad»*. En realidad, toda la polémica entre Palme Dutt y Barratt Brown puede reducirse al hecho de que el primero ve en la situación de posguerra un período de crisis imputable a una reducción del monto del «tributo» colonial, mientras que el segundo considera este período como una fase de prosperidad basada en los factores nacionales de crecimiento, en comparación con los cuales el monto de los ingresos de ultramar es insignificante.

Barratt Brown señala que, deducida la remuneración de los capitales extranjeros invertidos en Gran Bretaña, el ingreso proveniente de los países de ultramar era apenas superior al uno por ciento del producto nacional. Es difícil entonces aceptar que este ingreso haya sido la base de la prosperidad británica después de la Segunda Guerra Mundial. En todo caso, la base sobre la que Barratt Brown calcula el monto del «tributo» y evalúa su importancia para Gran Bretaña, es decir, el ingreso neto de las inversiones exteriores como porcentaje del producto neto nacional suscita algunas objeciones. Ante todo, es preciso considerar el ingreso bruto de la inversión exterior y no una cifra obtenida mediante la deducción de los pagos en favor de las inversiones extranjeras en Gran Bretaña, ya que este pasivo existe independientemente de la inversión exterior británica. Si el ingreso de las inversiones de ultramar, en sentido inverso, ha ayudado a Gran Bretaña a hacer frente a sus compromisos, esto se refiere al papel que desempeñaron en la economía nacional los ingresos provenientes de las colonias. En segundo lugar, como lo demostraremos en el apartado V, la transferencia de las ganancias y dividendos provenientes

del exterior representan una parte solamente de los beneficios extraídos de las inversiones de ultramar. Fundamentalmente por razones de índole fiscal, una parte del ingreso obtenido del exterior es «gastada» en el lugar, en el concepto de gastos de representación, de comisiones, *royalties*, etc., y figura en el balance de pagos en el rubro de pagos por «servicios». Es necesario tener en cuenta también que una parte considerable de las ganancias retorna a la metrópolis bajo la forma de ganancia monopolista realizada sobre el valor de las mercancías vendidas en el exterior en condiciones particulares, como se verá igualmente en el apartado V. Así, también la cifra correspondiente al ingreso bruto de las inversiones daría lugar a una subestimación del valor real de ese ingreso. En tercer lugar, se debe considerar el ingreso de las inversiones de ultramar como un complemento del excedente disponible acumulado en la metrópolis; sería entonces más indicado compararlo con la inversión interior neta antes que con el ingreso nacional global.

De las cifras suministradas por Barratt Brown surge que en los años de posguerra el ingreso bruto de las inversiones de ultramar ha sido del 3,3% al 4% del producto nacional global y al 6-10% de la inversión interior neta. Por lo tanto, el ingreso de la inversión de ultramar representa en Gran Bretaña una parte de ningún modo despreciable del excedente disponible para la acumulación de capital, inmenso aunque se base en una cifra que nosotros consideramos una subestimación de la magnitud real del excedente proveniente de los países de ultramar. La importancia de este flujo de ingresos proveniente de las inversiones de ultramar es mayor todavía para los países subdesarrollados de ultramar de donde se extraen esos ingresos. Para no hablar de los países extremadamente pobres del África, en los que la mayor parte del excedente proviene de un sector de la economía dominado totalmente por el capital extranjero, tomemos como ejemplo el caso de la India, que se puede considerar como la excolonia más emancipada de la tutela del capital extranjero. De la India, el capital extranjero no retira menos de un cuarto del total de las ganancias realizadas en el sector capitalista privado, como lo veremos más ampliamente en el apartado V. En fin, de las cifras suministradas por Barratt Brown [191] resulta que el porcentaje máximo de la inversión exterior neta en relación al producto nacional ha sido del 1,2% en el período 1948-1949; en otros términos, las exportaciones de capitales representaban una fracción solamente del ingreso obtenido de los países de ultramar.

De los tres puntos considerados aquí examinaremos sobre todo el primero, el relativo a la función de la exportación de capital como salida para el excedente acumulado en la economía metropolitana, y la tesis sobre el derrumbamiento del sistema. El último problema —sobre la amplitud del «tributo» impuesto a los países de ultramar— nos remite al punto primero en la medida en que los reflujos de capital, correspondientes al «tributo», deben ser balanceados con las salidas correspondientes a la exportación de capitales, si se quiere valorar su efecto neto respecto a la cuestión de la utilización del excedente. El segundo punto, relativo al problema de la recuperación de la expansión de los países de ultramar será examinado en la sección quinta.

### III

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, dos autores han abordado el tema del imperialismo desde el punto de vista del papel de la exportación de capitales como soporte de la dinámica del desarrollo capitalista. Por una parte, John Strachey estima que la exportación de capitales no tiene nada que ver con la dinámica del capitalismo contemporáneo y que, en consecuencia, no hay más motivos para la expansión al exterior. Víctor Perlo, por el contrario, considera la exportación de capitales como un factor primordial que ha permitido al hipertrófico capitalismo americano continuar funcionando. Michael Brown rechaza estas dos posiciones y pone en duda la validez del «análisis de Hobson» (y en consecuencia, de Lenin),

quien consideraba que el imperialismo era función de las inversiones de ultramar, y esta última función a su vez de la declinación de las posibilidades de inversiones en el interior, causada por la falta de poder adquisitivo de las masas... Ni el fin del imperio, ni la parte de los salarios en el ingreso nacional han puesto término a las inversiones de ultramar [192].

Victor Perlo expone la posición ortodoxa al escribir:

Es en los Estados Unidos, el más poderoso de los países capitalistas, donde los factores inherentes a la decadencia imperialista se manifiestan de la manera más brutal. Si las inversiones americanas en el exterior se han acrecentado desde 1930, el aparato productivo y sobre todo las ganancias de los monopolios gigantes, se han desarrollado más rápidamente todavía... Paralelamente, el mercado interno, inflado por el desarrollo producido durante la Segunda Guerra Mundial, ha cesado de desarrollarse y tiende a contraerse. La presión del excedente de capital disponible para la exportación es *incomparablemente mayor* que aquella de la que hablaban, hace cincuenta años, Hobson y el senador Beveridge [193].

Los datos propuestos por Perlo no parecen, sin embargo, apuntalar esta opinión. Él indica que la inversión exterior privada de los EE. UU. ha pasado de los 17 mil millones de dólares en 1930 a 19 mil millones en 1949, o sea un aumento de solo dos mil millones, cifra muy exigua comparada con el aumento de 14 mil millones de dólares registrado en el período precedente, de 1919 a 1930. Es muy difícil sostener, sobre la base de estas cifras, la tesis de un *crecimiento de las tasas* de las inversiones privadas en el exterior.

En la posguerra, sin embargo, los capitales exportados por cuenta del gobierno de los Estados Unidos han aumentado en enormes proporciones y es necesario agregar esas cifras a la de la inversión privada si se desea obtener el monto total de las inversiones en el extranjero. Según Perlo, el gobierno de los EE. UU. detenta 14 mil millones de dólares de inversiones en el extranje-

ro, pero en ausencia de todo dato complementario sobre esa cifra y sobre la fuente de la que fue obtenida, es imposible saber lo que encubre exactamente. De acuerdo con un estudio de la balanza de pagos de los Estados Unidos efectuado por el Departamento de comercio, el monto neto de la ayuda acordada por el Gobierno de los EE. UU. y el monto de las exportaciones de capitales a título gubernamental ha sido de 21 346 millones de dólares, de 1946 a 1949 inclusive. Pero este era un período excepcional para tales transacciones y en los años que siguieron, su volumen se ha visto reducido a menos de la mitad de la cifra arriba citada.

Sin embargo, para ubicar este problema en su justa perspectiva, será útil comparar la importancia de las exportaciones de capitales con las otras soluciones practicadas estos últimos años para utilizar el excedente disponible. Según un estudio de R. A. Gordon [194], que trata del período 1929-1951, el porcentaje de las inversiones en el extranjero con relación al producto nacional bruto no ha pasado del 1% sino en el curso de los años 1938-1940 (cuando alcanzó el 2,2%) y 1946-1947 (cuando alcanzó el 3,8%).

En los años sucesivos esta proporción estuvo por debajo de la cuota del 1%. En comparación, desde fines de la Segunda Guerra Mundial, la inversión privada interna bruta ha variado entre el 13 y el 18% del ingreso nacional, mientras que los gastos públicos han representado del 12 al 19% y los gastos de consumo del 62 al 70% de ese ingreso. Es claro que las variaciones registradas en el monto de la inversión interior y los gastos públicos han sido para la economía americana factores mucho más importantes que la inversión en el extranjero, la que, en este *contexto*, puede considerarse como un factor de escasa importancia.

Además, es necesario tener en cuenta, por un lado, el flujo de los capitales que salen de los Estados Unidos y están destinados a la inversión extranjera, y por otro lado las entradas de los fondos que representan el excedente de los capitales americanos en el exterior, que se agrega a los excedentes ya disponible en el mercado interno de los Estados Unidos. Según un estudio publicado por las Naciones Unidas [195].

el monto de los beneficios y de los dividendos reimportados por las empresas americanas en el extranjero es a menudo igual y a veces superior a las salidas de los americanos destinados a las inversiones directas.

De hecho, esto es lo que se extrae del balance de pagos de los Estados Unidos durante el período 1950-1960 (inclusive): frente a una salida de 20 mil millones de dólares a título de inversión exterior privada y de 23 mil millones de dólares de fondos públicos, existe un reflujo de 19 mil millones de dólares constituido por inversiones extranjeras a largo y corto plazo y 25 mil millones de dólares que representan el producto de las inversiones americanas en el extranjero. Por las razones precedentemente indicadas, el monto del ingreso de las inversiones extranjeras es subestimado con relación al valor real de los ingresos obtenidos, gracias también a las operaciones comerciales en el extranjero. En consecuencia, si se considera el problema en su conjunto, es

forzoso constatar que las salidas de medios financieros por las exportaciones de capital son anuladas por el reingreso de otros capitales.

Las observaciones de Palme Dutt relativas a la recuperación de las exportaciones de capitales por Gran Bretaña, desde el fin de la guerra, merecen ser tomadas en cuenta, ya que aclaran muy significativamente la situación existente en la inmediata posguerra y nos permiten comprender las razones de esta exportación de capitales.

En los años que siguieron a la guerra, escribía, la política británica se ha fijado como principal objetivo la reanudación de la exportación de capitales, la reconstitución de la acumulación de capitales británicos de ultramar, *aún al precio de una penuria de capitales en la metrópolis* (subrayado por mí —H. A). Durante cinco años, de 1947 a 1951 inclusive, el monto de las nuevas inversiones efectuadas por Gran Bretaña en los países de la zona de la esterlina alcanzaron 996 mil millones de libras. Estas nuevas inversiones fueron realizadas en gran sobre una base artificial, por medio de préstamos simultáneos, impuestos a las colonias en el curso del mismo período, ya que las reservas en esterlinas de los países de ultramar pertenecientes a la zona de la esterlina han aumentado a 469 millones de libras [196].

Palme Dutt describe aquí una situación diametralmente opuesta a la que trata la teoría leninista. Habla de exportación de capitales en las condiciones generales de una penuria de recursos en la metrópolis mientras que Lenin consideraba la exportación de capitales como salida para los excedentes de capital acumulados por la economía nacional de los países metropolitanos. En segundo lugar, Palme Dutt insiste en el hecho que la exportación de capitales es contrabalanceada por la repatriación de los excedentes; a este respecto hubiera debido considerar no solamente los aumentos en esterlinas, sino la corriente normal que representa el «tributo» extraído de los países de ultramar del que se habla en otras partes de su estudio.

Palme Dutt sostiene que la acumulación de las inversiones de ultramar tiene como su principal fuente de financiamiento el excedente extraído de la explotación de los pueblos coloniales. Y escribe:

Inicialmente la base principal de la exportación de capitales británicos, en la segunda mitad del siglo XIX, estaba constituida por las ganancias realizadas por Gran Bretaña gracias a su monopolio de la industria y del comercio mundiales. «La exportación» de los capitales fue en realidad *desde un comienzo* una reinversión de las ganancias obtenidas en el mercado mundial y provenientes de la explotación a escala mundial.

Michael Barratt Brown se basa en los datos estadísticos citados por A. H. Imlah para sostener la misma tesis [197].

John Strachey, en *El fin del imperio* [198], toma como punto de partida el argumento leninista sobre el papel de la exportación de capitales. Strachey anota que la teoría del desarrollo capitalista de Marx, que está en la base de

la teoría leninista del imperialismo, afirma como postulado «la pobreza creciente de las masas de sus poblaciones», lo que impide el desarrollo interno de la economía capitalista. Sin embargo, si se examinan los escritos de Lenin sobre el desarrollo del capitalismo en Rusia es fácil comprobar que no es esa una manera correcta de presentar la teoría de Lenin, o, en este caso de Marx. Strachey prosigue, sin embargo, en estos términos:

El hecho es que la mayoría, aunque no todos, de los economistas contemporáneos rechazan la afirmación anterior de que los capitalismos maduros poseen por lo menos una tendencia a producir una plétora de capital para la inversión, y, de tal manera, a hacer que los inversionistas busquen salidas en el exterior... La ola imperialista... puede explicarse simplemente por el hecho de que oportunidades de inversión, inmensamente lucrativas, se les presentaron en el exterior. Estas deslumbrantes oportunidades *sacaron* los excedentes que se creaban en los países imperialistas: no es necesario suponer un «empujón desde atrás»... causado por la insuficiente lucratividad de la inversión en el interior [199].

Parece que Strachey mismo no ha examinado todas las implicancias de su propia declaración. Ha llegado a extraer la conclusión un poco prematura de que EE. UU. no se comprometería en la vía de la expansión imperialista, no solamente por razones tales como el estado de espíritu antiimperialista (él mismo admite que esto no sería un obstáculo a la expansión imperialista), el crecimiento del nacionalismo en los países subdesarrollado y el contrapeso de la Unión Soviética y China, sino también porque la economía americana, según él, ofrece a la expansión interior un campo tan vasto que no hay excedentes de capitales en búsqueda de inversiones más rentables [200]. De hecho, tal argumentación no tiene en cuenta los antecedentes del imperialismo americano, ciertos aspectos del cual serán examinados en el apartado quinto.

## IV

La conclusión que se puede extraer de los datos disponibles, a saber que la exportación de capitales no es el factor principal que ha contribuido a mantener el desarrollo del capitalismo en la posguerra, parece está contenida implícitamente en las partes esenciales de la discusión sobre el capitalismo contemporáneo. Esta observación se refiere aquí al primer gran debate sobre la teoría de la crisis desarrollada hacia fines de 1957 [201] en el interior del Partido Comunista inglés. Entre los factores determinantes del aplazamiento de la crisis, se señalan:

- 1) Los gastos públicos destinados a los servicios sociales, a las inversiones públicas y, sobre todo, a los gastos de armamentos.
- 2) Las inversiones efectuadas por las empresas nacionalizadas.



3) El impacto de la revolución tecnológica de posguerra y la expansión relativa del sector productor de bienes de producción, uno y otro estimulados por los factores 1º y 2º.

Estos factores ocupan un lugar preponderante en el simposio publicado por el profesor Tsuru, bajo el título de *¿Adónde va el capitalismo?*, y en el que participaron Baran, Bettelheim, Dobb, Galbraith, Kronrod, Strachey, Sweezy y el mismo Tsuru [202]. Barratt Brown agrega también otro factor: el efecto estimulante que ha ejercido sobre la economía británica el crecimiento de las exportaciones, crecimiento debido en parte a una modificación de los acuerdos comerciales *en favor de los países productores de materias primas* y, por tanto, al aumento del poder de compra de estos países y de su capacidad de importar.

Nos resistimos a la tentación de introducimos en una controversia que ha contribuido a una mejor comprensión de la dinámica del capitalismo contemporáneo. Digamos, sin embargo, que después de haber examinado las condiciones relativas al funcionamiento ininterrumpido de la economía de los países capitalistas avanzados y de los mecanismos que han contribuido al «aplazamiento de la crisis», la cuestión de la ineluctabilidad de la crisis sigue en pie. La afectación de una parte de los recursos a los gastos de armamento y las diversas formas de derroche público y privado inherentes al capitalismo absorben solo en parte la capacidad productiva en expansión. Pero esos factores no puede sino alentar el ritmo de crecimiento económico; no pueden eliminar el crecimiento mismo en tanto prosigan la inversión neta y las transformaciones tecnológicas. Se afirma también que la expansión superlativa del sector que produce medios de producción puede solamente ofrecer un respiro de corta duración, un aplazamiento de la crisis final: por su misma naturaleza, tal expansión no puede menos que acelerar el ritmo de desarrollo económico y acentuar así el desequilibrio entre las fuerzas productivas en expansión y el consumo limitado, desequilibrio que debería provocar una crisis.

Puede preguntarse, no obstante, qué validez real tienen estas explicaciones a corto plazo cuando se considera la expansión secular de la economía capitalista. Ciertos marxistas advertidos matizarán las previsiones relativas a la crisis final del capitalismo; nos pondrán en guardia contra toda interpretación mecanicista de esta teoría. Es necesario tener en cuenta —dirán—, el efecto de las contratendencias que pueden *provisoriamente* contrarrestar las tendencias esenciales que obran en el sentido de la crisis final. Argumentarán que no se puede prever con precisión el momento en que la crisis se desencadenará; pero la ineluctabilidad de esta crisis no puede ser puesta en duda. Pero todos estos argumentos tienen poco peso cuando se considera un período no de algunos años, sino de varios decenios. Ha pasado un siglo desde que Marx escribiera su obra y casi cincuenta años desde los tiempos en que Lenin hablara del advenimiento de la revolución socialista. Tal prolongación de la vida del capitalismo requiere un análisis más profundizado de los cambios acontecidos desde entonces.

Se busca a veces resolver la contradicción entre las crisis periódicas y el crecimiento secular del capitalismo recurriendo a la hipótesis —explícita o

implícita— según la cual las crisis periódicas contribuirían a restablecer en alguna medida el equilibrio entre las fuerzas productivas hipertrofiadas y una capacidad de consumo limitada.

Es precisamente en este sentido que Emile Burns escribe:

Ya que las ganancias se transforman en instrumentos de producción, la capacidad productiva y el volumen real de la producción aumentan; pero el poder adquisitivo de la masa de la población no progresa en la misma medida y resulta de ello una discordancia entre producción y consumo. La crisis pone todo en orden y elimina las capacidades excedentes de una manera u otra... [203].

He aquí una hipótesis que requiere un examen más amplio. Dejarla de lado equivaldría solamente a limitarse a constatar que en el curso de los cien últimos años hemos asistido a una vasta expansión de la capacidad productiva (y de la producción) no solamente de los medios de producción, sino también de los medios de consumo. Este aumento de la producción de bienes de consumo ha sido acompañado por una elevación de los ingresos reales de la población, lo que ha permitido a los capitalistas realizar, gracias a la venta, el valor de esta producción acrecentada. La teoría debe tener en cuenta este hecho y explicarlo.

Es necesario agregar que el aumento de la capacidad de consumo puede ser obtenido no solamente a través del aumento de los salarios pagados a los trabajadores ocupados en actividades productivas, sino también mediante el crecimiento relativo del número de los trabajadores «improductivos», es decir, de los que se ocupan de la administración, venta, actividades financieras, publicidad, etc. Es necesario también anotar que una parte de las capacidades productivas en aumento es absorbida por la masa creciente del derroche público y privado (al que se vincula el empleo de mano de obra improductiva) que es uno de los aspectos más característicos del capitalismo contemporáneo. No es entonces necesario esperar que el aumento de los salarios corresponde exactamente al aumento de la productividad de los trabajadores. Para mantener el mecanismo capitalista en condiciones de funcionamiento aparece como una necesidad el aumento de los salarios reales, suficiente para absorber lo que resta de la capacidad productiva acrecentada. Baran se refiere a estadísticas elaboradas por el profesor Barger, de las que surge que

el período 1909-1956 ha sido caracterizado por un alejamiento considerable entre el aumento de la productividad y el aumento de los salarios reales de los obreros productivos. Mientras que la productividad por hombre y por hora del trabajo ha aumentado, en el curso de estos cincuenta años en medida equivalente al 277,1% para los obreros productivos, los salarios horarios reales medios de estos trabajadores han aumentado solamente en un 230%... [204].

Lo que más nos llama la atención en las cifras citadas es el aumento efectivo de los salarios reales, sin el cual toda la expansión ulterior de la economía sería inconcebible. Y aquí nos enfrentamos a la cuestión más espinosa de la

teoría marxista de los salarios. Hace algunos años Maurice Dobb criticó «la interpretación de la denominada «ley de la pauperización absoluta»» que por ese entonces era defendida todavía por los economistas soviéticos (y que ha sido siempre sostenida en Francia y recordada de tanto en tanto por la pluma de algún economista marxista, sin que nunca se ponga en duda su validez).

A mi juicio —afirmaba Dobb—, es muy dudoso que Marx haya querido formular una ley de baja continua de los salarios (la «ley de la acumulación del capital», de la que trata en *El Capital*, hace referencia a la formación de un ejército industrial de reserva). Aunque hubiera sido así, Marx sería el último en considerar que una tendencia así pudiera mantenerse sin sufrir los contragolpes de la lucha de clases, a través de la acción económica y política del movimiento obrero [205].

De este modo los marxistas comienzan a reconciliarse con el hecho del aumento de los salarios reales. Es necesario darse cuenta entonces que admitir la posibilidad de un aumento de salarios modifica radicalmente las implicancias del modelo marxista. Marx sostenía que el aumento de los salarios, al incitar a los capitalistas a un grado más elevado de mecanización llevaría a la desocupación tecnológica y habría contribuido a la reconstitución de los efectivos del ejército industrial de reserva. Afirmaba que la concurrencia creciente entre trabajadores en búsqueda de ocupación, consecuencia de la desocupación tecnológica, tendría como resultado una nueva reducción de los salarios. Esta posición deberá ser, no obstante, revisada teniendo en cuenta no solamente la función de los sindicatos en defensa del nivel de salarios, sino también una coyuntura en la que la acumulación opera con ritmos lo suficientemente rápidos como para que los trabajadores desocupados puedan encontrar nuevas ocupaciones en una economía en expansión. En segundo lugar, los efectos de la mecanización creciente y el aumento subsiguiente de la productividad favorecería un aumento de salarios *sin por esto reducir la tasa de ganancias*.

Las incidencias de un trastocamiento tal de las premisas de la teoría marxista del desarrollo capitalista —que se detiene únicamente en el aumento de los salarios proporcionales al aumento de la productividad, pero que descuida todos los demás aspectos de los cambios producidos en el sistema capitalista— son ricas en implicancias.

Estaríamos entonces en presencia de un sistema dinámico, cuya capacidad productiva se desarrolla continuamente y cuya capacidad de consumo podría acrecentarse con el mismo ritmo. Pero tal conclusión llevaría a una subestimación de los numerosos cambios producidos después de Marx en el funcionamiento del capitalismo monopolista.

Es justamente un error de este tipo el que comete John Strachey [206] cuando subraya, como tema central de su tesis, que los trabajadores pueden obtener aumentos salariales. Pero él descuida muchos otros aspectos del capitalismo contemporáneo, los que ponen en evidencia otras contradicciones (en muchos aspectos nuevas) propias de este sistema. La crítica del capita-

lismo contemporáneo debe por tanto ser dirigida contra las distorsiones y el derroche propios de un sistema en el que el consumidor no es ya soberano, sino un objeto maniobrado individual y colectivamente (o sea, mediante el instrumento de los gastos públicos) por aquellos que buscan salidas ventajosas para la venta de sus productos. Un sistema en el que las determinaciones de los planes de producción y de inversión por parte de la iniciativa privada deja márgenes muy estrechos para su integración racional. Un sistema donde los imperativos de la competencia oligopolista impide la plena explotación de todos los recursos de la ciencia y el progreso tecnológico. Una de las obras más remarcables es el libro de Paul A. Baran [207]. A pesar de su adhesión a la teoría de la crisis final, este autor esclarece las tendencias al estancamiento y a la distorsión de toda prioridad racional en la repatriación de los recursos inherentes al capitalismo contemporáneo. Yo mismo he propuesto una serie de problemas que se vinculan a la crítica de Baran en un artículo titulado «¿El capitalismo, puede sobrevivir?» [208].

No pretendemos afirmar que el capitalismo no conocerá más crisis, ya que ese sistema es incompatible con las condiciones postuladas por la teoría como necesarias para la realización del desarrollo en la estabilidad. Solo queremos decir que una gran crisis catastrófica, que provocara la quiebra del capitalismo, *no constituye un hecho fatalmente necesario*.

Este cambio de perspectivas —de la teoría de la crisis final a la teoría del estancamiento— es importante ya que destruye muchas ilusiones. La tesis del estancamiento asigna la máxima importancia a la lucha consciente por la instauración del socialismo, que no será, por cierto, obra de las solas contradicciones capitalistas.

## V

¿Cuál es entonces el camino para la expansión imperialista si se sostiene que la exportación de capitales no es una condición necesaria para el mantenimiento del proceso de desarrollo capitalista y que la expansión interna es suficiente para proporcionar una salida a la acumulación del capital? La respuesta a este problema hay que buscarla en la tendencia del capitalismo monopolista a desarrollarse y extender su dominio sobre todo el mundo capitalista, y en la intensidad de la competencia monopolista, a través de la cual la expansión interna se transforma en la condición vital de los oligopolios gigantes. El capitalismo monopolista, que se desarrolla dentro de la economía nacional destruyendo y absorbiendo a las empresas más pequeñas, se desarrolla también hacia el exterior repitiendo el mismo proceso en escala internacional.

La tendencia a la exportación del capital es solo uno de los modos de expansión del capitalismo monopolista y de su tendencia a controlar todas las fuentes de materias y los mercados existentes.

Las razones de la mayor tasa de ganancia y de la tendencia a la exportación de capital radican en las condiciones de la propia explotación monopolista. No siempre el impulso ha de encontrarse en la diferencia de salarios existente entre los países avanzados y los países atrasados: una producción sobre la base de bajos salarios no siempre es una producción de bajo costo. Además, las inversiones de ultramar no son la única —y podemos agregar, tampoco la principal— forma de penetración del capitalismo monopolista de los países capitalistas avanzados en otras economías de mercado. El capitalismo monopolista, en efecto, ha desarrollado una variedad de instrumentos que puede utilizar, sobre todo a través del aparato estatal que controla. La excesiva preocupación de los marxistas por el problema de la exportación de capital los llevó a subestimar, en la actual coyuntura, la importancia de estos nuevos métodos. Es exacto decir que en estos últimos años hemos asistido a una intensificación de la inversión externa. El ritmo de la exportación de capitales provenientes de los principales países exportadores aumentó de 2 mil millones de dólares anuales en el período anterior a 1955 a 4 mil millones anuales en el período inmediatamente posterior [209]. Pero la dirección y la composición de este aflujo de capital parece estar determinadas por factores ajenos al incentivo de la explotación de la mano de obra barata, tan caro a la teoría leninista. Según la investigación de las Naciones Unidas mencionada anteriormente, solo la mitad, más o menos, de la salida de capital en los últimos años se ha dirigido a los «países subdesarrollados de bajos ingresos». Con respecto a estas inversiones la parte del león ha ido a parar a la industria petrolífera y al comercio (y dentro de este último sector, la mayor parte está constituida por inversiones en la distribución de productos petrolíferos). El bajo nivel de los salarios cuenta bastante poco respecto de las ganancias fabulosas que se realizan en este sector. Por lo demás, la forma tradicional de las inversiones extranjeras en las industrias extractivas, característica de la época pasada, se encuentra sobre todo en países como los de África donde la extrema pobreza de la población ofrece un mercado interno muy limitado para la explotación del capital monopolista. En ellos sigue teniendo validez todo lo dicho anteriormente sobre los efectos de este tipo de inversiones extranjeras. Pero debe añadirse que en el período actual tal tipo de inversión tiene una importancia relativamente menor para el capitalismo monopolista.

Por el contrario, los países subdesarrollados, con su mercado interno en expansión, ofrecen un nuevo y vasto campo de explotación y el capitalismo monopolista de los países avanzados ha intentado siempre adueñarse de la industria nacional antes que estimular su desarrollo. Esta expansión del comercio colonial se efectúa en la actualidad dentro de una coyuntura totalmente nueva, que requiere nuevas técnicas por parte de los monopolistas. Es por ello que han recurrido a nuevas formas de inversiones y operaciones privadas, y también a nuevos tipos de relaciones económicas y financieras entre los gobiernos.

Para ilustrar mejor nuestra tesis tomaremos el ejemplo de la India como caso típico de esta nueva tendencia del capitalismo monopolista a penetrar en los países en desarrollo e imponer su dominio sobre el mercado interno

en expansión. La imagen popular de la India es la de un país democrático independiente que avanza hacia una «estructura social de tipo socialista» que es el propósito declarado de sus dirigentes. La India ocupa una posición en el «Tercer Mundo» como un modelo digno de emulación. Pero detrás de esta imagen halagüeña están los duros hechos de la concentración del poder y del dominio económico en manos de los monopolios extranjeros que ocupan posiciones estratégicas en la economía hindú.

El capital extranjero mantiene una posición en el sector empresarial privado de la economía hindú que es mucho más fuerte de lo que se supone generalmente. Según los cálculos del Dr. Mazumdar, del Instituto Estadístico de la India [210], el 33,2% del capital total del «sector privado asociado» era atribuible en 1953 a la inversión extranjera. La declaración sobre política industrial emitida en abril de 1948 había manifestado que, en el caso de las inversiones extranjeras, «la mayoría del capital debe estar en manos de ciudadanos de nacionalidad hindú, y debe igualmente ejercer un decisivo poder de control». Sin embargo, este principio fue modificado por la cláusula en base a la cual «puede ser autorizadas algunas excepciones cuando se trate de inversiones de interés nacional». Esta salvedad parece haberse convertido en la válvula de escape generalizada porque solamente el 13% de todas las inversiones extranjeras en la India estaban controladas por compañías hindúes. El 60% de ellas estaban en sucursales de compañías extranjeras y otro 26 % en compañías en propiedad y bajo control de extranjeros [211]. En cuanto a esta última fracción, observamos según los datos del *Reserve Bank of India* que la participación hindú en tales compañías era insignificante. Las compañías con capital extranjero al cien por ciento constituían el 59% del capital accionario del conjunto de las actividades controladas desde el exterior. Además, en algunas empresas que representan el 33% del valor total del capital accionario la participación extranjera varía entre el 40 y el 99 % del capital.

Un hecho esencial a recalcar a propósito de las inversiones extranjeras en la India de hoy es el pasaje de la estructura tradicional a una nueva. En 1911 según los datos citados por Nurul Islam, el 75% del capital extranjero en India y Ceylán había sido invertido en actividades primarias ( el 60% de los cuales en plantaciones). Solo el 3,7 % de la suma total de las inversiones extranjeras había sido colocado en empresas «comerciales e industriales», pero las inversiones en la «industria» estaban en gran medida concentradas en la industria del yute [212]. Si se considera en cambio la situación actual es fácil constatar que en 1956 la industria manufacturera ha recogido el 36% del valor total de las inversiones extranjeras y que el 25% de estas inversiones ha sido absorbido por el sector distributivo (los cuatro quintos de este, o sea, el 20 % de la inversión total estaban en los sectores dedicados a la distribución de productos petrolíferos). Las plantaciones absorbían solamente el 20 % de la suma total de las inversiones extranjeras, los servicios públicos el 13% y los demás sectores, comprendidas las industrias extractivas, el 11% [213]. Este cuadro contrasta muy netamente con la precedente estructura de las inversiones. Sin embargo, todo juicio sobre la real naturaleza de estas inversiones exteriores en la industria requiere un examen más amplio.

En la India toda la industria pesada y, en gran medida, la industria de tipo occidental que produce bienes de consumo, se ha desarrollado o con el capital extranjero o con la colaboración técnica de los extranjeros. Pero las empresas locales se organizaron e invirtieron en los sectores tradicionales: aceite, leche, máquinas para la cosecha de algodón y de tejido e hilado.

Esta es la conclusión a que arriba Daniel Spencer en base a un estudio sobre el capital extranjero y las empresas mixtas en la India [214]. Sin embargo, refiriéndose a una investigación del consulado norteamericano, Spencer agrega:

La necesidad de burlar las regulaciones hindúes de control de las importaciones es el móvil principal de las inversiones mixtas... muchas empresas manufactureras americanas se interesan no tanto en la posibilidad de reexportar a su país las ganancias, sino en la venta de las materias primas (base del producto fabricado) importadas de los Estados Unidos. El propósito generalizado no es, por lo tanto, maximizar los dividendos que pueda pagar la sucursal hindú como en maximizar el mercado para el producto manufacturado, a fin de que la compañía matriz de los EE. UU. pueda maximizar su producción.

Esto no quiere decir, por supuesto, que las ganancias obtenidas por el capital extranjero en la India sean despreciables. El total de las ganancias realizadas por las empresas extranjeras en el período 1948 a 1955 ascendió a 4170 millones de rupias que, comparadas con las ganancias obtenidas en el resto del «sector privado asociado» —que ascendieron a 12 460 millones de rupias— dan por resultado que las empresas extranjeras se apropiaron de un cuarto más o menos del total de las ganancias de dicho sector de la economía [215]. Además, esta cifra excluye las «inversiones de portafolio» extranjeras. El hecho de que Spencer haya indicado que la obtención de ganancias no se el propósito principal de las compañías extranjeras que operan en la India no quiere decir, desde luego, que las ganancias de por sí no signifiquen nada, sino que las «ganancias» obtenidas por las sucursales y subsidiarias en la India representan solamente una parte, y una pequeña parte, de la ganancia total derivada de la operación.

Pero el aspecto más importante de la penetración neocolonialista en la India no es el incremento de la inversión directa ni la expansión de sucursales y subsidiarias de los monopolios extranjeros, a pesar de la gran significación de esos factores. El rasgo característico de nuestra época es la forma asumida por la asociación de capital extranjero con las grandes empresas hindúes. La clave para la comprensión de este nuevo aspecto radica en el hecho de que la parte más lucrativa de la operación consiste en el establecimiento de un mercado para los productos manufacturados del país metropolitano y de un sistema de retribuciones y derecho por el que se exige el pago por «servicios técnicos», por el uso de patentes y marcas registradas, etc. Verdaderamente, estos otros beneficios son tan grandes que incluso un cuarto del total de las ganancias obtenidas en comparación con el sector empresario de la economía hindú es a la postre de una magnitud relativamente insignificante. Por

desgracia, no es fácil estimar el monto de tales beneficios obtenidos por el capitalismo monopolista, ni es fácil inferir dichos beneficios de las estadísticas disponibles. Pero el hecho de que existen y son extremadamente grandes lo confirman los propios empresarios extranjeros que saben cuánto significan para ellos tales ganancias. En relación a los capitales extranjeros invertidos en forma asociada con los capitales hindúes y que constituyen «la forma más reciente de la inversión exterior en la India», Daniel Spencer que ha dedicado un estudio especial a tales inversiones, señala que

en este caso los intereses hindúes tienen una posición dominante con respecto a los intereses extranjeros, quienes poseen solo una pequeña parte del capital obtenida probablemente como pago de la provisión de maquinaria y servicios técnicos. En realidad este acuerdo puede considerarse como una extensión de los contratos de asistencia técnica y ofrece la ventaja de abrir una puerta de acceso al mercado hindú. La sociedad extranjera se beneficia con el contrato que le asigna la función de abastecedor de asistencia técnica y equipos y tiene una ventaja sobre los competidores en la obtención de nuevos contratos [216].

En este contexto la palabra «dominante» hace referencia estrictamente a la repartición del capital accionario. En tales condiciones lo que está en juego es fundamentalmente la existencia misma de la compañía hindú que depende de la renovación de los acuerdos con el monopolio extranjero para la utilización de patentes, suministros de piezas, equipos y servicios técnicos. El motivo por el cual los accionistas extranjeros detentan una parte del capital no debe buscarse en el valor bastante reducido de los dividendos que ellos perciben. Debe recalcar, en cambio, que es precisamente la participación accionaria la que permite en general a los monopolios extranjeros designar, de conformidad con los acuerdos concertados, un director encargado de cuidar sus intereses.

Por la misma naturaleza de este tipo de inversiones su importancia real es muy superior al valor nominal. Es por ello que las estadísticas de tales inversiones son de un tipo muy diferente y no tiene sentido compararlas con la magnitud de la inversión nacional en la India o con las formas tradicionales de la inversión extranjera en el país. Si tomamos las estadísticas al pie de la letra, el valor activo de las acciones atribuibles a extranjeros en compañías controladas por hindúes ha sido calculado por Mazumdar [217] en un 13% del total de las inversiones extranjeras en la India en 1953. Asimismo, el valor de tal inversión extranjera representa el 4,35% del activo total del «sector privado» societario [218]. La amplitud de las operaciones permitidas por este tipo de participación resulta evidente cuando se considera el activo total de los capitales de las compañías hindúes.

La participación minoritaria en las compañías hindúes asegura al capital extranjero lazos muy sólidos con la alta finanza local; de igual modo el grado de concentración monopolista de la economía nacional favorece a los grupos monopolistas extranjeros que se ocultan detrás del monopolio hindú. Si los



avances en la concentración en la India han inspirado comentarios tanto de los expertos como de los profanos [219] esta situación, sin embargo, solo muy recientemente ha comenzado a ser analizada metódicamente y es mucho todavía lo que falta por hacer [220]. Los nombres de los grandes grupos monopolistas hindúes coinciden con los de algunas familias: Tata, Bira, Dalmia, Mafatlal, Walchand, Mahindra, Bird-Heilgers, Sahu-Jain, Bangur, Singhnia, etc. Hazari ha estudiado las ramificaciones de 491 sociedades controladas por cinco de estos grupos considerados como representativos del capitalismo monopolista hindú [221]. El capital accionario de estas 491 sociedades ascendía a 1545 millones de rupias, con activos totales que llegaban a 8209 millones de rupias. Hazari, mencionando los nombres de otros cinco grupos, agrega que

no sería sorprendente si otros grupos aparte de los estudiados aquí aparecieran también con influencia y control sobre un área igualmente vasta del sector privado [222].

Así, el total de los activos controlados por diez grupo monopolistas hindúes asciende a cerca de 16 mil millones de rupias, lo cual representa una gran parte del conjunto del sector empresarial privado. Aunque no disponemos de cifras comparables, podemos hacernos una idea de la posición relativa de los grupos monopolistas comparando su activo total, estimado en 16 mil millones de rupias, con la cifra de 22 mil millones de rupias que fue el total estimado para todas las sociedades por acciones de la India en 1953, según los cálculos del profesor Mazumdar [223].

En las compañías pertenecientes a estos cinco grupo monopolistas estudiados por Hazari, el valor de las acciones pertenecientes a compañías extranjeras o a personas residentes en el exterior ascendía respectivamente a 45,5 millones y a 12,5 millones de rupias. En las sociedades industriales vinculadas a estos cinco grupos el peso de la participación accionaria exterior se eleva al 3,4% del capital accionario total. Este dato es solo un promedio muy general; puede ocurrir que la parte del capital perteneciente a accionistas extranjeros sea de hecho mucho mayor en algunas sociedades. Pero lo que importa no es el valor relativo de las acciones pertenecientes a extranjeros, sino la medida del poder de control ejercido por los intereses extranjeros puesto que es bastante obvio que los dividendos no son la única razón de estas inversiones. Allí donde existe participación del capital extranjero, la posición del inversor extranjero deviene extremadamente fuerte en virtud de algunas cláusulas de los acuerdos concluidos entre las sociedades. El control ejercido por el capital extranjero no guarda proporción con el valor porcentual del capital accionario de propiedad extranjera. De este modo, la participación exterior multiplica la eficacia del capital invertido desde el momento que está asociado con una gran parte de capitales hindúes que están a su servicio. El profesor Mazumdar ha estimado en 9120 millones de rupias el monto total de la inversión extranjera en la India en 1953. De esta suma, 1210 millones de rupias representan las acciones poseídas por extranjeros en compañías controladas por hindúes. Pero lo que da un sentido específico a estos datos es la asociación de

capital exterior con el capital monopolista local. Lo que determina, en última instancia, la entidad de las operaciones de las que el capital extranjero extrae grandes utilidades, es el activo total de los capitales extranjeros efectivamente invertidos y el activo de los capitales hindúes asociados a estos capitales extranjeros. De tal manera el cuadro de las inversiones de capitales en las regiones subdesarrolladas esbozado por Lenin no corresponde completamente a las nuevas formas de inversión exterior. Mientras Lenin explicaba estas inversiones a través de las ventajas derivadas de la existencia de mano de obra a bajo precio, el capitalismo monopolista de los países avanzados prefiere desarrollar las capacidades productivas de la madre patria, donde por muchas razones es más seguro y económicamente más ventajoso. Simultáneamente trata de extender su dominio hacia el exterior con el propósito de crear mercados en los que detente posiciones de dominio. Trata de frustrar para ello todo esfuerzo verdadero que hagan los países subdesarrollados para avanzar hacia la industrialización, porque de tal modo le sería mucho más difícil la explotación de esos mercados. Sin embargo, en la medida en que no puede oponerse a algunos progresos en el terreno de la industrialización, el capitalismo monopolista trata de limitarlos y de asegurarse una participación en aquello que no logra impedir. Pero por su misma naturaleza esta participación obstaculiza todo progreso ulterior, ya que ella comporta que se asigne una posición prioritaria a las plantas de montaje y armado de productos extranjeros que con tanta frecuencia llevan la falsa etiqueta de establecimientos manufactureros locales. Todo esto obliga a modificar las medidas adoptadas con el fin de proteger la industria nacional y estimular el desarrollo industrial de los países subdesarrollados.

Sería un error subestimar los progresos reales hechos en la India después de la independencia, pero sería un error todavía más grave ignorar o subestimar la expansión continua y renovada del capitalismo monopolista de los países avanzados y las importantes posiciones estratégicas que él ocupa en la economía hindú. La expresión más progresista del pensamiento hindú, desde el punto de vista de la elaboración de una política de desarrollo independiente está dada por la publicación, en marzo de 1955, del esquema de plan Mahalanobis [224] que debía servir de base al segundo plan quinquenal. Pero a seguido del ataque lanzado contra este plan por los sectores financieros hindúes y extranjeros, se ha registrado un proceso de retracción que continúa aún hoy. El segundo plan quinquenal, aunque mejor que el primero, fue una versión desfigurada de las proposiciones iniciales. Sin embargo, el mayor éxito de los grandes capitales consistió en socavar la realización del plan. El golpe final a todo lo que restaba de una política económica progresista fue asestado por fin durante el último año y medio cuando la derecha esgrimió como arma principal la excitación producida por la histeria antichina y antipakistana. La prioridad dada a la defensa y a las industrias vinculadas a ella ha desviado al gobierno de los esfuerzos tendientes a desarrollar las industrias de base. De allí que Romesch Thapar, redactor de *Seminar*, ha podido escribir en *The Economic Weekly*:

El sector privado (siempre dominante en la economía) ha transformado el desarrollo planificado y la ayuda exterior en instrumentos para su servicio. Fondos que debían ser destinados al desarrollo de sectores de base fueron así invertidos en la producción de bienes de consumo no prioritarios. Esta tendencia, que era ya perceptible en la fase de aplicación del segundo plan quinquenal, se acentuó a medida que se aproximaba el tercer plan quinquenal (1962-1967) [225].

Thapar se refiere a los verdaderos temores «del sector privado de las sociedades que reivindica, en el campo militar, alineamiento total y sin reservas de la India a Occidente». Los dirigentes del sector privado tiemblan ante la idea de que el pueblo hindú pueda orientarse hacia el socialismo. Agrega luego que

los esfuerzos efectuados para alentar a los capitales extranjeros a invertir en sectores de la economía hindú hasta entonces prohibidos, mientras que el sector público concentra la masa de su actividad en las industrias de armamento, puede considerarse como una tentativa desesperada de escapar a este hecho brutal.

*The Economic Weekly*, no sin tristeza, hace el siguiente razonamiento: aunque la India haya recibido una ayuda económica mucho más relevante a la recibida por China en todos los tiempos,

China, con una producción de acero inferior a la de la India en 1953, produce hoy cerca de 15 millones de toneladas, mientras que la India produce menos de 4 millones y China produce 350 millones de toneladas de carbón contra 60 de la India. Y lo que es una cuestión de vital importancia, a pesar de las carestías y la subalimentación de China, la cantidad de alimentos disponibles por habitantes es *más elevada* en China que en la India y mucho más equitativamente repartida, lo que no deja de tener importancia desde el punto de vista del potencial defensivo de la India [226].

El desarrollo independiente está siendo minado no solo por la inversión exterior, sino también por otras técnicas que han adquirido una importancia mucho mayor para el neocolonialismo. En efecto, con el fin del dominio colonial directo, la connotación característica de la situación de posguerra está dada por la ayuda exterior, cuyo objetivo *aparente* es el de ayudar a los países subdesarrollados en su camino hacia el progreso económico. Esta ayuda es hoy la base principal de las relaciones entre los países capitalistas y los pueblos excoloniales. Strachey elude por completo este problema cuando, al criticar a Baran, escribe [227]:

después de todo, por primera vez en la historia, los países ricos han dado gran cantidad de dinero a los países pobres con el propósito expreso de desarrollo. Es muy avieso no distinguir, por ejemplo, entre el dinero proporcionado conforme al Plan Colombo, o al Punto Cuarto del programa norteamericano, y

la inversión imperialista tradicional en busca de ganancias, realizada por empresas particulares.

Pero no es correcto abandonarse a estas ilusiones sin proceder a una crítica que vaya al corazón del problema, y la crítica conduce normalmente a las siguientes cuestiones: 1) el monto de la ayuda no corresponde a las necesidades; 2) una parte importante de la ayuda retorna de un modo u otro a los países avanzados (lo cual sirve para subrayar las ventajas derivadas de la ayuda administrada por el capitalismo monopolista); 3) una gran parte de las sumas concedidas es destinada a gastos militares; 4) esta ayuda permite a los gobiernos reaccionarios permanecer en el poder; 5) gran parte de la ayuda económica sirve para construir infraestructuras destinadas a acrecentar la rentabilidad de las inversiones extranjeras, etc. [228]. La crítica comunista agrega por lo común que esta ayuda es suministrada porque «los países socialistas están concediendo ayuda económica a los países subdesarrollados en un grado elevado y en constante número» [229].

Pero estas críticas omiten toda la cuestión acerca de los mecanismos con los cuales es administrada la ayuda exterior. Dichos mecanismos reclaman una serie compleja de operaciones integradas a las actividades comerciales del capitalismo monopolista gracias a las cuales este último tiene acceso a la economía de los países beneficiarios de las ayudas y aseguran así a los países desarrollados, en condiciones por completo monopolistas, la parte del león en las inversiones de desarrollo. Con la colaboración de Amir Khusro he estudiado bastante detalladamente este mecanismo en relación con la ayuda norteamericana a Pakistán, en un trabajo titulado *Pakistan Today* (otoño de 1961) [230]. No me es posible resumir los numerosos aspectos del modo en que esta ayuda fue suministrada. Pero la clave de todo el proceso radica en el hecho de que basta introducir una pequeña «componente de ayuda» en cualquier proyecto de desarrollo para que el grueso de las sumas destinadas a este proyecto sea puesto bajo el control de la Misión de Ayuda, que tiene autoridad sobre su implementación en todas las etapas. Los expertos que asisten a la Misión, al igual que todo el personal enviado para la asistencia técnica, son empleados de grandes corporaciones apartados transitoriamente de sus funciones. Mediante ellos, y también a través de la influencia que ejercen sobre el aparato gubernamental tanto de los EE. UU. como del país beneficiario, los grupos monopolistas americanos logran ejercer su control sobre la utilización de considerables sumas destinadas a proyectos de desarrollo. Estos grupos pueden así mantener a distancia a otros grupos monopolistas e impedirles recibir una parte de las sumas destinadas a inversiones; pueden además imponer condiciones a un país que recibe ayuda monopolista y esas condiciones hacen que el país tenga grandes pérdidas a causa de los precios de monopolio que debe pagar. Y a veces las pérdidas sobrepasan el beneficio de la ayuda. Aún más, la pérdida real es infinitamente mayor cuando una gran parte de la «ayuda» se otorga en forma de «excedentes de mercancías» que en algunos casos, son tan poco deseadas en el país beneficiario como en los EE. UU. Por esa razón, la «ayuda» es defendida con argumentos financieros espu-

rios. En realidad, afecta fuertemente a los recursos en divisas extranjeras del país beneficiario en razón de los gastos generados por ella misma. Un hecho singular es el ejemplo de Pakistán donde una parte considerable de la ayuda militar es suministrada bajo la forma de excedentes de productos agrícolas. Dicha ayuda genera, a través del pago del material militar, gastos en los que se beneficia la economía norteamericana; en realidad el mecanismo consiste en hacer pagar al Pakistán en rupias el excedente de grano suministrado en el ámbito del programa de ayuda en especie. Por otra parte, los Estados Unidos ponen a disposición del Ministerio de defensa una parte de estas rupias que son utilizadas para adquirir los dólares que sirven para la adquisición de productos americanos.

En síntesis, se constata que el neocolonialismo o el nuevo imperialismo no tienen como objetivo principal la exportación de capital en cuanto instrumento para explotar la mano de obra a bajo precio a los países de ultramar.

Ellos tratan sobre todo de concentrar las inversiones en los países metropolitanos con el fin de desarrollar la producción nacional y dominar el mercado mundial sobre el que afirman su poder por todos los medios; las inversiones al exterior y su asistencia son los instrumentos que utilizan para lograr este propósito. Constituyen una excepción a este principio las importantes inversiones realizadas en las industrias extractivas, en particular en la industria petrolífera que tiene una posición importante en algunas zonas del mundo. Sin embargo, este nuevo esquema tiende a imponerse incluso cuando el proceso de desarrollo comienza a ampliar los mercados internos de los países subdesarrollados. Con respecto a la exportación de capitales, se constata que las inversiones de ultramar son financiadas en gran parte por las reinversiones de las ganancias extraídas en el exterior y que la salida neta de todo el capital de los países metropolitanos está compensada con creces por la entrada de las ganancias extraídas del exterior. En cuanto a la magnitud de este «tributo», las utilidades de las sucursales, filiales, etc. en el exterior no dan ni siquiera aproximativamente una medida de la cantidad de excedente que se extrae realmente, porque la mayor parte del mismo se traduce en los precios de monopolios de las mercancías vendidas bajo la forma de *royalties*, comisiones, gastos de administración y otros «servicios».

En los países metropolitanos la nueva situación se caracteriza por el estancamiento más bien que por el derrumbe inminente. Por el contrario, en los países subdesarrollados, a los enfrentamientos bien definidos de la lucha por la liberación nacional ha sucedido la división en clases. Para hacer frente a la nueva situación, el neocolonialismo trata de asociar a sus actividades a ciertos sectores de la burguesía local y a los terratenientes ricos que le dan una suerte de garantía política. Al mismo tiempo, el neocolonialismo trata de conservar su autoridad frente a estos elementos maniobrando y controlando el aparato estatal de los nuevos Estados. Para llevar a cabo este propósito recurre no solo a la subversión política (la Guerra Fría es en este aspecto su arma principal) sino también, y más directamente, a la corrupción de los funcionarios y de los oficiales de las fuerzas armadas (a quienes les crean intereses en la nueva

estructura) y también mediante la utilización del poder y la influencia del Estado metropolitano.

La concentración de poderes en manos de los burócratas, un ejército poderoso atado al Estado metropolitano por medio de una compleja red de operaciones de «ayuda» y una proliferación de asesores extranjeros que se introducen en el gobierno de los nuevos Estados en todos los niveles, son factores que contribuyen a mantener la autoridad del capital monopolista que opera en los nuevos Estados. En estos países la lucha política contra el imperialismo se hace más difícil por la persistencia de las ilusiones acerca de la necesidad que tienen sus economías del capital extranjero y sobre la aparente generosidad de las potencias imperialistas al conceder «ayudas». Pero a medida que en los nuevos Estados se desarrolla un movimiento por la transformación radical de la sociedad y por un avance hacia el socialismo, la posición del nuevo imperialismo se vuelve cada vez más clara y la lucha en su contra se convierte en parte integrante de la lucha por el socialismo.

**NOTAS**

[1] La más importante, en materia de imperialismo, está constituida por la obra de Mao Tse-Tung.

[2] K. W. Rothschild, *Teoria del prezzo ed oligopolio*, en *Economisti Moderni*, Garzanti, 1962, p. 62. En este prefacio el término «monopolio» es empleado en sentido leninista, equivalente precisamente a oligopolio.

[3] Recordemos entre las obras más recientes, de autores marxistas, o influenciados por el marxismo, M. Barratt Brown, *After Imperialism*, Heinemann, 1963; Hamza Alavi, «Imperialism old and new» en *Socialist Register 1964*; V. Parlato, introducción a *Imperialismo, fase suprema del capitalismo*, Editori Riuniti, 1964; R. Banfi «A proposito di «Imperialismo» di Lenin», *Rivista storica del socialismo*, septiembre-diciembre 1964. Menos recientes, pero importantes son P. A. Baran, *La economía política del crecimiento*, F. C. E., 1959, además de los ensayos de P. M. Sweezy contenidos en *Il presente come storia*, Einaudi 1962, y los de M. Dobb. [Los ensayos de Hamza Alavi y de Rodolfo Banfi son publicados en el Presente cuaderno. N. d. E.].

[4] C. Bettelheim, «La problemática del subdesarrollo». en *Planificación y crecimiento acelerado*, F. C. E., 1965, p. 29.

[5] Con esto se quiere recordar que existe una notable diferencia entre un modelo de desarrollo en un país dominado y el de un país que se encamina al socialismo.

[6] Citado en K. Kautsky, *Socialismo e colonie*, Il soleo, 1922. Cerca de 40 años después el laborista Bevin afirmaba en la Cámara de los Comunes, en su condición de ministro del exterior, no estar preparado para «sacrificar el imperio británico, porque sé que si el imperio cayese... esto significaría una caída notable del estándar de vida de nuestros electores»; y Herbert Morrison se conmovía exclamando: «somos grandes amigos del viejo y querido imperio y queremos conservarlo».

[7] V. I. Lenin, *El Congreso socialista internacional de Stuttgart*, en *Obras Completas*, Ed. Cartago, 1960, XIII, p. 71.

[8] K. Kautsky, *op. cit.*, p. 63.

[9] R. Hilferding, *El capital financiero*, Tecnos, Madrid, 1963, p. 354.

[10] *Ibid.*, p. 354.

[11] *Ibid.*, p. 357.

[12] *Ibid.*, p. 357.

[13] *Ibid.*, p. 358.

[14] *Ibid.*, p. 362-363.

[15] *Ibid.*, p. 373.

[16] Rosa Luxemburg, *Scritti scelti*, a cura di Luciano Amodio, Edizioni Avanti!, 1963, p.384.

[17] Rosa Luxemburg, *La acumulación del capital*, Tilcara, 1963, p. 138.

[18] *Ibid.*, p. 139.

[19] N. I. Bukharin, *Der Imperialismus und die Akkumulation des Kapitals*, cit en P. M. Sweezy, *Teoría del desarrollo capitalista*, F. C. E., México, 2ª edición, 1958, pp. 226-227.

[20] P. M. Sweezy, Introducción citada, p. XXVIII.

[21] R. Luxemburg, *op. cit.*, p. 317.

[22] *Ibid.*, pp. 320 ss.

[23] *Ibid.*, pp. 331-332.

[24] *Ibid.*, p. 384.



[25] *Ibid.*, p. 435.

[26] *Ibid.*, p. 388, y todo el capítulo XXX.

[27] Fritz Sternberg, *¿Capitalismo o socialismo?*, F. C. E., 1954, p. 37.

[28] C. Bettelheim, *op. cit.*, p. 29.

[29] V. I. Lenin, Imperialismo, fase superior del capitalismo, en *Obras completas*, XXII, p. 281.

[30] No se puede confundir la excedencia del «subconsumista» Hobson con la de Lenin. Bastante poco científicos aparecen, por lo tanto, juicios como el siguiente: «Hobson era un doctor que recomendaba remedios, Lenin un profeta de catástrofes» (D. K. Fieldhouse, «Imperialism: an historiographical revision» en *The Economic History Review* diciembre 1961), como si toda la diferencia se redujera a esto.

[31] V. I. Lenin, *op. cit.*, p.254.

[32] N. I. Bukharin, *Imperialismo e economia mondiale*, Samona e Savelli.

[33] V. I. Lenin, *op. cit.*, p.256.

[34] *Ibid.*, p.289.

[35] N. I. Bukharin, *op. cit.*

[36] En los años posteriores a la Revolución rusa en el pensamiento de Lenin se acentuó el momento de la explotación, aunque no aparezca ningún análisis nuevo del imperialismo, y parece disminuir la visión *relativamente* «optimista» del desarrollo de las colonias y de los países semiindependientes.

[37] K. Marx, *El Capital*, III, F. C. E., p. 215 y los cap. XIII, XIV y XV.

[38] *Ibid.*, III, p. 236.

[39] *Ibid.*, III, p. 338-339.

[40] Godelier/Marx/Engels, *El modo de producción asiático*, Eudecor, Córdoba, 1966, pp. 49-76.

[41] K. Marx, *El Capital*, II, p. 37.

[42] «¿A qué tiende la *acumulación originaria del capital*, es decir, su génesis histórica? Cuando no se limita a convertir directamente al esclavo y al siervo de la gleba en obrero asalariado, determinando por tanto un simple *cambio de forma*, la *acumulación originaria* significa pura y exclusivamente la *expropiación del productor directo, o lo que es lo mismo, la destrucción de la propiedad privada basada en el trabajo*», K. Marx, *El Capital*, I, p. 647.

[43] «Yo sé que la burguesía industrial trata de cubrir la India de vías férreas con el exclusivo objeto de abaratar el transporte del algodón y de otras materias primas necesarias para sus fábricas», K. Marx en, *Futuros resultados de la dominación británica en la India*, en *El modo de producción asiático*, p. 74.

[44] K. Marx, *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, V, Ed. Cartago, 1956.

[45] K. Marx, *La dominación británica en la India*, en *El modo de producción asiático*, p. 60.

[46] P. Mantoux, *La revolución industrial en el siglo XVIII*, Aguilar, Madrid, 1962, pp. 181-188, y K. M. Pannikar, *Historia de la dominación europea en Asia*, Eudeba, Bs. As., 1966, p. 51. Iguales prohibiciones es impusieron en Francia.

[47] M. Barratt Brown, *op. cit.*, p. 46. Numerosos datos son extraídos de esta obra importante, aunque discutible en muchos aspectos.

[48] R. Palme Dutt, *L'Inde aujourd'hui et demain*, Editions Sociales, p. 60.

[49] M. Barratt Brown, *op. cit.*, p. 47.

[50] *Ibid.*, p. 178. El *Permanent Settlement* es la fijación definitiva de las propiedades del suelo que fue ordenada en 1793 por Lord Cornwallis y era válida para Bengala, Madrás, Orissa, etc.

[51] A idénticas situaciones llevaron también las conquistas sucesivas de otros Estados europeos, especialmente en la creación de grandes propiedades territoriales. «En Tonkín se han creado grandes propiedades desde la ocupación francesa, y, como resultado, muchos pequeños propietarios se han convertido ahora en arrendatarios». Charles Bobesquain, *The Economic Development of French Indo-China*, Oxford University Press, 1944, citado en Fritz Sternberg, *op. cit.*, p. 34.

[52] K. Marx, *El Capital*, I, p. XIV.

[53] K. Marx, *Futuros resultados de la dominación británica en la India*, en *El modo de producción asiático*, cit., p. 74.

[54] V. I. Lenin, *op. cit.*, pp. 211-212.

[55] C. K. Hobson, *Export of Capital*, cit. en M. Dobb, *Problemi di storia del Capitalismo*, Editori Riuniti, 1958, p. 340.

[56] De ello estaba convencido, entre otros, J. M. Keynes.

[57] M. Barratt Brown, *op. cit.*, cuadro IV.

[58] Cf. el ensayo de R. Banfi incluido en el presente volumen.

[59] Entre 1862 y 1893 Gran Bretaña extiende su control a 4 754 000 millas cuadradas de territorio.

[60] Más del 50% de estas inversiones estaba concentrada en Argentina, país similar en algunos aspectos a los *dominions*.

[61] F. Crouzet, «Commerce et Empire: l'expérience britannique». *Annales*, marzo-abril 1964, pp. 288-289. El artículo es muy rico en datos aunque participa de un juicio inaceptable sobre el imperialismo.

[62] Así Schumpeter, que encuadra al imperialismo en los fenómenos «no racionales e irracionales» más allá del límite de lo útil. J. A. Schumpeter, «The Sociology of Imperialism», en *Imperialism and Social Classes*, Meridian Books 1961, pp. 64 ss. [Hay traducción castellana].

[63] H. H. Segal y M. Simon, «British Foreign Capital Issues, 1865-1894» en *Journal of Economic History*, diciembre 1961, p. 576. M. Barratt Brown, *op. cit.*, cuadro VIII.

[64] K. Marx, *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, IV, citada.

[65] Entre 1891 y 1931 la población india dedicada a la agricultura aumentó del 61 al 75 %. M. Barratt Brown, *op. cit.*, p. 174.

[66] Mao Tse-Tung, *Las clases de la sociedad china, Escritos escogidos*, I.

[67] «Más de la mitad de los propietarios terratenientes de Wuxi, que poseen más de 100 *mou*, residen en la ciudad o en los centros comerciales rurales... Prácticamente todo lo recabado es destinado a comprar otra tierra, a préstamos usurarios y a inversiones comerciales... De los propietarios terratenientes solo el 1,29% tiene inversiones en fábricas modernas... Todo esto evidencia el deseo de los campesinos chinos de arrendar una parte de las tierras para recoger rentas, que ellos consideran más seguras que correr el riesgo de las ganancias agrícolas». *La concentrazione agraria intorno a Wuxi verso il 1930*, en *La Cina contemporanea*, historia documental preparada por J. Chesneaux, Laterza 1963.

[68] K. Marx, *Gli stati indigeni*, en *India, Cina, Russia*, Il Saggiatore, 1960, p. 81.

[69] Examinaremos brevemente al final, cual es la situación actual.

[70] A. K. Cairncross, *Home and Foreign Investment, 1870-1913*, Cambridge University Press, 1953, pp. 180 y 230.

[71] «La burguesía inglesa, por ejemplo, obtiene más ingresos de los centenares de millones de habitantes de la India y de otras colonias suyas que de los obreros ingleses». V. I. Lenin, *El Congreso socialista internacional de Stuttgart*, en *Obras*, XIII, p.71.

[72] M. Barratt Brown, *op. cit.*, p. 99, tabla II.

[73] V. I. Lenin, *Imperialismo*, ed. cit, p. 204 (Prefacio a la edición francesa y alemana de 1920).

[74] La estimación es de todas maneras bastante difícil. Algunas inversiones ofrecían ganancias elevadas, otras, por ejemplo en los ferrocarriles indios y en el empréstito al Gobierno indio, producían ganancias bajas. Cf. A. K. Cairncross, *op. cit.*, pp. 226-227.

[75] «La verdad es esta: mientras duró el monopolio industrial de Inglaterra, la clase trabajadora inglesa participó, en cierto grado, de las ventajas de este monopolio». F. Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, prefacio de la edición de 1892, Editorial Futuro, 1965, p. 18.

[76] Sobre este tema se ha desarrollado una discusión en las páginas de *Marxism Today*, números de febrero, abril, mayo, julio, agosto de 1964. Sobre el volumen de Barratt Brown véase también la reseña de M. Dobb en *Economica*, mayo de 1964. y de E. Mandel, en *New Left Review*, mayo-junio 1964. La única recensión publicada en Italia, según mi conocimiento, es la publicada en *Rinascita*, nº. 36, 1964.

[77] Por otra parte, «decir que los obreros mejor pagados constituyen una «aristocracia obrera reformista» significa no tener en cuenta varios hechos históricos. En muchos países (por ejemplo, Alemania, Italia, Francia, Bélgica y también en los Estados Unidos de los años treinta) estos estratos se convierten en la base social de los partidos de masa comunistas o de la izquierda socialista». E. Mandel, *New Left Review*, cit. p. 19.

[78] V. I. Lenin, *op. cit.*, p. 253.

[79] Gran Bretaña se había convertido en un país prácticamente librecambista desde 1849, cuando fueron abolidas las «Navigation Acts».

[80] F. Crouzet, *op. cit.*, pp. 289-297. Los datos son extraídos en general de W. Scholte, *British Overseas Trade from 1700 to the 1930* y de S. B. Saul, *Studies in British Overseas Trade. 1870-1914*. Es necesario recordar que en aquellos años se registra una fuerte disminución en los fletes.

[81] F. Crouzet, *op. cit.*, pp. 299-300, que resume la tesis de S. B. Saul.

[82] Aunque sea con una fuerte reducción en la importación de materias primas y de géneros alimenticios de los países coloniales.

[83] Cf. un conjunto de datos ilustrativos en relación a las ganancias coloniales en E. Mandel, *Traité d'économie marxiste*, Julliard 1962, vol. II, p.86 y ss. Véase también M. Barratt Brown, *op. cit.*, p. 172 y ss., p. 230 y ss.: P. Worsley *Ritirata imperiale*, en *Us-cire dall'apatia*, Einaudi, 1963, pp. 114-116.

[84] Desde este punto de vista Cuba representa una excepción, un país en el que las relaciones capitalistas eran predominantes aunque se concentraran en un número restringido de sectores.

[85] Esto es tanto más válido cuando se está en presencia de concesiones mineras.

[86] M. Barratt Brown, *op. cit.*, cuadro III. Véase también J. Strachey, *El fin del imperio*, F. C. E., 1962, pp. 124-141. La obra del teórico del moderno revisionismo inglés se puede señalar como modelo de una casi total incomprensión de Lenin (a quien, por ejemplo, atribuye la teoría subconsumista de Hobson, lo que lo autoriza a hablar de una «Hobson-Lenin explanation») además de una perfecta hipocresía laborista cuando explica las «razones» por las que era necesario tronchar la «rebelión» de los Mau-Mau o la de Malasia o cuando justifica la disolución del gobierno, electo libremente, de la Guayana porque era «filocomunista», pp. 293 ss. Naturalmente, para el caso del racismo sudafricano, Strachey recomienda el empleo de toda la «influencia» que posee Gran Bretaña.

[87] *UN Economic Dep., Relative Prices of export and import of underdeveloped countries*, 1949.

[88] No queremos aquí considerar todas las causas que intervienen *a posteriori* de la Primera Guerra Mundial del deterioro de los términos de intercambio, pero es claro que han tenido un peso importante.

[89] A. Smith, *The Wealth of Nations*, ed. Cannan, Methuen & Co., 1961, vol. I, p. 269. Véase también p.97, vol 1.

[90] Por ejemplo, «todos los productos de las manufacturas aumentan y disminuyen de precio en proporción a la mayor o menor cantidad de trabajo necesaria para su producción» *Works, Principles*, vol. I, ed. Sraffa, Cambridge Press, 1951, p. 110. En general, el cap. I.

[91] Por ejemplo, «Cuando aumenta la productividad de la industria disminuye el precio de las mercancías». *El Capital*, III.

[92] La producción por hectárea en la agricultura ha aumentado más en los países desarrollados que en los atrasados y debe tenerse presente que en los países capitalistas desarrollados la productividad de la industria aumenta, en general, más rápidamente que la agrícola.

[93] Téngase presente la difusión de ciertos bienes que sustituyen el uso de materias primas de origen vegetal, por ej. el caucho.

[94] H. Denis, *L'évolution séculaire des termes de l'échange entre l'Europe industrielle et les régions sous-développées*, en el Suplemento al nº 132 de los *Cahiers de l'Isea*, diciembre de 1962. La tesis ha sido sostenida por primera vez por Prebisch en un estudio sobre América Latina publicado por la ONU y reiterada recientemente en el informe que presentara a la conferencia de las Naciones Unidas en Ginebra sobre comercio y desarrollo.

[95] N. I. Bukharin, *op. cit.*

[96] P. Sylos Labini, *Oligopolio y progreso técnico*, Oikos, Barcelona, 1965, cap. III.

[97] H. Mynt, «The gains from international trade and the backward countries», en *The Review of Economic Studies*, 1954-1955, nº 58. Cf. también del mismo H. Mynt, «Una interpretazione della arretratezza economica», en *Economisti moderni*, cit., pp. 131 ss.

[98] En general, el precio del petróleo es uno de los más estables, pero en ciertos casos ha sido reducido voluntariamente cuando ello significaba una ampliación del consumo. Así, en los Estados Unidos el precio del petróleo residual disminuyó entre 1949 y 1950 de 3,05 dólares el barril a 1,65 para combatir a los productores de carbón. H. O'Connor, *El imperio del petróleo*, Platina, Buenos Aires, 1956.

[99] P. Sylos Labini, *op. cit.*, p. 92.

[100] *UN, relative prices...*, cit., p.126.

[101] Ello no quita de que existan trabajadores, o al menos sindicatos obreros, que explotan directamente a los trabajadores de los países dominados. Es el caso del Trade Union Congress que posee «títulos al 4,5% de la Southern Rhodesian por un valor de 5900 esterlinas». P. Worsley, *op. cit.*, p. 121. Pero hacemos así referencia a esa corrupción directa de la que hablaba Lenin, que se ha tratado de reexaminar aunque no de negar.

[102] Que los trabajadores ocupados en las empresas «privilegiadas» como las define Sylos Labini, puedan tener mayores ventajas salariales depende más del mecanismo de la distribución de los beneficios del progreso técnico en un régimen de monopolio que de la fuerza sindical: pero no debe olvidarse que con frecuencia en estas empresas el sindicato es más débil que en otras partes.

[103] P. M. Sweezy, *Una visión marxista del imperialismo*, en *Capitalismo e imperialismo norteamericano*, Jorge Álvarez, 1963, p. 12.

[104] Véase entre otros P. Baran, *op. cit.* Sobre el mecanismo de desarrollo oligopolista, o monopolista como se lo ha definido hasta ahora, véase L. Spaventa, «Dualism in Economic Growth», en *Banca Nazionale del Lavoro, Quarterly Review*, n. 51, december 1959.

[105] Naturalmente, un desarrollo del capitalismo indígena no ha dejado de producirse, en mayor o menor medida, en casi todos estos países, pero orientado como está el sector capitalista indígena hacia el mercado local tiende a perpetuar esta escisión. Solo más recientemente algunos países se han especializado en actividades en las que la composición orgánica requerida es baja.

[106] Entre 1950 y 1951, los beneficios repatriados de los países dominados asciende a 20,9 millones de dólares. C. Bettelheim estima que las pérdidas sufridas, a consecuencia de los intercambios «no iguales» y de la transferencia a la patria de las ganancias obtenidas con las inversiones, ascendieron durante la década de 1950 a más de 4 dólares y medio por cada habitante de los países «subdesarrollados». «Esta suma puede parecer pequeña. En realidad, es muy elevada. En efecto, si se añadiese al monto anual de las inversiones hechas por estos países, las haría aumentar en cosa del 75% lo cual debiera multiplicar por 1,7, a lo menos, la tasa de incremento de la renta nacional de estos países». C. Bettelheim, *op. cit.*, p. 48.

[107] En 1946 el Departamento de Comercio de los Estados Unidos podía estimar el costo de producción del petróleo «en treinta centésimos de dólares cada barril proveniente de Arabia, y en cincuenta centésimos para el de Venezuela, contra 1,85 dólares para el de Luisiana o Texas. En aquella época el precio de venta en Texas, que servía de base a los precios mundiales, era de 2,65 dólares». H. O'Connor, *op. cit.*

[108] Sobre un ejemplo, italiano esta vez, de monopsonio véase P. Sylos Labini. «Un viaggio nel Mezzogiorno», III, *Il ponte* 1955, pp. 358-360.

[109] Aquí está probablemente una de las razones por las que Lenin acepta como presupuesto la tendencia a la difusión mundial del sistema de producción capitalista, al haber considerado a la forma del capital financiero como forma esencial del capitalismo monopolista, colocando en segundo plano a otros problemas (como los relativos a la economía de escala, etc.). Téngase presente que Gran Bretaña ha modificado su estructura, de competitiva a monopolista, sin pasar por la fusión del ca-

pital bancario con el industrial y que en otros países —Alemania y Estados Unidos— esa fusión es cada vez menor en los años que siguieron la gran crisis, de modo tal que ella puede ser considerada más que una forma específica de nuevo capitalismo, casi su generadora. Sobre esto véase el prefacio de Pietranera a la edición italiana del libro de Hilferding y el ensayo de P. M. Sweezy, *El ocaso del banquero inversor*, en *op. cit.*, pp. 142-151.

[110] En *op. cit.*, p. 196.

[111] «Mesures for the Economic Development of Underdeveloped Countries», citado en Marrama, *Saggio sullo sviluppo dei paesi arretrati*, Einaudi, 1958, pp. 179-280. [hay traducción española].

[112] J. Lambert, *América Latina*, Barcelona, E. Ariel, 1964, p. 123 y en general la parte primera, capítulos III y IV sobre «latifundios».

[113] *Towards a new trade policy for development*, Report by the Secretary General of the United Nations Conference on Trade and Development, New York, 1964, p. 15.

[114] «Pour l'émancipation économique des peuples d'Asie et d'Afrique» en *Pékin Information*, 8 mars 1965. Se trata de la intervención del delegado chino en el seminario económico afroasiático de Argelia, febrero de 1965, que contiene un cuidadoso y exhaustivo ordenamiento de los instrumentos de dominio imperialista en la época actual.

[115] Art. cit en *Pékin Information*.

[116] Véase el apéndice al prefacio. Sobre las condiciones actuales de los países dominados y sobre las formas de explotación por parte del imperialismo, véase el trabajo de Hamza Alavi incluido en el presente volumen.

[117] Perry Anderson, *Le Portugal et la fin de l'ultra-colonialisme*. F. Maspero, 1963.

[118] Las citas que figuran en este artículo son extraídas de la edición en castellano, México, Grijalbo, 1967.

[119] Citado en P. M. Sweezy, *Teoría del desarrollo capitalista*. México, F. C. E., 2ª edic., 1958, p. 199.

[120] *Ibid.*, p. 220.

[121] R. Luxemburg, *op. cit.*, p. 17.

[122] *Ibid.*, p. 17.

[123] Citado en R. Luxemburg, *op. cit.*, p. 231.

[124] R. Luxemburg, *op. cit.*, p. 266.

[125] K. Marx, *El Capital*, F. C. E., 1959, t. I, p. 489.

[126] *Ibid.*, III, p. 242.

[127] *Ibid.*, III, p. 243.

[128] *Ibid.*, p. 243.

[129] R. Luxemburg, *op. cit.*, p. 24.

[130] *Ibid.*, p. 25.

[131] *Ibid.*, p. 20.

[132] *Ibid.*, pp. 266, 268.

[133] *Ibid.*, p. 269.

[134] *Ibid.*, p. 99.

[135] *Ibid.*, p. 281.

[136] *Ibid.*, p. 103.

[137] *Ibid.*, p. 281.

[138] Con C-1 y C-2, el capital constante de los sectores I y II; V-1 y V-2, el capital variable de los sectores I y II; p-1 y p-, la plusvalía de los sectores I y II; R-1 y R-2 la parte de la plusvalía consumida; plc-1 y plc-2 la parte de la plusvalía ahorrada y consagrada a la compra de nuevos bienes de equipo; y plv-1 y plv-2 la parte de la plusvalía ahorrada consagrada al pago de los nuevos obreros.

[139] R. Luxemburg, *op. cit.*, p.259.

[140] *Ibid.*, p. 357.

[141] *Ibid.*, p. 94.

[142] *Ibid.*, p. 95.

[143] *Ibid.*, p. 95.

[144] *Ibid.*, p. 25.

[145] *Ibid.*, p. 283.

[146] *Ibid.*, p. 331.

[147] *Ibid.*, p. 363.

[148] Citado en T. Kemp, «Qu'est-ce que l'imperialisme?», *Partisans*, décembre 1963-janvier 1964.

[149] Las razones de esta actitud merecerían por sí solas otro estudio.

[150] *Introduzione a Il capitale finanziario*, de Rudolf Hilferding, Milano, Feltrinelli. 1961.

[151] *Cf.* al respecto la ya citada *Introduzione* de G. Pietranera (en particular los párrafos VI y VII) que suministra además una óptima bibliografía esencial. Sin embargo, en estos últimos tiempos se ha reabierto officiosamente la cuestión de si los bancos de crédito ordinario pueden o no utilizar los depósitos a la vista —en un porcentaje limitado— en operaciones de créditos a largo plazo. En efecto, tanto en Francia como en Italia el sistema bancario está sufriendo una compleja, aunque lenta, evolución que parece orientarse hacia la llamada banca *mixta*. La causa inmediata está evidentemente en la insuficiencia del crédito a medio y largo plazo, acompañada por el hecho de que el ciclo transforma a veces a las operaciones de créditos comerciales en inmovilizaciones financieras. Pero no debe olvidarse, al juzgar estos hechos, que el sistema bancario italiano y francés está en gran medida controlado por el Estado y que de todos modos los financiamientos efectuados por los bancos de crédito ordinario permanecen limitados dentro de un porcentaje que no incide sobre la liquidez de los mismos. En sustancia, se da más la *apariencia* que la *sustancia* de la banca mixta y el problema debería ser visto en el marco de las programaciones estatales. Véase en *Le Monde* del 22 al 28 de abril de 1965 el interesante ensayo de Pierre Bleton, «Les banquiers français font-ils un bon usage de l'argent?».

[152] La importancia de la experiencia soviética de industrialización fue decisiva a este respecto, históricamente hablando.

[153] El subrayado me pertenece.

[154] De este libro existe traducción castellana: *Los dos sistemas*, Editorial Futuro, Buenos Aires, 1946. [N. del E.]

[155] Alvin H. Hansen en *Problemi economici d'oggi* (Milano, 1963, p.63) escribe: «Se afirma a veces que una coparticipación entre sector privado y sector público destruiría la empresa privada. La experiencia no corrobora estos temores. Por el contrario, la coparticipación practicada durante la Segunda Guerra Mundial ha reforzado la empresa privada. Las inversiones públicas en la investigación científica y

en los recursos humanos, en la acción social, en los seguros contra la desocupación, las garantías gubernamentales para el financiamiento de la edificación residencial, la electrificación del campo, la legislación del mínimo salarial, etc., son todas cosas que han reforzado el sistema empresario privado».

[156] Para una síntesis crítica del pensamiento de A. Berle, véase F. Forte, *Introduzione alla Politica Economica*. Torino, Einaudi, 1964, parte 2ª, cap. III.

[157] *Wealth and power in America*, ch. 4, New York, 1962. [hay traducción castellana].

[158] K. Marx, *El Capital*, III, p. 415. Sobre el tema véase G. Pietranera, *op. cit.*, y Rudolf Hilferding, *op. cit.* Me permito remitir a mi nota sobre *Il capitale finanziario di R. Hilferding*, publicada en 1962 por la *Rivista Storica del Socialismo*.

[159] *El Capital*, I (que de la necesidad del poder del capital derive su naturaleza despótica es otra cuestión).

[160] *El Capital*, III, pp. 260-261.

[161] *Op. cit.*, p. 96.

[162] E. Guerra, «Alta finanza e salari nel Giappone moderno», en *Mondo economico*, 1964, n. 25, pp. 9 ss.

[163] Esto es verdad para los Estados Unidos, pero no para Italia; y también para la industria, pero mucho menos para la agricultura.

[164] D. T. Bazelon, *L'economia di carta*. Milano, Comunità 1964, pp. 147-148; el subrayado me pertenece.

[165] *Op. cit.*, de p. 161 en adelante.

[166] *Ibid.*, p. 164.

[167] *Ibid.*, p. 169. La International Harvester establece los precios de 250 mil términos; la U. S. Steel de 50 mil.

[168] *Ibid.*, p. 171 y ss. Bazelon no podía conocer aún los datos de 1962 antes recordados y por consiguiente habla de un 60%.

[169] Franco Momigliano, «Sindicati e programmazione», en *La Rivista Trimestrale*, 1963, nn. 7-8, p. 484.

[170] *Op. cit.*, pp. 22-23.

[171] Cf. *Mondo economico*, 1964, n. 8, pp. 27-28. Es natural que estos datos sean considerados —en lo que se refiere a su exactitud— a la luz de las próximas elecciones presidenciales.

[172] *El imperialismo*, cap. I., p. 219.

[173] *El Capital*, III, p. 255.

[174] Véase la obra de A. H. Hansen ya citada.

[175] La industria privada ha recibido gratuitamente del Estado el grupo más imponente de innovaciones tecnológicas: las concernientes a la automatización (electrónica) y las derivadas del empleo de la energía nuclear. Véase S. Tsuru, *¿Adónde va el capitalismo?*, cit., pp. 31-34.

[176] A. Hansen, *op. cit.*, pp. 15-16.

[177] La cifra de los gastos públicos incluye tanto los gastos gubernamentales como los de las administraciones locales (de *Survey of Current Business*, U. S. Department of Commerce, august 1963, p. 6, t. 5) incluidas las «transferencias a las personas», «subsidios», etc.

[178] *Op. cit.*, pp. 15-16.



[179] *Op. cit.*, p. 33 y ss.

[180] S. Tsuru, *op. cit.*, p.39. El hecho de que el autor se exprese en términos keynesianos en nada impide, en nuestro caso específico, la coincidencia de su diagnosis con la marxista en torno a la insuficiencia de la demanda. Pero debemos observar que en los gastos militares norteamericanos están comprendidos también los concernientes a la investigación científica, no clasificable, quizás, entre despilfarros.

[181] Desde el punto de vista de la teoría política dos principios han funcionado en sentido negativo: a) el de la «aristocracia obrera», desarrollado por Lenin en *El imperialismo*, tesis que debería ser hoy reexaminada, tal como propone Ernest Mandel (v. «Contemporary Imperialism»), en *New Left Review*, 1964, n. 25, pp. 17 y ss.); b) el principio estaliniano del «anillo más débil de la cadena». Debe señalarse que el Partido Comunista Italiano es quizás el único en el que ha comenzado a discutirse en forma sistemática el papel de la clase obrera en los países capitalistas avanzados.

[182] «The Affluent Society», The Riverside Press, Cambridge, USA.

[183] *The Power Elite*, New York, 1957. [Hay traducción castellana].

[184] En sentido análogo véase también W. Adams y H. M. Gray, *Monopoly in America*, New York, 1955.

[185] V. I. Lenin, *El imperialismo, op. cit.*, cap. IV, pp. 253-254.

[186] *Ibid.*, pp. 257-58.

[187] *Ibid.*, p. 283.

[188] V. I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia en Obras cit.*, III, cap 1.

[189] V. I. Lenin, *Para una caracterización del romanticismo económico en Obras cit.*, II, p. 145.

[190] R. Palme Dutt, *Britain and the Crisis of the British Empire* (1953). Ver igualmente Palme Dutt sobre *El fin del Imperio* de Strachey en *Political Affairs* (marzo 1960), pp. 62-64.

[191] M. Barratt Brown, *After Imperialism*, 1963, p. 296.

[192] *Ibid.*, p. 330.

[193] Victor Perlo, *American Imperialism*, New York, 1951, p. 31.

[194] R. A. Gordon, «Investment Opportunities in the U. S. Before and After World War II»; *The Business Cycle in the Postwar World*, Erik Lundberg, 1955, p. 284.

[195] *Le mouvement international des capitaux privés, 1956-1958*. UN Department of Economic and Social Affairs, New York, 1959, p. 29

[196] R. Palme Dutt, *op. cit.*, p. 76.

[197] M. Barratt Brown, *op. cit.*, pp. 65 y 84.

[198] John Strachey, *El fin del imperio*, cit., p. 118.

[199] *Ibid.*, p. 128.

[200] *Ibid.*, p. XIX.

[201] M. Dobb, «Postwar Development of Capitalism», *Economic Bulletin British Communist Party*, vol. VI, n. 3. Emile Burns, «Is the Crisis Theory Out of Data?», *Marxism Today*, octubre 1957. John Eaton, «Crisis Theory and Current Policy», *Marxism Today*, nov. 1957. M. Dobb, «Changes in Capitalism Since the Second World War», *Marxism Today*, dic. 1957. E. Burns, «The Theory of Crisis - Reply to the Discussion», *Marxism Today*, marzo 1958.

[202] Shigeto Tsuru, *¿Adónde va el capitalismo?*, Oikos, 1965.

[203] *Marxism Today*, marzo 1958, p. 94.

- [204] Paul Baran, «Reflexiones sobre el subconsumo», en el libro de Tsuru citado.
- [205] M. Dobb, «Some Economic Revaluations», *Marxist Quarterly*, enero 1957.
- [206] J. Strachey, *op. cit.*, cap. VII.
- [207] P. Baran, *La economía política del crecimiento*, edic. cit.
- [208] «Gordon Henderson» (Hamza Alavi) «Can Capitalism Survive?», *Universities and Left Review* (1957).
- [209] «The International Flow of Private Capital 1956-1958», *op. cit.*, p. 9.
- [210] Dr. H. Mazumdar, *Business Savings in India* (Bombay, 1959), p. 73, cuadro 7, ítem 4.
- [211] *Ibid.*, cuadro 8, ítem 5.
- [212] Nurul Islam, *Foreign Capital and Economic Development: Japan, India and Canada* (Tokio, 1960), p. 84.
- [213] *Reserve Bank of India Bulletin* (September 1958), Statement IV, p. 1019.
- [214] Daniel Spencer, *India, Mixed Enterprise and Western Business*, La Haye, 1959, p. 152.
- [215] Mazumdar, *op. cit.*, cuadro 26 y apéndice XI.
- [216] Daniel Spencer, *op. cit.*, pp. 201-202.
- [217] Mazumdar, *op. cit.*, p. 73, cuadro 8, ítem 5.
- [218] *Ibid.*, p. 72, cuadro 8, ítem 1 (i).
- [219] Ver por ejemplo: Memorándum on «Socio-Economic Implications of the Existing Institutional Structure in Modern Business in India», by Professor D. R. Gadgu, *Papers Relating to the Formulation of the second Five Years Plan* (Government of India, *Planning Commission*, New Delhi, 1955).
- [220] Ver R. K. Hazari, «Ownership and Control: A Study of Intercorporate Investment», en *Economic Weekly*, Bombay, 26 de noviembre de 1960, 3 y 10 de diciembre de 1960, 18 de febrero de 1961. R. K. Nigam y N. C. Chaudhuri, *The Corporate Sector in India*, New Delhi, 1961. Dr. Nabagopal Das, *Industrial Enterprise in India*, 3ª edición (revisada), New Delhi, 1961.
- [221] Hazari, *op. cit.*, 26 de noviembre de 1960, p. 1715 y 3 de diciembre de 1960, p. 1756.
- [222] Hazari, *op. cit.*, 10 de diciembre de 1960, p. 1803.
- [223] Mazumdar, *op. cit.*, p. 72, cuadro 8, ítem 1 (c).
- [224] *Papers relating to the Formulation of the Second Five Years Plan*, *op. cit.*, pp. 35-38.
- [225] Romesh Thapar, «Underdeveloped Non Alignment Or...?» *Economic Weekly*, 30 de noviembre de 1963.
- [226] «Third Plan and Defence», *Economic Weekly, Annual Number* (February 1963).
- [227] John Strachey, *op. cit.*, p. 227.
- [228] Ver por ejemplo: Barratt Brown, *op. cit.*, pp. 206-208; Idris Cox, *Empire Today*, 1960, pp. 18-19.
- [229] *Marxism Today*, julio 1961.
- [230] Hamza Alavi and Amir Khusro, «The Burden of U. S. Aid», *Pakistan Today*, (otoño 1961), reimpresso en *New University Thought*, otoño, 1962, Ver igualmente: Hamza Alavi, «U. S. Aid to Pakistan, an Evaluation» *Economic Weekly*, Special Number, July, 1963.



## **AL LECTOR**

La Editorial quedará muy agradecida si le comunica su opinión de este libro que le ofrecemos, informa de erratas, problemas en la traducción, presentación o de algún aspecto técnico, así como cualquier sugerencia que pudiera tener para futuras publicaciones.

El tema del imperialismo es uno de los más controvertidos en la teoría marxista actual y sobre él se concentran los intentos de demolición de algunas de las proposiciones teóricas fundamentales de Marx y Lenin. Muchas y variadas son las razones para ello, y todas se vinculan a las dificultades que plantea la unidad del campo teórico referido a la sociedad capitalista moderna.

El momento político actual exige perentoriamente profundizar la elaboración teórica, en sentido marxista, del imperialismo. Se requiere un cuadro de conjunto de la economía mundial que permita comprender las tendencias que allí actúan y que hacen de los distintos países un todo único aún al margen de sus estructuras económico-sociales. Es necesario comenzar a enfocar el proceso histórico a partir de concebirlo como un hecho total, único, es decir, a partir del mercado mundial. Sin este análisis es imposible pensar en la superación de la crisis teórica y práctica que atraviesa el socialismo. El nuevo internacionalismo proletario a defender, exige una reconstrucción teórica que es su presupuesto.

Los materiales que publicamos tienen el propósito de ofrecer distintos aspectos de esa labor de reconstrucción, señalar las adquisiciones teóricas y los problemas que aún permanecen abiertos. El lector podrá introducirse así en una problemática de vital importancia teórica y política que seguiremos tratando en cuadernos sucesivos.

